



Relatos:

Nuestro Perú, tesoros escondidos

Por
Carlos Flores Lizana

“Relatos: Nuestro Perú, tesoros escondidos”

J. Carlos Flores Lizana



PUCP

ÍNDICE

6	Prólogo
9	Presentación
14	Capítulo 1 - La época de la violencia
14	♦ Algunas maneras de captar jóvenes para la causa senderista
18	♦ Cómo era importante la intuición para proteger la vida
19	♦ Cómo las bibliotecas desaparecían de las casas
20	♦ La fuga del penal de Qenqoro hecha por senderistas de varios lugares
21	♦ El amor de una madre es invencible
22	♦ Dios lo volvió invisible
24	Capítulo 2 - Nuestra realidad peruana
24	♦ Mi primera experiencia consciente con el mundo andino pobre
26	♦ El hijo de un hacendado y la lucha sindical campesina (Retratos de familia)
31	Capítulo 3 - Los hermanos más vulnerables
31	♦ Un niño realmente especial
32	♦ Recuerdos del mundo andino, enfermos, migrantes, y otros
36	Capítulo 4 - Relaciones humanas y conflictos
36	♦ Indios comuneros, mestizos y blancos. Relaciones y conflictos
41	♦ Jarpa tierra de comuneros, una experiencia inédita en la historia del campesino peruano
44	♦ Breves historias sobre el trabajo de los niños/as en el Perú popular
47	Capítulo 5 - Realidad de la prisión
47	♦ El Perú visto desde algunas experiencias en las cárceles
52	Capítulo 6 - N uestras raíces
52	♦ Una lengua llamada a ser vigente y creativa. El quechua o runasimi
56	Capítulo 7 - La obra de hombres y mujeres de fe
56	♦ Un navarrico viviendo y sirviendo entre los indígenas quechuas y comuneros andinos del Cusco.

- 59 | ♦ Un Vikingo navegando en el Perú. Breve historia de Peter Thanhol Hansen S.J.
- 62 | ♦ Un rehén voluntario, el hermoso ejemplo de Juan Julio Wicht S.J.
- 64 | ♦ Cristina Goutet: Una vida al servicio de las trabajadoras del hogar
- 66 | ♦ Elsa Fung Sanchez
- 70 | ♦ Vida y obra de Elsa Calero
- 73 | ♦ Un “gringo” realmente valiente, el testimonio de vida de Roberto Doland S.J.
- 76 | ♦ Un padre para muchos huérfanos/as.
- 79 | **Capítulo 8 - La fe mueve montañas**
- 79 | ♦ Un “relato” importante. El Dios con el que camino

PRÓLOGO

Gonzalo Gamio Gehri

Los escritos de Carlos Flores Lizana pertenecen a una nueva etapa en el desarrollo de la literatura sobre el conflicto armado interno en el Perú. Luego de la publicación del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) – investigación que dio cuenta del proceso de violencia padecido en las dos décadas con las que concluyó el siglo XX – ha surgido en los últimos años una interesante literatura testimonial acerca del conflicto que ha contribuido a formular con claridad una serie de problemas vinculados a las exigencias de justicia que provienen de las víctimas y a las bases morales del proyecto de reconciliación social y política propuesto por la CVR. Entre estos libros se destacan *Memorias de un soldado desconocido* de Lurgio Gavilán; *Los rendidos*, texto de José Carlos Agüero; así como *Diario de vida y muerte y Veinticinco relatos para no olvidar*, escrito por Carlos Flores Lizana.

El Informe Final de la CVR ofreció al país una investigación interdisciplinaria rigurosa que se propuso echar luces sobre el conflicto, examinando sus causas y efectos sobre una sociedad lesionada por la exclusión y las desigualdades socioeconómicas. Planteó un proyecto de reconciliación concebido en términos de la reconstrucción crítica de los lazos sociales dañados por la violencia. Se trata de un proceso histórico cuyas condiciones son el trabajo de la rememoración y la acción de la justicia. La concreción de este proceso requiere del compromiso de los ciudadanos con la edificación de una sociedad libre y equitativa.

No es la publicación del documento aquel factor que reconcilia – como sugieren falazmente los detractores de la Comisión –, sino la participación de los peruanos en un programa ético-político de construcción de ciudadanía, que incluya a todos en los entramados prácticos de la esfera pública y del mercado. Este programa implica el ejercicio de la memoria – que supone un debate sobre el conflicto de la mano del Informe Final y con otras lecturas de la historia –, la restitución de los derechos de las víctimas a través de políticas de justicia y reparación,

así como la reforma de nuestras instituciones y mentalidades desde el prisma de la cultura de los derechos humanos y el *ethos* democrático.

El Informe constituyó un proyecto público de reconciliación social y política que tiene como espacios cruciales al Estado y la sociedad civil. Las obras testimoniales que nombramos al inicio de esta presentación se enmarcan en ese trasfondo ético – espiritual, pero aportan una visión existencial acerca de qué rol podemos cumplir nosotros, como personas concretas que habitamos comunidades locales y que llevamos a costas una historia particular y ciertos propósitos, en este complejo proyecto. Cada uno de nosotros ha afrontado de diversa manera el conflicto armado y asumimos una responsabilidad para que esta clase de violencia no se repita jamás. Algunas personas vivieron la violencia de manera frontal, como miles de víctimas, entre ellos, los autores de los escritos citados. Quizás se trate de empezar a conversar acerca de cómo enfrentamos el período de violencia y qué podemos hacer para volver a encontrarnos como ciudadanos. Es posible que no sepamos hacia dónde nos llevará esta conversación, como sostiene Agüero, pero dialogar sobre este tema constituye un avance en este proceso largo y multidimensional de reconciliación. Lo peor que puede hacerse – como se ha hecho hasta el momento – es bloquear toda discusión sensata sobre este proceso tan doloroso. Este silencio sólo favorece a los grupos más radicales, como el conservadurismo político y el MOVADef.

El libro que presentamos se instala en esta clase de reflexión existencial acerca de las posibilidades de la reconciliación. El autor examina los problemas del Perú – de cara al período de violencia padecido entre 1980 y 2000 – a partir de su propia experiencia en sus actividades pastorales desde la Compañía de Jesús, en base a su desempeño como profesor, académico y ciudadano en diversas zonas del país. Examina con detalle y profundo sentido de lo humano la violencia fratricida, las formas de dominación social, la discriminación, la situación de las cárceles, entre otros fenómenos significativos para la vida nacional. El lenguaje empleado es cálido, sencillo y claro. Sus meditaciones son esclarecedoras y revelan un importante sentimiento de pertenencia a la tierra.

Flores Lizana escribe desde los conflictos sociales que vive el Perú y a partir de los conflictos que afronta la Iglesia local y universal. Le preocupa una Iglesia que no siempre explicita su compromiso con los seres humanos más vulnerables, los pobres, las víctimas de violencia, las mujeres, los niños, los discapacitados, así como su respaldo a la defensa del entorno natural expuesto a una explotación industrial exacerbada. Estos deberes han sido fundamentales para la Iglesia desde sus inicios, pero ella no siempre ha seguido con total rigor esta exigencia de encarnación. Existe la tentación de concentrar la atención en el aspecto ritual e institucional, o abandonar la caridad en favor del interés por la corrección en un nivel puramente doctrinal.

El autor ilustra este punto relatando la historia de personas solidarias y actores pastorales que han dedicado su vida entera a la acogida amorosa del excluido injustamente. Su libro destaca historias ejemplares que ponen de manifiesto la injusticia y la indiferencia de muchos, pero también la capacidad de otros tantos para el reconocimiento y el compromiso con los derechos del prójimo. El libro expresa razones y coraje para abrigar esperanzas acerca de los seres humanos, en su capacidad de empatía y su disposición a la transformación genuina de sus vidas y de su entorno.

Esta obra se enmarca en el horizonte ético y espiritual del pensamiento profético, herencia de la tradición bíblica. Concentra su atención en el fenómeno de la injusticia como un hecho producido por actos humanos que pueden ser denunciados, sancionados y prevenidos. La profecía coloca a los débiles – el pobre, la víctima, el desplazado, la viuda, el huérfano – en el centro de la historia. No son los poderosos, ni los vencedores, los que tienen el favor del Dios de la Biblia. Sobre ellos no versa la historia del espíritu. Flores Lizana presenta relatos inquietantes sobre la violencia y la exclusión – por ejemplo, en la historia que cuenta sobre una persona de una familia influyente quien da de comer por debajo de la mesa a una niña que tenía a su servicio -, pero ellos no desembocan en el escepticismo o la desmoralización. La ternura por el ser humano y el compromiso con su dignidad intrínseca llevan al autor a postular una clara opción por la justicia y por el amor.

En el contacto con la gente y con la tierra, el autor percibe una genuina experiencia de Dios. En las formaciones naturales de los Andes, en las comunidades campesinas y en las ciudades constata la presencia del Dios de la Vida. Participamos de esta vocación por la vida en tanto nos involucremos con la reducción del sufrimiento de los más débiles y la promoción de una vida social equitativa e inclusiva. En esta perspectiva, la Iglesia es la asamblea de quienes están dispuestos a asumir el compromiso con el prójimo como un elemento crucial de lo que significa llevar una vida. Se trata de un espacio abierto a la deliberación comunitaria y al ejercicio de la crítica.

El propósito de este importante libro es de carácter bifocal: expresa tanto una preocupación moral por la calidad de la vida civil como una reflexión cristiana sobre la justicia en un país plural como Perú. Ambas confluyen en un compromiso férreo con el cuidado por las personas y con la promoción de las potencialidades humanas. Para la perspectiva democrática, este encargo se nutre de la conciencia que las personas son ciudadanos libres e iguales, capaces de trazarse y de examinar proyectos para sus vidas. Para la mentalidad cristiana, la fuente la encontramos en la convicción de que cada ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Muchas personas – entre ellas el propio autor – suscriben ambas hipótesis; no tienen que elegir entre una u otra narrativa moral y existencial. Las dos nos exigen una clara convicción en favor de la dignidad humana que eche raíces en el terreno de la práctica. Ese enraizamiento echa luces sobre la validez de esta convicción.

PRESENTACIÓN

J. Carlos Flores Lizana

Estos nuevos relatos son la continuación de los “Veinticinco relatos para no olvidar” que el Instituto de Derechos Humanos y Democracia de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEHPUCP), publicó en el año de 2014 y que buscaban llegar a las nuevas generaciones, para que conozcan algo de lo que pasó entre nosotros durante los años 1980 al 2000. Años de experiencia terrible de violencia interna y violaciones de los derechos humanos por parte de ambos polos principales del conflicto, es decir, los grupos alzados en armas y las fuerzas armadas y policiales. Mala muestra de la intolerancia a la que llegamos entre los peruanos y de nuestra incapacidad de ponernos de acuerdo, mostrarnos como seres humanos y tratarnos como hermanos. Así, conociéndolos y reflexionando sobre ellos, cada lector puede sacar sus propias conclusiones.

Estos nuevos relatos buscan conocer mejor al Perú, su realidad compleja y desafiante, conocida desde mi propia experiencia personal, familiar y como parte de una comunidad religiosa a la que pertencí varios años de mi vida. Me desempeñé como docente universitario desde 1988 y como investigador de diversos temas, todos vinculados al ámbito educativo. A través de estos relatos también deseo dar a conocer la vida y obra de algunos peruanos de nacimiento y otros que se hicieron compatriotas porque dieron su vida por nuestro país. Son varones y mujeres que, como héroes anónimos, han construido nación y fraternidad y lo siguen haciendo todavía, en medio de sus circunstancias concretas, de las que fui testigo presencial u obtuve información de primera mano.

Los relatos que tienen entre sus manos pretenden ayudarnos a detectar algunos problemas complejos que tiene el país y que afectan a todas las dimensiones de nuestra vida, pero sobre todo a las personas más débiles, en todo sentido, de nuestra sociedad nacional. Los distintos lugares y momentos que pude vivir desde que era niño me ayudan a mostrar precisamente la riqueza de nuestro país, pero también “las enfermedades sociales” que padecemos de manera crónica.

Por ejemplo, la debilidad de valores que nos hace tan vulnerables a la corrupción y la traición, en sectores como el Poder Judicial, la Policía o la clase política en todos los niveles. Otro campo inmenso es la distancia entre las familias campesinas y nativas que sobreviven en los Andes y la tupida selva amazónica frente a la vida de las ciudades donde ya habita la mayoría de los peruanos. Otro es la falta de continuidad y claridad en las políticas educativas que mejoren nuestra calidad en todos los niveles. La incapacidad para ponernos de acuerdo para combatir algunas de las deficiencias más serias que como nación tenemos, como la corrupción, el machismo, la dificultad para vivir en la verdad, entre otras. Todo ello abarca desde el hogar hasta Palacio de Gobierno.

A lo largo de mi vida compruebo que sentimos un Estado (políticos, gobernantes, funcionarios, etc.) que no valoran a las personas como tales y no defienden ni promueven de forma efectiva el respeto de los derechos fundamentales de las personas. La ley que debía proteger a todos no es tal, ya que el individuo común y corriente no siente la defensa del Estado frente a los problemas de todo tipo que pueda tener. Pareciera que el valor de las personas no dependiera de su dignidad humana inalienable e irrepetible, sino de su apellido, color de piel, de su condición económica y social, de su manejo del castellano, orientación sexual y hasta de la religión que profesan. Cuando un trabajador, de cualquier tipo, siente que sus derechos no son respetados, no recurre a instituciones estatales. Por el contrario, sentimos en miles de circunstancias que nuestra vida es entregada al mercado como “cholo barato” para que nos sea extraída hasta la última gota de esfuerzo. Las transnacionales y sus intereses importan más que los peruanos. Se percibe que las ganancias que dejan para un estado extractivo son más importantes que la salud de la población, la vida de los niños y sus madres, el bienestar de las familias, el bien común, etc.

Finalmente, percibimos que la historia de nuestra relación entre estado y sociedad civil es una historia de no representación de nuestra identidad, menos de nuestros intereses y sueños. No expresa ni dinamiza ese proyecto nacional que anhelamos para nosotros y nuestros hijos. Este tema hace más presente a pocos años del Bicentenario de nuestra independencia.

Las distancias que tenemos entre peruanos son enormes en todo sentido y constituyen una barrera para construir un país solidario, con proyecto nacional, con metas consensuadas y democráticas. Son en primer término, distancias físicas, ya que los Andes han sido y son una barrera física enorme que nos separa. Hablamos también de distancias culturales, lingüísticas, de tiempo, de sueños y experiencias. Arguedas y otros autores hacían referencia a que “somos un país de todas las sangres”, “zorros de arriba y de abajo”, “un mosaico de culturas” no integrado, “un país adolescente”. Desde otra mirada iluminadora, el texto de José Martí “Nuestra América”, escrito en 1890, habla precisamente de construir un “país natural” es decir “desde el respeto a la embalsada sangre indígena y la dolorida raza negra”. Sin ellos no se puede tener un país digno.

A lo largo de estos relatos, constataremos estas realidades, en búsqueda de un Perú real. No mostraremos un país exótico, plasmado en literatura comercial que alimenta solamente a cierto tipo de público ansioso por escándalos o mera fantasía.

La falta de servicios básicos de vivienda, salud, seguridad, educación y empleo digno en gran parte del país es otra muestra de lo complejo y contradictorio que es nuestro Perú. En nuestro país conviven lo último de la tecnología moderna y la prehistoria, comunidades nativas que no han descubierto los metales y peruanos que están trabajando en la NASA. La democracia, tan valorada y admirada por la cultura occidental, en este sentido, tiene que expresarse en justicia social y económica, en mejores condiciones laborales para los trabajadores y trabajadoras.

De estas experiencias cotidianas, estamos convencidos que no tenemos una democracia real y que pareciera ser sólo un ejercicio electoral de cada cinco años y que no va más allá. La injusticia permanente en la que transcurre nuestra vida ordinaria es una forma de violencia cruel y permitida casi como una subcultura. Dicha injusticia, llamada violencia estructural, es la que produce mucho resentimiento y brinda pretextos para proponer “soluciones” violentas como las que tuvimos y todavía tenemos en partes de nuestra Amazonía. Pero, sobre todo, marca el sentimiento y la mente de jóvenes golpeados precisamente por este sistema, aparentemente correcto y formal.

Para conocer el país es necesario oírnos más, conocernos mejor, aceptarnos auténticamente y trabajar para que no tengamos políticas públicas cortoplacistas o la mera imitación de propuestas pensadas para otros lugares y otras culturas. Este es uno de los límites que tienen las distintas propuestas del Ministerio de Educación y que, medio en broma, decimos que “la política educativa dura lo que dura un ministro” y que, por ello, no tenemos cambios serios y sostenidos en la mejora de la calidad de nuestra educación, en todos los niveles del sistema. En el campo de la salud pública nos encontramos igual o peor, ya que tenemos zonas del país donde el Ministerio del sector no existe y las personas viven como en el Medioevo. Ellos se curan con lo que pueden, sacando a sus pacientes en condiciones realmente inhumanas para llegar, si tienen suerte, a un centro de salud donde hay un médico. O simplemente fallecen en medio del camino o carretera, ante la mirada desconcertada e impotente de un esposo o un hijo.

Otros graves problemas son la corrupción, el narcotráfico y la delincuencia organizada, males que terminan deshaciendo este país que con tanto esfuerzo queremos sacar adelante. Esta triada maldita resulta realmente terrible, ya que los perpetradores de estos crímenes se apoyan mutuamente y están poniendo en riesgo el futuro de nuestras vidas como ciudadanos, familias y sociedad. En algunas ciudades es tan grave la situación que las casas parecen erizos de metal y electricidad, donde los habitantes viven presos de su miedo de ser robados, asaltados, y extorsionados por personajes que, vía celular y otros medios, amenazan y quieren sacar provecho. Este problema viene poniendo en riesgo la dinámica económica, ya que inhibe seriamente a la inversión nacional y extranjera de todo tipo. En el campo del turismo está mostrando sus efectos letales de manera alarmante. La propuesta peligrosa de “chapa tu choro y déjalo lisiado” es preocupante, pero demuestra la desesperación ante la incapacidad del Estado y sus instituciones para detener la delincuencia de todo tipo, desde los abigeos en el campo hasta los sicarios que matan por cien soles.

La falta de cultura y educación cívica es otro campo de expresión del nivel de desarrollo cultural de nuestras personas y familias. Se dice que “los ignorantes y mal preparados son los que ponen los presidentes de la nación” y en general a las autoridades.

Son la mayoría y quienes fácilmente se dejan manipular por campañas engañosas de los distintos candidatos que compiten en las elecciones que periódicamente tenemos. El analfabetismo llega en algunas zonas del país a más del 30% de la población adulta, con todo lo que significa de desconocimiento de la vida y la formación cívica y política que implica.

La facilidad con la que se manejan mal los fondos públicos y la poca capacidad de los ciudadanos para denunciar y para esta clase de males es otra manera de demostrar la poca capacidad de ejercer ciudadanía sobre el bien público. Muchos tienen como principio ético para las cosas públicas la máxima “que robe con tal de que haga obra”. Se admite el soborno, la coima, la sobrevaloración de las obras y el robo como parte de cualquier licitación y por supuesto en su ejecución.

El total descontrol de los precios de lo que las familias consumen cada día muestra que el mercado es el espacio salvaje donde “paga pato” el pueblo y donde los comerciantes de todo tamaño se enriquecen de manera descontrolada e impune. Aunque hay oficinas y leyes que podrían defender al consumidor, no son efectivas ni reales. El comercio está desregulado expresamente para favorecer al gran capital que es el que al final se favorece definitivamente.

La falta de principio de autoridad está mostrando, que muchos ciudadanos hacen su voluntad sin considerar las normas: los restaurantes ponen la música con volumen desmedido sin consideración con los vecinos; la gente construye casas saliéndose de los límites de las veredas, adelgazan o anchan las calles sin autorización; las moto taxis avanzan en el sentido que sus conductores deciden; los colectivos y combis suben o bajan los precios sin consulta alguna; a partir de las siete de la noche suben los precios sin explicación; los mercados son un desorden y no se encuentran en el mejor estado de limpieza. No pasa nada.

Recién tomamos conciencia de la cultura ecológica y poniendo algunas medidas al destroz que provocan las actividades mineras en costa, sierra y selva, además de la producción industrial del pescado y frutas. La contaminación de los plásticos, detergentes y aceites de motores en las ciudades es increíblemente alarmante y como señalara el famoso cronista indio Guamán Poma de Ayala “...no hay remedio”. La corrupción en este terreno es tan grande que no sabemos hasta donde va llegar la destrucción de las fuentes de agua dulce y las especies animales y vegetales que aún tiene nuestro país. Hay algunos avances, pero son tan mínimos que parecen ser solo gotitas de agua en un desierto.

Estos relatos, finalmente, también miran a peruanos nacidos en estas tierras o que se hicieron compatriotas por el amor y servicio que dieron a sus semejantes. Son vidas ejemplares, en todo el sentido de la palabra. Los medios de comunicación - en su mayoría - parecen mirar solo lo malo y lo sucio del Perú. No hay día sin malas noticias, desde las más terribles hasta las más banales, y esto nos está produciendo una sensación de impotencia, asco y hasta rechazo de todos los medios de comunicación. Nada positivo pareciera que existe en este país hermoso y lleno de posibilidades.

Respecto a las personas que tomo como ejemplos de vida humana y cristiana, deseo resaltar que son personas valiosas pero que no han sido suficientemente reconocidas en la dimensión que debían serlo.

El Perú está lleno de tesoros de todo tipo; arqueológicos, genéticos, paisajísticos, etc. Y sobre todo de tesoros humanos, todavía no descubiertos y mostrados a los peruanos y al mundo entero.

Ahora que tenemos mayor conciencia que somos una sola humanidad y somos importantes, que necesitamos unos de otros, que la virtud nos hace valiosos a todos, quiero mostrar esas vidas ejemplares, para que nos animemos a dar lo mejor de nosotros mismos. Como dijo alguna vez con realismo y humor, Facundo Cabral “hay que ser bueno y generoso, aunque sea porque es un buen negocio”. La injusticia y la mezquindad no valen la pena admitirlas en nuestros corazones y ciudades. Estas vidas son valiosas, sobre todo por sus obras, sencillas pero grandes a la vez. Hay varones y mujeres, laicos y religiosos, a quienes podremos conocer brevemente. Son personas comunes y corrientes, pero valiosas por el tesón y constancia a lo largo de sus vidas. Son una buena noticia para sus comunidades, familias y ciudades. Si la injusticia y la violencia suenan y destruyen, estas personas no hacen ruido y construyen vida y fraternidad. Por lo tanto esperanza y sentido.

La época de la Violencia

◊ Algunas maneras de captar jóvenes para la causa senderista

La estrategia de los senderistas para captar a los jóvenes de Ayacucho tenía muchos aspectos que deben ser dilucidados. Resulta importante describirlo porque, de alguna manera, están repitiendo su estrategia en la actualidad, cuando siguen captando jóvenes de ambos sexos. Como muestra de ello está el MOVADef (Movimiento por la Amnistía y los Derechos Fundamentales) que logró conseguir 300 mil firmas para postular en las elecciones presidenciales de 2011.

Lo que narraré no tiene necesariamente una secuencia lógica o histórica. Describo los procesos reales que tenía Sendero para captar militantes, que tienen evidente lógica, pero también la ambigüedad de la vida y la historia. Es fruto de la reflexión y la memoria de lo vivido en la universidad y del contacto con muchos jóvenes de esos años en los que trabajé en la Universidad de Ayacucho (1987-1991) y en la formación de dos Comunidades de Vida Cristiana (CVX) para jóvenes y maestros respectivamente.

Lo primero que tengo que escribir es lo que decían los estudiantes, que “Sendero buscaba a los mejores”. Es decir, a aquellos que eran ejemplo de nivel académico y tenían prestigio como tales, además de cierto liderazgo entre sus compañeros. Esto tenía como finalidad demostrar que “la mejor gente” se unía a su gran causa y esto “jalaría” a los otros. Sendero lo hacía con los mejores estudiantes de todas las carreras a las que podía llegar. Se acercaba a ellos y los invitaba, pero si no aceptaban, entonces usaban la táctica de la presión y después, amenazaban con atacar a su familia, padres o hermanos. También tuve la percepción de que los jóvenes a los que buscaba eran de las familias pobres y venidas del campo - de los distritos del departamento - a la ciudad de Ayacucho. Aunque debemos anotar que los docentes y el entorno de su fundador, Abimael Guzmán, eran personas de la clase alta y media provinciana, como los Morote, por ejemplo. Esto es importante para el tema de la motivación y el mover sentimientos contra “los ricos y poderosos” y que ellos lograban tocar con bastante acierto.

Una vez hecho el contacto con el joven (varón o mujer) era invitado a “una fiesta” en una casa, donde ponían un equipo de sonido cerca a la ventana del local. Desde fuera, cualquiera podía creer que se trataba de un cumpleaños u otra fiesta, pero dentro había un lugar donde se reunían “los compañeros” para hablar y planificar alguna acción. El captado asistía y, en medio de la fiesta, era invitado a pasar más adentro. Allí estaban los mandos y responsables zonales para entrevistar al chico o chica. Al contactado se le pedía absoluta discreción o silencio para con sus padres y otros compañeros. Esto era fundamental, ya que la filtración de algún dato podía costarles la vida a ellos mismos o su familia. Sin embargo esta presión también era una fuente de angustia muy grande para los chicos y chicas que empezaban en este camino impredecible y fatal al que ingresaban.

El proceso de implicación era lento, ya que les pedían primero leer los documentos o folletos del partido, a fin que se preparasen en la ideología correspondiente. Eran verdaderas escuelas o lugares de adoctrinamiento, sin espacio para el debate o la duda. Se debía aceptar “sin dudas ni murmuraciones”, como dicen los militares o religiones que catequizan a sus miembros de manera muchas veces fanática. En el fondo, lo que deseaban eran militantes incondicionales y mecánicos para cumplir órdenes y tener absoluta sujeción de sus miembros. “Los extremos siempre se juntan” dice el adagio que sale desde la experiencia. Me refiero a ciertas corrientes religiosas muy conservadoras, actualmente en boga en el Perú, que buscan lo mismo de sus miembros.

Un segundo momento, después de esta etapa de adoctrinamiento, era la participación en determinadas acciones, que iban desde las más simples o menos riesgosas, hasta las que ya suponían absoluto y mayor compromiso y riesgo de vida. Por ello, la pinta de calles o lugares de reparto de propaganda (folletos, mosquitos, volantes, etc.) era una de las primeras tareas que se les pedía a los militantes. Se les daba los textos que tenían que escribir, pintar y las maneras cuidadosas de hacerlo para no caer presos. Otra forma de implicarlos era que participaran de alguna acción más contundente, como poner artefactos explosivos en lugares escogidos, o hacer de “campanas” o “distractivos” para que otros coloquen los petardos en el sitio determinado. La colocación de explosivos requería preparación y habilidad, ya que los objetivos podían ser diversos y en lugares muy distintos, como postes y torres de alta tensión, transformadores, puentes, puestos policiales, “caza bobos” con banderas, minas para atacar a carros y vehículos militares de cualquier tipo, etc.

Las acciones más peligrosas eran los ataques selectivos para matar a personas determinadas. Estas eran operaciones muy delicadas y pedían mucha precisión, ya que estas personas normalmente tenían resguardo de personas entrenadas en repeler ataques de ese tipo.

La guerra, en su desarrollo, implicaba el pedido de determinados bienes para los combatientes, desde alimentos hasta dinero, así como medicinas, toallas higiénicas, ropa, armas, documentos. Los ingresantes a Sendero tenían que ayudar a proveer de estos elementos a los combatientes, de tal manera que las tenían que conseguir en varias modalidades. Una de ellas era la extorsión a personas con dinero o dueños de tiendas de abarrotes o farmacias. Así, el compañero nuevo tenía que colaborar en el asalto de establecimientos comerciales, postas médicas, transporte de mercaderías, camiones militares, puestos, etc. La amenaza con notas escritas era otra forma de conseguir cupos en dinero o en mercaderías.

Una vez recibido el ultimátum, tenía que ser cumplido por las personas que los recibían, llevando y entregando lo que se les pedía. Muchas familias que tenían tiendas de abarrotes o farmacias eran extorsionadas de esa manera e implicadas en esta guerra sin cuartel contra el Estado peruano.

También es importante saber que personal vinculado a la salud era obligado a atender heridos o enfermos del partido. Los médicos y enfermeras eran obligados a colaborar con el partido bajo amenaza y posterior consecuencia. De ello se han derivado muchos problemas a personal que no era senderista y que tuvo que hacer servicios sin su consentimiento.

Cuando el chico o chica ya tenía tiempo de pertenencia y había ido subiendo en su compromiso, se les iba pidiendo participación más decidida en la guerra popular. En esta guerra planificada, las etapas eran señaladas y el compromiso de sus miembros iba en aumento. Es decir, ya no solo atentaban con explosivos o secuestro, sino que ejecutaban ataques a personas determinadas, secuestro de personas para negociar su libertad a cambio de dinero, vehículos, mercaderías y personas que les interesaba tener a su lado. Los miembros del partido ya podían usar armas y caminar en columnas para organizar la toma del poder desde abajo, es decir, desde las comunidades campesinas hasta los pueblos mestizos y las ciudades donde ellos tenían control de la población.

Los mandos responsables de zona podían hacer “juicios populares” a personas que no consideraban dignos de vivir por lo que hacían. Así se explica que los miembros de Sendero se fueron haciendo auténticos delincuentes, ya que cometían robos, amenazaban y atentaban contra personas e instituciones hasta matar autoridades de base, dirigentes gremiales considerados como revisionistas, corruptos o simplemente enemigos de clase. Así fueron ultimados alcaldes, jefes militares, presidentes regionales, sacerdotes, catequistas, pastores, periodistas, comerciantes, profesores, etc.

La dinámica de la “guerra popular” iba logrando que muchos de sus miembros alcancen poder y dominio de los integrantes de las células que se iban consolidando de manera efectiva. También recibían dinero, es decir, una especie de sueldo de acuerdo al rango que iba alcanzado en el proceso de lucha. Este aspecto casi nunca ha sido mencionado por los investigadores de Sendero. Una de las fuentes para financiarse estos “sueldos” era el dinero proveniente del narcotráfico. Sendero proveía de armas y protección, los narcos, los dólares. Se forjaba así una alianza que los ha llevado, según mi opinión, al desprestigio total de su ideología justiciera.

En el proceso de compromiso con el partido, los jefes de Sendero velaban por la seguridad de sus integrantes, los ayudaban a salir de la cárcel si era necesario (son varios los casos conocidos de ataque a los penales donde se hallaban presos sus militantes), los protegían precisamente con nombres falsos y con un sistema de claves. Una vez me narraron cómo le destrozaron la cara a un compañero que, después de estar herido, murió después de un enfrentamiento. Como no lo pudieron ayudar a soportar las heridas y murió, hicieron eso para que la Policía o el Ejército no los reconociera y no molestaran a sus familiares. También me narraron cómo les cortaban las yemas de los dedos de los muertos, para que no fuera identificados por las huellas dactilares. Igualmente me relataron cómo

un senderista herido fue abandonado en un cementerio, lo metieron en una fosa abierta y allí lo abandonaron herido gravemente. Así murió en soledad y silencio absolutos.

Usar nombres de combate era otra forma de proteger a los combatientes. Tenían varios nombres y esta era una manera de protegerse hacia afuera y dentro de la misma organización. Según me contaron, este modo de organizar la guerra de guerrillas la aprendieron en China los líderes que fueron precisamente a esa nación con apoyo de las autoridades universitarias de esa época, como se decía sobre el señor Efraín Morote Best.

Otra historia que recogí de una madre es cómo dejaron enterrado una vez a varios militantes muertos en un enfrenamiento, cerca de una gran piedra que estaba tirada al borde de uno de los tantos caminos de las alturas de Iscahuaca, (Aymaraes, Apurímac). Los dejaron allí para que no se olviden que “allí murieron sus combatientes heroicos y que alguna vez fueran reivindicados”. Parte de estos entierros pueden considerarse como fosas clandestinas fruto de la guerra y no acciones expresas buscando la desaparición de personas, como es en este caso.

Cuando ya avanzó la guerra, Sendero contaba con organizaciones de apoyo para poder dar protección a sus combatientes. Estos eran abogados integrantes del MIP (Movimiento de Intelectuales Populares), que era parte del MRDP (Movimiento Revolucionario en Defensa del Pueblo), donde había abogados, periodistas e intelectuales que cumplían tareas concretas de apoyo a la revolución y sus militantes. Había también organizaciones por sectores como el MOTC (Movimiento de Obreros y Trabajadores Clasistas), el MCB (Movimiento Clasista Barrial), el MFP (Movimiento Femenino Popular). Para los jóvenes estaba el MJP (Movimiento Juvenil Popular), para los campesinos se tenía el MCP (Movimiento de Campesinos Pobres). Todos ellos conformaban el MRDP (Movimiento Revolucionario en Defensa del Pueblo) en camino de la construcción de la “República Popular de Nueva Democracia” desde las Bases de Apoyo.

Estas organizaciones, a diverso nivel e importancia, se fueron haciendo más notorias en la medida del avance de la lucha armada. Esta situación tampoco ha sido esclarecida, ya que muchas personas “han sabido hacer su trabajo” en estas organizaciones de apoyo al terrorismo sin aparecer mucho y después se retiraron de ellas también sin dejar huellas. Lo mismo podríamos decir de personas que participaron del terrorismo de Estado, que siguen incólumes después de haber colaborado y participado en verdaderos delitos. Estas personas y familias son las menos interesadas en que se esclarezcan estas redes de delincuencia y beneficio. Lo sucedido y descubierto en Argentina muestra lo sucio de esta parte de la historia de nuestros respectivos países y las personas, familias e instituciones involucradas en ella.

Creo que esta red de organización era una construcción real pero no tan fuerte, ya que no tenía muchos miembros, como se pudo comprobar con el tiempo. Pero fueron muy activos y decididos para hacer lo que tenían que hacer. Algunos de ellos fueron asesinados o cayeron presos, otros huyeron fuera del país, una vez que notaron que su guerra no lograba lo que ellos pensaron alcanzar. Finalmente, otros se camuflaron y permanecen solapados en algunas instituciones y organizaciones esperando mejores tiempos para salir nuevamente a luz.

En estos últimos años el surgimiento del MOVADef (Movimiento de Amnistía y defensa los Derechos Fundamentales) es una muestra de ello y otra prueba más es la fidelidad en la que permanecen en las cárceles algunos de sus militantes varones y mujeres.

◊ **Cómo era importante la intuición para proteger la vida.**

Eran como las seis de la tarde y habíamos terminado de asistir a una misa celebrada en la iglesia de San Francisco, en la ciudad de Ayacucho. Al salir del templo, noté ciertos movimientos raros en la calle y sentí que algo malo iba a pasar. La gente también se movilizaba rápido como presintiendo también el peligro. Esta clase de sensaciones son inexplicables en su causa pero funcionan, como veremos inmediatamente. Pero antes tenemos que saber que en esos años el toque de queda empezaba a las seis de la tarde en la ciudad. Esto era parte de la estrategia de control del estado de emergencia permanente en el que estaba todo el departamento y gran parte del país. Esta situación se institucionalizó desde 1983 en la mayoría de los departamentos del sur andino.

Todos los habitantes teníamos que movernos rápido e irnos a donde nos sintiéramos un poco más seguros, es decir, nuestras respectivas casas. Como la misa se había retrasado un poquito, salimos rápido del templo y cada cual iba saliendo protegiendo a los suyos. Las madres salían con sus hijos, los esposos igual, las abuelas más lentas pero igual, con ayuda de algún nieto o hija, salían por la puerta principal de la iglesia. Como decía, al salir sentí que había algún peligro, presuroso también agarre la calle más directa a mi casa y adelantando a otros me protegí donde pude. Llegue a mi casa y no pasaría unos diez minutos cuando oímos el estruendo de un coche bomba que había sido dirigido a las puertas del puesto policial cercano precisamente a la iglesia de donde habíamos salido hacía muy poco tiempo.

La explosión, que la vi al día siguiente, había roto las puertas del puesto. Los vidrios de las ventanas de todo ese tramo de la calle estaban rotas. Había pedazos de metal retorcido y negro por varios lugares. En las paredes habían otros incrustados mostrando la potente explosión sucedida. La noticia era que el puesto policial había sido atacado y que una niña de entre diez u once años había sufrido heridas por las esquirlas que salieron volando como metralla sobre los pocos que había en la calle a esa hora. Los senderistas habían preparado el carro cargado unos metros antes, lo desengancharon y lo estrellaron a la puerta del puesto donde terminé explotando.

Mi sentido del peligro me había salvado la vida. Por eso, de esta lección la enseñanza que saco es “no dudes de tu intuición cuando tu corazón te avisa del peligro”. Y la otra fue: “Dios cuida realmente de sus hijos y los protege del peligro”.

Otra experiencia semejante me pasó un día que me iba de la Iglesia de La Compañía a la casa que teníamos en la calle Asamblea. Había tenido una reunión de formación con los jóvenes de la CVX y me retiraba a descansar. Eran como las seis de la tarde, hora en que se iniciaba la hora de toque de queda en esos años. Iba tranquilo ya que me gustaba caminar por el parque central de esta ciudad. Siempre me encontraba con alguien con quien conversar, había

plantas y palmeras, y en las noches se podía ver el cielo y el horizonte a pesar de la noche. Caminé y ese día, para suerte mía, no me encontré con nadie. Crucé la plaza, entré por la calle Asamblea y pase delante de la iglesia de los padres salesianos que estaba en la esquina. Siempre miraba una tienda de artefactos que estaba abierta a esa hora y daba la impresión de que al dueño le iba bien. No pensé en nada y solamente esperaba llegar a mi casa. Avancé la primera cuadra, pasé la segunda y, al llegar a mi casa, oigo una terrible explosión precisamente en la puerta de la tienda que había pasado delante de ella unos minutos antes. Allí sí que no me funcionó la intuición ni nada. Me libre de morir simplemente. “No era mi hora”. Al día siguiente pude ver los efectos de la explosión en las paredes de la tienda y en la puerta. Felizmente no hubo muertos ni heridos, realmente una suerte. Qué puedo decir de esto, no era mi hora. Dios me cuidó e hizo que no me retrasara con nadie en la plaza. “El escribe derecho sobre líneas torcidas” dijo Santa Teresa de Jesús.

Este tipo de experiencias fue común en los años de guerra en los que vivimos. Las fotografías que se muestran de la CVR (Comisión de la Verdad y Reconciliación) son un testimonio de ello. Heridos, muertos, mutilados, gente que perdió los oídos o quedó ciega, destrucción, dolor. Eso era lo que provocaba este tipo de atentados realizados casi siempre por los integrantes de Sendero Luminoso, aunque muchos fueron también hechos por el Ejército, como manera de acallar a instituciones y personas que les eran molestas en su “trabajo” de lucha contra los subversivos o terroristas. Tenemos por ejemplo el atentado contra Radio Onda Azul de la diócesis de Puno y otras parecidas.

◇ **Cómo las bibliotecas desaparecían de las casas.**

En el tiempo de la guerra interna que hemos vivido, el hecho de tener ciertos libros (textos de Mariátegui, Marx, Lenin, Mao, Trotski, el Che Guevara y por su puesto folletos o propaganda hecha por los senderistas) era una prueba de ser senderista o por lo menos “prosenderista”. Ambas cosas muy peligrosas para la sobrevivencia de las personas y las familias. Como Sendero Luminoso se proclamaba “marxista, leninista, maoísta, pensamiento guía”, todos los libros que tuvieran que ver con esta ideología era señal de alguna filiación, simpatía, responsabilidad y hasta culpabilidad. Cuando la Policía o el Ejército entraban a las casas sin orden judicial - ya que estábamos en estado de excepción - buscaban con nombres a los posibles integrantes del partido o para buscar pruebas de su vinculación. Si te encontraban volantes, folletos, periódicos, afiches, prendedores, tallas, tarjetas, fotos, libros que te comprometían, estabas perdido. Te detenían y eras llevado a alguno de los muchos lugares de detención que había en Ayacucho y otras ciudades del departamento.

Esta experiencia hizo que muchas familias, empezando por los padres, tomaran sus libros y todo tipo de folletos y los quemaran en los fogones que se hacen en los patios interiores de las casas o haciendo expresamente una hoguera para este fin. Otros metían en bolsas plásticas los libros y los enterraban en los patios o jardines de la casa, esperando recuperarlos algún día futuro. Así es como muchas familias se deshicieron de sus libros y pequeñas bibliotecas. Entre Sendero y el Estado peruano destruyeron los pocos libros de las casas de muchas familias.

Antes de enterrar sus libros, los que lo hacían, ponían una señal para recordar el lugar de su colocación. Alguna vez me dijo uno de estos pobres que se le olvidó y que regó abundantemente su jardín sin poder recordar el sitio exacto de la colocación de su tesoro. Otros, como decía, lo hacían en su jardín interior, o al pie de un árbol para acordarse, o colocaban una señal. No faltaron quienes hicieron una fogata y listo, como decía más arriba.

◊ La fuga del penal de Qenqoro hecha por senderistas de varios lugares

Era 1991 cuando yo había vuelto a mi tierra, Cusco, después de estar casi cuatro años en la ciudad de Ayacucho. Por casualidad - aunque dicen que nada es casual - conocí a un campesino venido de Apurímac y que se había asentado temporalmente en la ciudad de Urcos, capital de la provincia de Quispicanchis (Cusco). Yo me enteré que tenía un familiar en la cárcel del Cusco, pero no me imaginé que era miembro de SL. Después de algunos meses tuve confirmación de este importante dato.

Así fue la historia de esta fuga; era un domingo en la ciudad y los presos estaban jugando fútbol en la canchita del penal en Qenqoro. Este penal está cerca al pueblo de San Jerónimo, en la vía que va del Cusco hacia Sicuani. Eran como la cuatro de la tarde, cuando de improviso se estrella un volquete lleno de materiales contra una de las paredes laterales del penal, que tenía doble muro. Después me puse a mirar con más detenimiento y no eran muy fuertes. La prueba era cómo un volquete la había atravesado hasta llegar a las canchas. Los presos que emprendieron la fuga ya estaban alertados. Una vez hecho el forado, bastante grande, los internos salieron corriendo ya que tenían personas que les ayudarían a fugar o camuflarse. Según un testigo, un grupo de internos tomó el camino que sube hacia las alturas de San Jerónimo, es decir, hacia las montañas que están a las espaldas del santuario del señor de Huanca, en el cerro llamado Pachatusan. Les esperaban caballos para hacerlo rápido y en el valle del Vilcanota, ya a las espaldas del valle del Cusco, tenían un camión que se los llevaría a Arequipa. Otros tomaron el camino que va hacia otro distrito llamado Ccatcca y otros finalmente hacia Paucartambo, rumbo a la selva.

La fuga parecía perfecta, pero el Ejército reaccionó bastante rápido y con el apoyo de helicópteros artillados los siguieron tanto a la columna que se había ido hacia Ccatcca, como los que se dirigían a Paucartambo. Según pude recoger testimonios estas patrullas lograron matar a algunos de los fugitivos, iban de casa en casa y los sacaban una vez comprobada su identidad. Las familias campesinas de esa zona quedaron aterradas de la operación, ya que fue de un momento a otro y hecho de manera brutal.

Esta fuga fue posible con la ayuda de senderistas que estaban en el Cusco, como el hombre al que le di una mano. Lo segundo es que lograron fugar por el secuestro de un camión que los esperaba en la carretera que va de San Salvador hacia Paucartambo. Fueron muy hábiles para calcular el tiempo como el movimiento de los vehículos que circulaban. Muy probablemente se hayan disfrazado de policías para detener el tránsito y así lograr que nadie sospeche y por el contrario colaboren con los movimientos a su servicio.

El número de fugados estaba alrededor de cuarenta presos, traídos muchos de Apurímac y otros lugares, todos varones y bastante jóvenes. Cusco, en este aspecto, no tuvo tanta presencia de senderistas. Parece que este departamento fue considerado como zona de descanso y paso, aunque no faltaron acciones terroristas en la ciudad, pero nunca con la intensidad y magnitud que alcanzaron en Ayacucho, Apurímac, Huancavelica y el mismo Puno.

De esta fuga no se habló mucho, pero el comentario que corría en la zona de Quispicanchi era que los que fueron capturados no los dejaron vivos y que algunos lograron huir hacia Madre de Dios y alguno logró salir hacia Puno. La familia estaba en Urcos y el varón que participó en la fuga de los presos desapareció de la ciudad. Muy probablemente se iría a un lugar un poco más seguro. Para terminar, creo que la guerra produjo mucha movilidad en las familias afectadas directa o indirectamente por el conflicto. La oficina de CEAS (Conferencia Episcopal de Acción Social) manejaba la cifra de un millón de personas que se habían visto obligadas a salir de sus lugares de origen. *Migración forzada interna*, era el nombre que le dábamos a este fenómeno. Los circuitos de estos movimientos no han sido todavía suficientemente estudiados como los efectos tan terribles de tuvo en la vida de nuestro país.

◇ El amor de una madre es invencible

Esta historia la recogí en Ayacucho de un familiar del joven rescatado de las filas de Sendero por su madre. Era 1988 en el departamento de Ayacucho. Sendero tenía control sobre algunos distritos del departamento de manera casi total, había logrado enrolar en sus filas a muchos chicos y chicas de los colegios de secundaria de la ciudad y también de las instituciones educativas de los distritos del interior. Las maneras de hacerlo eran efectivas pero en algunos casos lo hacía a la fuerza. Así fue en el caso de un joven de la familia que tuve la suerte de conocer. Se lo llevaron a una de las columnas que asolaba el campo, era ya miembro activo de ellos. La madre no pudo soportar este real secuestro de su hijo y tomó la decisión de traerlo a su lado.

Empezó por los compañeros de su hijo en el colegio. Allí logró recabar información sobre quienes eran sus amigos y quienes posiblemente también habían sido llevados por “los compañeros”, como los llamaban en ese tiempo. Habló con algunas de sus madres, las que estaban también muy deprimidas por lo que había pasado. Después, pudo saber a qué columna había sido enrolado y cuánto tiempo le llevaría llegar a ella. La familia le decía que no hiciera eso, que era muy peligroso, que los senderistas la matarían a ella o también a su propio hijo. La decisión de ella estaba tomada, nadie la podía detener. Tomó el carro que la llevaría hacia Huanta y de allí al pueblo donde estaba su querido hijo.

Tardó dos días en llegar al sitio y llegó hasta la columna donde estaba su hijo. Habló con el mando o jefe de la columna y le dijo firme: “yo me llevo a mi hijo, me matas a mi antes de dejarlo aquí”. El mando, al ver la decisión y el amor de esta madre, no le quedó otra cosa que llamar al muchacho y entregárselo a la madre que estaba como una estatua esperando a su hijo. Lo agarró de su mano y simplemente lo regresó a casa. Nadie cuestionó ni dijo nada. Así se salvó una vida joven de las manos de Sendero por el coraje y la decisión del amor de su madre, una sencilla madre popular. Pocas historias se pueden contar de este tipo porque el terror logrado por Sendero fue muy efectivo

ya que logró que cientos de familias dejaran que sus hijos e hijas fueran enrolados en la lucha, aunque no faltaron que los apoyaban hasta terminados los años mil novecientos.

La desaparición de muchos jóvenes se debió a esta práctica terrible. No había medio o forma de seguir a estos jóvenes. La mayoría de ellos terminó muerto o desaparecido y la familia en un limbo de desinformación y peligro.

◇ Dios lo volvió invisible

Estábamos en una marcha ecuménica en favor de la vida convocada por el IPA (Instituto de Pastoral Andina). El lugar de encuentro y oración era el pueblo de Orurillo (Puno) y corría el año 2001. Éramos como cinco mil personas venidas de casi todos los pueblos del sur andino. La convocatoria la habíamos hecho también de manera ecuménica. Es decir, en coordinación con los representantes de todas las iglesias de estos territorios tan golpeados por la pobreza y la violencia como eran Puno y Cusco. Cada Iglesia local (parroquias rurales y urbanas) preparó a sus miembros para la gran marcha con reflexiones y talleres previos, ya que la misión era recordar y marcar en la memoria de nuestros pueblos nuestro dolor y nuestra esperanza por las víctimas caídas en estos años terribles de la violencia. Estaban también invitadas las organizaciones de desaparecidos, de viudas y huérfanos de las distintas ciudades. Ellas traían pancartas y fotos de sus familiares muertos o desaparecidos con frases que nos movían al compromiso y la memoria. No faltaron tampoco las organizaciones campesinas como la Federación Campesina de Puno y Cusco, tan activa y tan golpeada en esos años.

La marcha comenzó a la entrada del pueblo de Orurillo. Era como la nueve de la mañana, nos colocamos en posición de marcha y con altavoces íbamos cantando, repitiendo lemas, haciendo pequeñas oraciones, aplausos y vivas. Llegamos lentamente a la plaza del pueblo y nos colocamos alrededor del estrado que se había preparado para las intervenciones de las personas que hablarían esa hermosa mañana. Una vez iniciada la ceremonia, uno a uno de los participantes subían y daban su testimonio o dirigían algunas palabras a toda la masa, quienes estábamos allí de pie y atentos a todo lo que pasaba. Subió un joven evangélico y empezó a narrar el siguiente testimonio: “Me llamo Melquiades Turpo, tengo 23 años, soy actualmente un sobreviviente de la guerra que hemos vivido estos años. Yo vivía con mi familia en el pueblo cuando una noche llegó una columna de senderistas en busca de las autoridades que estaban consideradas como traidoras y que por lo tanto debían morir esa noche. Fueron entrando casa por casa en busca de los marcados para ser ejecutados, mi papá estaba entre ellos. El miedo se apoderó de toda nuestra comunidad, iban pues sacando casa por casa a los señalados y delante de sus hijos los degollaban como corderos, sin compasión ni defensa.

Yo al ver esto no sabía qué hacer, mi casa ya estaba rodeada como por veinte armados y encapuchados. Los vi por las ventanas de mi casa, empujaron a patadas la puerta y empezaron a buscar a mi padre. Yo no sabía dónde meterme solo oraba angustiado en mi corazón, le ofrecía mi vida a Dios, pero también le pedía que me salvara de esta muerte injusta. Me puse parado en una esquina de mi cuarto cuando ellos entraron y con una linterna potente iban buscándonos a toda la familia. Yo me quedé como un palo, quieto y casi sin respirar, la luz de la linterna paso sobre mi cara.

Me sentí perdido pero no me vieron, volvieron a pasar con la linterna pero tampoco me vieron. Yo entendí en ese momento que mi Dios me había hecho invisible para ellos, me escondió el Señor de sus ojos y sus intenciones. Sólo Él pudo hacer esto.

Permanecí en silencio hasta que noté que se habían alejado de mi casa. Mi papá felizmente se había logrado escapar para el cerro y no lo pudieron alcanzar. Esa noche mataron como a siete personas de nuestra comunidad y a mí me dejaron vivo por la salvación de nuestro Dios, El me hizo invisible esa noche. Yo creo que, como les digo, esa noche volví a nacer y aquí estoy dando testimonio del poder de Dios. Gracias”. Así termino su intervención este humilde campesino joven. Varios de nosotros llorábamos al oír su testimonio y dábamos gracias al Dios que salva a sus hijos a pesar de las intenciones que tienen los hombres. Muchas historias salvadoras parecidas a la de Melquiades se podrían contar a lo largo de nuestra tierra sur andina y peruana.

La marcha terminó con una gran oración donde nos unimos nueve iglesias con la misma fe y gratitud a nuestro Dios que no deja de acompañar a sus hijos. Sobre todo, en los momentos más duros y difíciles que podamos vivir. Se colocó una gran piedra en la plaza del pueblo en memoria de esta marcha pero, sobre todo, en recuerdo de nuestros hermanos muertos y desaparecidos en la época de la violencia. Hasta hoy está la gran piedra memoria para que no se repita y para que sepamos que la vida humana es sagrada y que Dios es su defensor y su garante.

Nuestra realidad peruana

◇ Mi primera experiencia consciente con el mundo andino pobre

Yo tendría 14 años de edad. Era estudiante de un colegio que funcionaba como seminario menor. Es decir, tenía régimen de internado y estaba regentado por los padres jesuitas, en su mayoría españoles. Estaría cursando mi tercero o cuarto de secundaria. Dentro de las actividades del colegio estaba preparar veladas de teatro con obras graciosas y que dejaran mensaje. Estas obras las presentábamos en los pueblos cercanos a la ciudad del Cusco donde, en coordinación con los párrocos, íbamos y las presentábamos como actividad en favor del trabajo juvenil que tenían y tienen muchos párrocos en sus pueblos. Después de ensayar varias veces y preparar nuestro vestuario y lo necesario para la escenografía salíamos, como digo, a los pueblos y así recaudamos fondos para nuestros pasajes y recuperar lo invertido. Pero lo fundamental era “hacer propaganda vocacional”: invitar e interesar por el sacerdocio a los jóvenes de los pueblos donde íbamos.

Era poco lo que ganábamos pero, sobre todo, lográbamos aprender a trabajar en equipo, a salir y hablar en público, a memorizar los guiones de los personajes que nos asignaban. También dábamos testimonio de alegría y dinamismo a jóvenes de los pueblos andinos que muchas veces no saben qué hacer o que se dedican a tomar y “juntarse antes de tiempo”, o simplemente robar o vivir de los sacrificados padres.

Así, preparados y entusiasmados jóvenes salíamos con nuestras mochilas, costales y cajas a los pueblos escogidos para estas presentaciones de teatro popular. No teníamos equipos de sonido, aunque siempre llevábamos un tocadiscos a pilas para poner música y llamar la atención de la población a la que nos interesaba llegar e interesar. Llegamos después de una hora aproximadamente de viaje en carro al pueblo de Lucre, que está al costado de una laguna muy antigua a unos 35 kilómetros de la ciudad del Cusco. El paisaje es típicamente andino, el pueblo tiene su iglesia colonial, sus puentes de arco de piedra construidos en dos sitios para pasar el pequeño riachuelo que alegra el pueblo con aguas limpias. El local ya lo habíamos preparado para la presentación. Era un salón bastante grande, tenía su estrado y cortinas

como un teatro bastante adecuado como para el desarrollo de nuestra obra. Nos organizamos después de saludar al párroco y preparar los afiches para pegar en las calles principales y donde nos parecía que podían llamar la atención. A estos pueblos en general les gustaba que llegara gente nueva, la vida de las familias campesinas en muy lenta y poco novedosa. El tiempo se mueve como una inmensa rueda cada año, marcada sobre todo por las fiestas religiosas y agropecuarias. Pasadas las fiestas, el pueblo vuelve a la vida monótona y chata que aburre, sobre todo a los jóvenes inquietos por naturaleza, en todas partes del mundo.

Nos habíamos organizado y me tocó salir con mi trompeta para invitar a los habitantes del pueblo. Íbamos gritando a voz en cuello calle por calle: “¡Esta noche gran presentación de la obra teatral los árboles mueren de pie, obra que divierte y enseña, vengan señores vecinos con sus familias a gozar de este espectáculo nunca visto en esta ciudad, tenemos precios populares! Así eran nuestros avisos, una y otra vez gritábamos con nuestra trompeta hecha de lata o cartón. Habríamos caminado casi todo el pueblo y ya estábamos casi a las afueras cuando, de un momento a otro, empiezo a notar que habían unos huecos en el costado de la ladera de una pequeña colina que hacia como de pared. Empecé a ver que en esos huecos vivían ancianos - varones y mujeres - muy pobres y abandonados. Parecían como leprosos ya que tenían las manos y las piernas amarradas con trapos, como cubriendo sus heridas o quizás más bien del frío que pasaban.

Me quedé estupefacto ante su presencia. Parecían momias pero que se movían lentamente, nos hablaban en quechua, casi no tenían dientes. Hasta vi que alguna de ellas era tuerta. En fin un espectáculo como de película de terror. Seguí caminando con mis compañeros y pregunté quiénes eran estos pobres seres humanos que vivían de esa manera, cada uno en su hueco y cocinándose solitos, casi como topos. Eran ancianos viudos y viudas los que vivían así, no pude seguir llamando para nuestra obra, me sentí tan ridículo y absurdo que casi me pongo a llorar. ¿Qué significaba hacer una obra de teatro divertida ante estas vidas que no tenían casi nada, que más parecían cadáveres vivientes, carentes de todo? Me parecía un absurdo andar gritando e invitando a divertirse a una comunidad que tenía a sus viejos de esa manera.

Esta experiencia marcó definitivamente mi vida. La miseria de estos ancianos quechuas transmite una fuerte inquietud a un país y unas iglesias que hace cosas quizás importantes y hasta interesantes, pero me pregunto: ¿no deberíamos pensar más en estas personas que viven realmente como topos? Y no solo pensar sino ¿dirigir nuestros esfuerzos como sociedad por preocuparnos más por las personas que menos tienen y que sobreviven sin ninguna comodidad, de las que la sociedad moderna tiene? ¿No es el ser humano lo más sagrado de la naturaleza y la gloria de Dios que el hombre viva? Después de años de vida y contacto permanente con las comunidades campesinas del Cusco me sigo interrogando, ¿qué se hizo realmente por los campesinos pobres de este nuestro Perú, que hizo las iglesias por ellos, real y concretamente? ¿No tenemos más bien en muchos párrocos y prelados preocupados por el culto y los ritos antes que por las imágenes y el cuerpo de Cristo en estas personas? La misma sociedad peruana da más importancia a otras cosas que los ciudadanos y sus vidas. ¿Hasta cuándo tendremos unos gobiernos que parecen gobernar al revés, dando más a los que tienen más, enriqueciendo más a los más ricos?

◇ El hijo de un hacendado y la lucha sindical campesina (Retratos de familia)

Yo nací en el Cusco, en uno de los barrios más bonitos y antiguos de esta hermosa ciudad. Nací en la calle Chihuanpata, en casa de mis abuelos, atendido por una señora que le llamábamos “la señora cigüeña”, una española mayor que atendía a las mujeres parturientas, más o menos acomodadas de esta ciudad. Desperté a la vida con el frío y el sol de esta tierra andina llena de luz y color. Mi padre fue el hijo de un abogado. Por cierto, el señor tuvo muchos hijos en varias mujeres, que a lo largo de mi vida fui conociendo, muchos sólo de nombre. Mi abuelo se llamaba el Doctor Leoncio Flores Fernández, para todos. El papá de mi papá fue, a su vez, hijo de otro hacendado que llegó a tener, diez haciendas en el departamento del Cusco, según contaban mis tíos y tías hermanas de padre. La abuela que era madre de mi papá y que conocí se llamaba Josefa Muñoz Zúñiga (tenía casa y una parcela en Quiquijana) y gocé un poco de su bondad y otras cualidades. Según me dijeron, mi primer nombre lo llevo por ella.

El bisabuelo, según contaban mis tíos y papá, se hizo rico como arriero de mulas, entre Cusco y Arequipa. Hacía en 23 días el recorrido, que actualmente tiene aproximadamente 600 kilómetros. Era una empresa. En esos tiempos lo que hoy son las empresas de buses que nos movilizan en los nuevos caminos del sur andino. Con ese trabajo, hizo dinero para adquirir esas haciendas en varios lugares del departamento. Debí ganar mucho para ir comprando esas propiedades.

Mi padre fue estudiante del glorioso Colegio Guadalupe de Lima y, posteriormente, alumno de la Universidad Nacional de Chile, donde fue enviado a estudiar Ingeniería Civil, hacia la década de 1930. No terminó su carrera y al poco tiempo conoció a mi mamá y se casaron. Su primer hijo nació en el Hospital General de la ciudad de Santiago, llamado El Salvador. En 1945, aún sin terminar la Segunda Guerra Mundial, retornaron al país en vapor, que lo tomaron en Valparaíso y llegaron a Matarani (Arequipa). En tren llegaron a la ciudad del Cusco y se ubicaron en la casa de los suegros, precisamente en la calle Chihuanpata, en el barrio de San Blas.

Como mi padre no terminó la carrera, mi abuelo lo mandó a hacerse cargo de la hacienda que él también había heredado a su vez de su padre. La hacienda estaba en el caluroso valle de La Convención cruzado por el río Yanatile, provincia de Quillabamba. Era una hacienda que tenía alrededor de 23 mil hectáreas, con varios climas y muy buena para la crianza de animales mayores y siembra de coca. Mis padres después de algún tiempo se trasladaron a vivir y trabajar la hacienda. Yo desperté a la conciencia en estos dos lugares: en la ciudad del Cusco por una parte y por otra en la hacienda que tenía por nombre Paltaiabamba (donde hay paltas). Hasta hoy existe la hacienda, aunque la casa fue barrida por el río que cambió de curso en un año.

Mi padre - que no era muy organizado para el trabajo con los “arrendires” y peones - rápidamente logró tener un socio para trabajar el fundo. Se unió para ello con un yugoslavo que había huido de la guerra, viudo y que había venido con su nueva pareja desde Lima. El nombre del extranjero era Sveto Radosblevich y su esposa limeña, la señora Dina, una mujer pequeña al lado de él, quien media más de metro ochenta centímetros de altura.

Para llegar a la hacienda teníamos que viajar, en primer término, en tren, a partir de la estación de San Pedro en la ciudad del Cusco y que lo tomábamos casi por asalto por la cantidad

de viajeros que tenía. Llegábamos después del mediodía a Santa Teresa y allí nos llevaba un bus mediano a Quillabamba, donde teníamos que alojarnos en un hotel. Pasábamos la noche y al día siguiente tomábamos un camión hasta “punta de carretera”, donde nos esperaban acémilas para, por fin, llegar a la casa hacienda de dos pisos con arcos en puertas y ventanas. Contar todas las peripecias de estos viajes me llevaría un libro completo, creo que es suficiente con lo que cuento para esta oportunidad. Lo que más recuerdo es el olor de la selva y el aire tibio cuando iba en el techo del camión en el que viajábamos. El canto de los sapos en la noche llamados “llaqtayoq” y las cigarras de mediodía que decían que reventaban de cantar - porque encontrábamos en los árboles de naranja sus mudas secas e inmóviles - es algo que no dejo de recordar con un poco de nostalgia.

Llegada a la llamada “punta de carretera” el camino lo hacíamos en caballos y mulos que nos esperaban, cuidados por campesinos de la hacienda, hasta la casa hacienda iluminada con los Petromax de luz blanca, los lamparines y mecheros de luz amarilla. Los avisos para que nos recibieran se hacían con el servicio de telégrafo que ya estaba instalado en una habitación del hospital de Huachibamba. Un hospital ubicado al costado de un riachuelo que llevaba precisamente ese nombre, río de aguas limpias y continuas.

Quiero decir que este tren pasaba por el pueblo de Machu Picchu y que, en los años que pasé por estos sitios, nunca me hablaron de las ruinas, ni nada. No tenían ningún valor en esos tiempos para los cusqueños y menos para los turistas extranjeros, a pesar de que ya en 1911 había sido “descubierta”, estudiada y saqueada por el norteamericano Hiram Bingham y su comitiva.

La hacienda tenía campesinos como arrendires. Es decir, campesinos que, junto a sus familias, ocupaban un espacio de tierra a cambio de servicios al dueño. Ellos trabajaban las chacras del hacendado. También atendían como empleados y empleadas por turnos en la casa hacienda. Se les denominaba “semaneros”, por servir por semanas de esa manera a los patrones. Si eran mujeres quienes hacían estos servicios, se dedicaban a cocinar, limpiar la casa, traer leña, lavar, cuidar a los hijos del patrón y echar hasta los bacines. Estos servicios no eran pagados. Por el contrario, los campesinos podían perder el derecho a tener tierras para vivir, si no lo hacían.

Alrededor de la casa hacienda se formaba, en esos años, una pequeña población con carpinteros, herreros y alguna familia que había puesto su tienda de abarrotes, con productos que los campesinos necesitaban. Las profesoras de la escuela fiscal también vivían en estas llamadas “rancherías” para los vecinos de la hacienda. Recuerdo haber asistido a alguna clase de pequeño a la escuela del caserío que caminaba a ser poblado, cuando cumplí mis cinco años de edad.

En la hacienda también había una tienda grande que, en varias ocasiones, era también la proveedora de mercancías para los campesinos y una manera de sujetarlos, ya que les daban por adelantado productos a cambio de dinero y horas de trabajo llamados jornales. El hacendado tenía su libro de jornaleros y jornales adeudados por los campesinos. En la casa hacienda estaba la Capilla donde venía el “taya cura” (padre cura) para las fiestas patronales de la hacienda y para celebrar los sacramentos, sobre todo matrimonios y bautizos. Recuerdo mucho al cura secular Mariano Atayupanqui, que había sido salesiano y estudiado en Italia, un sacerdote muy querido y apreciado por mi madre, oriundo de San Jerónimo del Cusco.

En estas fiestas religiosas había hasta danzantes como los llameros o los chuqchus, quienes me encantaban. Mi madre, en una oportunidad, me hizo mi traje de llamero con montera y todo, para bailar con los jóvenes que lo hacían con tanto entusiasmo.

Tenía mucha suerte la familia en la que tenía presencia del sacerdote para un difunto. Estos eran enterrados solo con la presencia de un rezador o un catequista rural, la familia y, si era persona querida del hacendado, también contaba con su presencia. El cementerio estaba a un kilómetro más o menos de la casa hacienda, rodeada solo de plantas y llena de vegetación y animalitos considerados mal agüeros como búhos y lechuzas.

Recuerdo los comentarios sobre las chicas del pueblo que eran iniciadas sexualmente de manera muy precoz, muchas veces por sus primos y conocidos. El hacendado era, en este sentido, consentido cuando le gustaba alguna moza de las familias de los arrendires. Las muchachas en algunos casos miraban como algo muy positivo que el patrón las quisiera hacer madres, ya que sus vástagos serían “hijos o hijas del patrón”, nada menos. En términos de salud, el paludismo y la malaria estaban muy difundidas, lo mismo que la tuberculosis pulmonar y el tétano. Recuerdo muchas veces ver a mi madre preocuparse de los peones enfermos y de sus esposas y hacer que fueran llevados al hospital de Huachibamba, cercano a la hacienda. También recuerdo haber visto cadáveres de campesinos en la iglesia de la hacienda velándose y esperando ser enterrados con bastante premura por el clima que los hacía oler de manera muy desagradable.

Recuerdo las tardes de sol después de las lluvias, iluminando el paisaje y el patio enlosado para secar las hojas de coca, llamado Matucancha. Junto a él estaba el matuwasi, lugar donde se almacenaba y ponía en las saquillas la coca seca que se mandaban a Calca o Quillabamba, a los mayoristas o acopiadores que luego la enviaban a distintas partes del país a mucho mejor precio que el que le daban al hacendado y al campesino. También recuerdo las fiestas que los hacendados hacían en carnavales, sus cumpleaños o en las fiestas patronales de las capillas de las haciendas visitándose y matando reces y chanchos para que no faltara la buena comida y la bebida. Se tomaba cerveza que llegaba a lomo de mula desde el Cusco y también se tomaba alcohol de caña que la llamaban “trago”, “cañazo” y otros nombres graciosos. La música la hacían hombres que tocaban bandurria, arpa, violín y hasta algunas veces un “pampa piano” (piano pequeño a veces con fuelles o sin ellos). Eran fiestas de tres o cuatro días, donde se bailaba, cantaba, comía y bebía a discreción. Había alegría, serpentinas, globos, talco, frascos de éter, achote, huevos hueros, crema de zapatos y hasta lodo para jugar. El clima ayudaba bastante para mojarse y realmente gozar de la fiesta y lo que la vida nos daba.

Esta hacienda en sus buenos tiempos había sido productora de caña de azúcar y, posteriormente, de alcohol de caña o agua ardiente. Tenía todo lo necesario para la producción de ambos resultados. No teníamos luz eléctrica pero sí un motor que movía el molino de rodillos de metal para triturar la caña. Este era movido con una caída entubada de agua llamada la “pelton”. Esta caída de agua entubada era muy eficiente, de tal manera que la molienda se hacía rápido y con buenos resultados. De esta energía también salía una correa para instalar el molino o despulpadora de café, producto que también se tenía en poca cantidad en algunas chacras del fundo. Podría haber servido para un dinamo y tener luz eléctrica pero nunca lo tuvimos, nos alumbrábamos con mecheros, lámpara de kerosene y las de marca Petromax. Los bichos revoloteaban alrededor de

estas lámparas que era un fastidio permanente para las mujeres de la casa, ya que ellas eran las que las mantenían limpias y cargadas de combustible y con buenas mechas.

Cuando yo tenía doce años, empezaron mis padres a tocar el tema de los sindicalistas. Es decir, los campesinos que, con la presencia de los llamados agitadores comunistas, como Hugo Blanco y otros empezaban con organizar a los campesinos. Todos ellos inspirados en la revolución cubana de esos años (1958-59). Los demás hacendados, como mis padres, se alarmaron de estos movimientos políticos que denunciaban las injusticias que cometían los hacendados en contra de los arrendatarios. Una de sus demandas era tener salarios y trabajo de ocho horas como máximo en las tierras del patrón. Evidentemente también demandaban ser dueños de las tierras que trabajaban. Recuerdo que mi padre abrió un libro de trabajadores y de los pagos que iba haciendo a los mismos. También evoco que los sindicalistas empezaron realmente a agitar todo el valle, pidiendo propiedad de la tierra y reforma agraria, por lo tanto, tierras para los trabajadores directos. Muchos hacendados, como mis tíos que vivían en una hacienda colindante a la nuestra, llamada Riobamba, nunca dejaron sus tierras. Lo mismo hicieron otros, pidiendo y consiguiendo el derecho a tener un porcentaje inafectable de tierras para poder vivir y seguir trabajando directamente.

En otros casos, como el nuestro, tuvimos temor por perder la vida como lo hicieron varios de los propietarios y dejamos de vivir en ese valle. Así, entre 1962 y 1963, toda la familia se trasladó a vivir en el Cusco. Para esa época, ya mi hermano mayor estaba con pareja. El segundo se fue muy pronto a Lima a casa de mis tíos Coll Flores y mi tercera hermana entró a la Normal de Santa Rosa para ser docente de primaria. Yo estaba en plena adolescencia y mi hermanita menor había entrado al colegio Santa Ana, que tenía su local en la calle Arequipa. Mi madre no sabía qué hacer en términos económicos. Empezó a buscar trabajo, a hacer artesanías tejidas para encontrar algo de dinero, se hizo un préstamo de dinero y puso como garantía la casa de Pavitos 540. Tuvo que vender el lote de la esquina con la calle Lechugal. Nos mudamos a la casa de Chihuanpata y mi padre puso una tienda pequeña en una de las habitaciones que da a la calle. Antes de estos movimientos, nos mudamos por unos meses a una casa alquilada en la cuesta de San Blas. Allí empezamos a vender alcohol de caña a los campesinos que subían y bajaban por dicha calle. Mis padres vendieron a mi tío Gustavo la parte de la casa de Chihuanpata que heredamos de mis abuelos y recuperamos la casa de Pavitos con el dinero de la venta.

En 1963 yo entré al Seminario Menor del Cusco para así continuar mi secundaria. En esos años funcionaba en el actual Hotel Monasterio donde viví tres años, hasta que se construyó el nuevo seminario en la Avenida de la Cultura, cerca al Hospital Regional, donde ahora es una parroquia. En el local funciona el colegio San Antonio Abad y contaba con una casa de retiro. El seminario menor y mayor estaba dirigido por los padres Jesuitas. Teníamos estudios, alimentación y habitación. Nos daban dirección espiritual y tutoría académica, cuestión que nos ayudó mucho en varios sentidos, aunque era un poco superficial y no tan personalizada como debió ser.

Los años posteriores son un poco monótonos y me produjeron vacíos emocionales grandes en mi vida. Demasiada institucionalidad en mi vida mató en parte mi espontaneidad, mi libertad, mi autonomía. Mi madre se quedó sola con su tía Eduvigis, una hermana de su padre que vino de Chile con ella. Una mujer buena, sencilla y servicial. Mi padre se fue a vivir a otra casa con otra pareja, donde tuvo varios hijos. Solo después de muchos años yo me enteré de

esta parte de la vida de mi papá y, aunque no hubo divorcio formal, mis padres ya no vivían juntos. Mi madre se quedó con mi hermana menor que estaba terminando su secundaria, quien se casó muy joven y viajaría con su esposo a Lima para terminar su secundaria, mientras su pareja seguía alguna carrera. Yo me quedé en el seminario refugiado y desarrollándome mal, ya que me aislé y no sabía qué hacer por mi familia rota y triste. Muchas veces me he sentido así a lo largo de mi vida, queriendo hacer más por ellos pero atado porque nada era mío. Así, con estas malas condiciones, en 1967 entré a la Compañía de Jesús, pensando que ese era mi lugar de vida. Realmente buscaba a Dios y pensé que de esa manera lo serviría mejor.

El tiempo y las circunstancias demostraron que no fueron buenas estas decisiones y que no supieron mis formadores ayudarme a descubrir mi propio camino. Sin embargo, esa fue mi vida. Así Dios me cuidó con amor de muchas situaciones negativas en las que han crecido mis primos y amigos. Me ha llevado por caminos que ahora me sirven para amar más la vida, aceptar mis propias limitaciones y las de los demás. Deseo profundamente seguirlo amando y sirviendo a sus planes de vida para los más débiles de nuestra sociedad, pero siendo padre y esposo en una familia como la que tengo. No es fácil dejar de ser religioso y sacerdote después de tanto tiempo. Me cuesta vivir en un país donde no se puede fiar uno fácilmente de los demás, soy muy puntual donde no se es así. Vivo dentro de la lógica del deber y la exigencia antes que disfrutar de la vida. Mi esposa y mis hijos me hacen mejor persona en este sentido. Me cuesta gastar en “lujos” (colonias, perfumes, ropa, bebidas alcohólicas, etc) y tengo cierta bronca a los que “viven bien” en un país donde hay muchas limitaciones, pobreza y hasta miseria. Me parece que insultan con su indiferencia y poca solidaridad. Soy muy crítico en este sentido a la manera de cómo plantean solucionar los problemas sociales, tanto de los políticos como en la participación de la jerarquía eclesial. La Teología de la Liberación junto con la literatura universal son mi alimento espiritual constante. Admiro a Gandhi, Facundo Cabral, Nelson Mandela, al profeta Isaías en su percepción de Dios, a San Agustín, Teresa de Calcuta. Leo las homilias de “San Romero de América”, estoy descubriendo a José Martí, y muchos otros autores modernos relacionados con la educación y la psicología. Hago narrativa y poesía que me ayudan a sacar lo que tengo dentro y lo que sueño para mis semejantes, empezando por mis hijos. Me estoy preparando a “vivir para siempre”, porque creo en la vida después de la muerte. Quiero ganar más dinero porque eso no aprendí estando demasiado protegido por instituciones solventes y confiables. Creo que lo lograré con constancia y acierto comercial. Sobre todo pensando en que tengo cuatro retoños todavía muy tiernos que necesitan de mí. “Nunca es tarde cuando la dicha es buena” dice un sabio refrán.

Ya dijo un filósofo español “Yo soy yo y mis circunstancias”, efectivamente así es, yo añadiría, “yo soy yo y mis decisiones, yo soy yo y las personas que me amaron y que yo amé”. Así se construyen nuestras vidas.

Los hermanos más vulnerables

◇ Un niño realmente especial

Esta es la historia de un niño especial al que conocí de manera casual. Aunque dicen que no hay casualidades, todo sucede por algo y para aprender algo. La vida y Dios nos ponen cerca de algunas personas para que las amemos y aprendamos de ellas. Yo estaba un mediodía cualquiera diciendo misa en la Iglesia parroquial de Urcos, como párroco. La iglesia está dedicada a Santiago Apóstol. Ya estaba casi por terminar la celebración, cuando una jovencita entra corriendo y se me acerca y me dice al oído, “Padre Carlos, a mi hermanito lo han violado y además lo han intentado matar, ayúdenos por favor”. Me quede paralizado un momento pero le dije, espérame que termine la misa y nos vamos a ver lo que me dices. Efectivamente terminé y salí disparado con la chiquilla que me hablaba llorando: “el que le hizo daño a mi hermanito esta borracho y se ha quedado dormido allí donde lo abuso, mis hermanos quieren matarlo, ¿usted qué dice?”. La pregunta y las circunstancias eran realmente terribles, no sabía qué hacer. Si les decía háganlo, seguramente lo harían, estaban totalmente decididos. Pedí ayuda a Dios y les dije: “No lo hagan, tenemos que creer en la justicia”...”Yo les prometo ayuda hasta hacer justicia a su hermanito”.

Así fue. Logramos avisar a la Policía y le caímos literalmente y lo pudimos detener. El agresor era un joven de Urcos, recién salido del servicio militar, tendría veintidós años aproximadamente. Conseguimos sus datos personales y la Policía hizo lo correcto. El jovencito agredido era un adolescente de unos 12 años, hijo de una pareja de esposos urqueños y que lo tuvieron con mucho cariño. El niño nació sin pabellones, no oía normalmente y para escuchar tiene que abrir la boca. Tenía oídos internos pero no tenía la perforación natural que todos tenemos. Era un niño especial y con esas condiciones había logrado entrar a la escuela y estudiar con bastante esfuerzo. Se tapaba, con el pelo de su cabeza, a la altura de sus orejas nulas, para no ser molestado por algunos compañeros inconscientes que nunca dejan de haber. Su madre y su papá me contaron que estaba en tratamiento y que debía cumplir una cantidad enorme de operaciones - si mal no recuerdo, veinte - para quedar más o menos normal.

A este niño el agresor había logrado abusarlo y después intento ahogarlo metiéndole la cabeza en una lata de aceite usado de vehículos. Gracias a Dios que el niño logro escapar y no ahogarse. Llegó donde sus hermanos y pudo pedir ayuda. El agresor, como estaba borracho o drogado, se quedó dormido y ahí le caímos.

Logramos hacerlo procesar y meterlo en la cárcel después de muchos trámites y poner en vergüenza al niño quien, con dificultad, podía contar lo que le pasó. Esta es una de las cosas más tristes que les pasa a las víctimas: tienen que exponerse a los policías, jueces y fiscales, la prensa y sus propios familiares cuando se hacen los procesos. No hay suficiente protección de estos derechos sobre todo en las provincias y distritos de nuestro desconcertante Perú. Han pasado varios años y siempre me pongo a pensar si no debíamos haberlo linchado a este malvado. Creo que no habríamos logrado mucho. Creímos en la justicia peruana y en nuestras fuerzas para ponerla en funcionamiento.

Pasaron algunos meses de este hecho y un día los papas de este inocente me pidieron ser padrino de primera comunión. Ha sido un honor para mí, ya que no me gusta ser padrino, pero tratándose de mí ahora amigo, acepté. El siguió estudiando hasta terminar su secundaria, ha seguido aprendiendo computación y trabaja en Lima por temporadas, tratando siempre de mejorar sus condiciones de salud y de vida. Lograron hacerle los orificios de los dos oídos, lleva como 20 operaciones, le han tratado de reconstruir unas orejas con parte de piel de su propio cuerpo, pero aun así tiene dificultades para oír correctamente. Sigue soltero y con cierto dolor, ya que las muchachas que él pretende, cuando descubren su limitación, terminan con él y lo dejan solo. Es un muchacho que sigue trabajando para sostenerse y comprarse unos equipos de audición un poco más sofisticados pero que son caros para lo que gana. Es muy cariñoso con los niños y niñas y espera que la vida le de sorpresas de más dicha y alegría.

◊ Recuerdos del mundo andino, enfermos, migrantes, y otros

Esta parte de mis relatos de vida se centrará fundamentalmente en mostrar cuánto tiene que cambiar el Perú y poner la ciencia y los recursos al servicio de los que más lo necesitan. Tenemos un país medio de cabeza: los que tienen más reciben más y los que menos tienen reciben miserias. Empiezo diciendo que la salud es una de los campos donde se expresa más las desigualdades sociales del Perú. Lo iré probando con mis relatos, pues son cientos de casos en los que pude ayudar y colaborar. Otras veces solo vi o acompañé a morir a los pobres. Ya decía un amigo cuando compartíamos estos servicios: “Ay... de los pobres, ellos son los que más sufren en este país”.

En varias oportunidades, pude acompañar a enfermos casi en agonía por causa de oclusiones intestinales, un problema muy común en tiempo de cosecha de papa. Los campesinos comen papa fría o mal cocida y se les puede desarrollar una oclusión o estrangulamiento del intestino. Dependiendo de la altura del intestino donde se produce, es más grave el problema. También depende de edad de la persona. El dolor es terrible y, si no llega a tiempo para que lo operen, es realmente mortal. En una oportunidad, logré salvar a un campesino que lo encontré en el camino y lo traje hasta el Cusco. Felizmente se lo pudo operar después de intentar por otros medios desatorarlo. En otros casos, el enfermo se muere hinchado

y después de padecer dolores indescriptibles. Las familias mueren de dolor con ellos, ya que es muy triste estar al lado de alguien a quien quieres y no puedes hacer casi nada. Según dicen algunos médicos, los andinos tenemos los intestinos más largos que los normales por el tipo de alimentación que tenemos y esa es una de las causas genéticas de esta frecuencia. Sea esto así o no, lo triste es que las distancias donde viven los campesinos hace muchas veces imposible salvarlos.

Otro problema triste es la leishmanía o comúnmente llamada uta, que afecta a sobre todo a los varones y los niños que migran a la selva, buscando mejores condiciones económicas. En los años de 1974 ya este problema empezaba a visualizarse e iba en aumento. Un compañero jesuita, Antonio Sánchez Guardamino, logró que se formara una asociación para conseguir las famosas medicinas contra la enfermedad, realmente caras para lo que ganaban los campesinos. Fueron miles los enfermos los que se asociaron y lograron en parte controlar la enfermedad. Se logró que se interesaran científicos nacionales en el tema, ya que era un mal poco conocido y tratado en el país, a pesar de las evidencias arqueológicas de su existencia en las culturas prehispánicas en costa y selva amazónica.

Esta enfermedad, llamada también “lepra blanca”, es muy triste ya que ataca a las partes blandas del rostro y otras partes del cuerpo, va comiendo literalmente al enfermo y sobre todo los cartílagos del cuerpo, como nariz, garganta, oídos, manos, pies. Al final, invade todo el organismo. No tiene edad para atacar y por eso es tan triste ver a niños y niñas víctimas de este mal propio de los más pobres del Perú. Lo transmite un mosquito.

Recuerdo asambleas con quinientos y hasta mil enfermos. Mirarlos me llevan a imágenes de películas de Fellini donde los pobres son miles y rodean a los sanos como torbellino de desgracias y miseria. Esas son las masas que muchos políticos y funcionarios del estado no saben mucho de ellas y a las que debían priorizar y privilegiar en sus planes y proyectos, pero que no lo hacen ni les interesa.

La miseria en la que viven las familias andinas obliga a sus habitantes a migrar a la selva más cercana a sus comunidades. En este caso, era Puerto Maldonado. Van a lavar oro, cosechar castaña y cortar madera. Los varones son los más requeridos, pero también sus mujeres que van como empleadas, cocineras, comerciantes o prostitutas. El sistema para retenerlos era y sigue siendo el llamado “enganche”. Es decir, un adelanto de dinero para viajar y dejar algo en la casa. Se manejaba con tiempo determinado y entrega de documentos como DNI, partidas, títulos de propiedad y otros como garantía para el empleador. El peón terminaba esclavizado o muerto si quería huir. Allí reina hasta hoy “la ley de la selva”. Los dueños de las playas y espacios cuidan con armas a sus trabajadores. El patrón y el oro son los dioses de la selva y allí son engullidos los pobres y sus familias sin ninguna protección de parte del Estado, salvo algunas instituciones de la Iglesia que lucha contra monstruos e intereses económicos muy poderosos, donde el Estado y sus instituciones hacen poco en favor de proteger los derechos y la vida de los pobres campesinos andinos. El problema ahora no solo es de maltrato a las personas, sino la destrucción de la naturaleza, en especial la Amazonía, pulmón del planeta.

En ninguna comunidad campesina (ayllu) que visité - y son cientos a lo largo de mis casi 25 años de convivencia con ellas - encontré un médico pagado por el Estado especializado en ginecología, oftalmología, otorrinolaringología o especialidades similares. A lo sumo, en algunos pueblos mestizos, encontrábamos médicos generales. Las postas y hospitales de provincias son escasos y con pocos recursos, así que la mortalidad de madres que dan a luz es todavía muy alta. Los niños se mueren muy fácilmente. Casi estamos en condiciones de selección natural de la especie humana, donde “sobreviven los más fuertes”. Me parece que, por ello, no hay muchos niños con defectos motores o con problemas severos de audición, visión y otros. Los débiles simplemente se mueren.

Ello nos demostró que, uno de los servicios más importantes que da la Iglesia del sur andino, a la que pertencí varios años, es cuidar a los enfermos, preocuparse por la vida biológica de las personas junto con la vida espiritual. Son millones de soles los que gastábamos en socorrer a estos miles de enfermos o en movilizarlos para salvarles la vida.

Esto me recuerda una pregunta hecha hace ya treinta años o más a un joven nacido en una comunidad campesina, cercana a Urcos (Pampachulla): ¿Qué había hecho de importante la comunidad jesuita por los campesinos? Sin dudar, él dijo que “salvarle la vida, cuando estuvo enfermo” y que por eso valoraba mucho la presencia de esta congregación en su comunidad. Prosiguió: “yo estaría bajo tierra, sino hubiera sido por ustedes, queridos padres”. Esta respuesta nos desconcertó un poco al principio, pero era la verdad. Eso habíamos hecho y a veces nosotros mismos no lo valorábamos. Creíamos que era más importante “la conciencia, la organización gremial y política de los campesinos, etc.”. Él nos decía algo así como “primero es la vida, después la conciencia, la educación y hasta la fe”.

Esta falta de atención de la salud como derecho es realmente terrible, injusta y clamorosa. Se nota en el trabajo y los ingresos por su actividad, en los dientes podridos de la mayoría de los niños y adolescentes que van a la escuela, en las madres desnutridas que están gestando niños escuálidos y pequeños. En fin, en todos los signos de la vida. Yo creo que la pobreza mata más que el alcoholismo, la obesidad o la diabetes. Las instituciones educativas que han llegado a casi todos los rincones del país son una expresión más de la mala nutrición y condiciones malas de salud en las que estudian nuestros niños/as campesinos. Los docentes mismos están mal de salud. Carecen de atención especializada para ojos, garganta, huesos, dientes, etc. Y los niños de igual manera. La educación, en este sentido, no está suficientemente coordinada con el Ministerio de Salud para trabajar juntos en favor de mejorar esta situación. Esa me parece que es una de las causas por las que estamos tan mal en rendimiento escolar. Los desayunos escolares solo miran la alimentación, pero no la salud integral de los niños del campo.

Hablemos de la salud mental y emocional. Es muy insignificante como política financiada en su sector y no se tiene ninguna propuesta seria para el tema, salvo experiencias pequeñas de manera experimental. Pensar esto duele más, sobre todo cuando se mira a las comunidades que han sido afectadas por la violencia terrorista de los grupos alzados en armas como la desatada por los agentes del Estado, a partir de los años 1980 a la fecha. Los psicólogos y psiquiatras del Perú aprenden más inglés - lo que no está mal - pero deberían conocer más el quechua, el aymara y las otras lenguas de

los campesinos y nativos de la selva, para poder atender a esta población que también son peruanos como ellos. Hay una mala concepción del servicio de la salud en general. Se la mira como una fuente de ingresos solamente, para profesionales y clínicas. Muchos jóvenes estudian las ciencias médicas para ganar dinero, con muy poco sentido social y de servicio. El mismo Estado promueve muchas veces esta mala percepción y práctica.

Relaciones humanas y conflictos

◇ Indios comuneros, mestizos y blancos. Relaciones y conflictos

Este es un tema de largas discusiones y estudios para muchos investigadores, políticos, teólogos y funcionarios. Tiene muchas entradas y aristas. Yo narraré aspectos que golpearon mi vida y la de mi comunidad religiosa cuando era miembro de ella y también después como laico. Las relaciones entre estos tres niveles o clases sociales son conflictivas pero, a la vez, orgánicamente dependientes y “hasta necesarias”. La historia es fundamental para lograr entender estas relaciones y los problemas que surgen de ellas. Sin este factor es imposible entender y descubrir su origen y devenir desde todas las etapas de la historia peruana. Mi lectura de esta problemática sobre todo es para explicar en parte la opción de los jesuitas por los campesinos pobres, la decisión de ayudar a que las injusticias se vayan superando y para que la fe cristiana sea realmente creíble y también vivible.

Parto de determinar mi percepción de esos mundos, un tanto difíciles de perfilar. Pero se hace necesario para ver cómo se relacionan y lo que significan estas relaciones.

Los indios o campesinos están unidos a la existencia de la vida comunal. No se puede entender a un indígena fuera de una comunidad campesina, por lo tanto, unido a un territorio y una red familiar llamada también ayllu. Ser indio es casi lo mismo que decir campesino comunero. En términos legales, se podría decir que ser indio y tener derechos como comunero es sinónimo. Además de estas condiciones sociales están el factor racial. Es nacer con la mancha mongólica en la espalda baja. Ser comunero es ser de color de la tierra, apellidar Condori o Pacsi y todos los apellidos andinos que tenemos en nuestras provincias y distritos con presencia de las culturas quechua, aymara, ashaninka o matsigena. Finalmente, es pensar y hablar en quechua, sentir con los gustos andinos y su sobrenatural; vestirse de bayeta, chullo y ponchos tejidos por ellos y ellas misma; usar ojotas y chaqchar coca; tomar chicha de jora; etc. Es ser descendiente de los pueblos originarios de nuestro querido Perú.

Este primer grupo está pues más o menos identificado, aunque podrían anotarse más rasgos de su identidad. Para perfilar el mundo mestizo la cosa se complica un poco más, pero no tanto como para no poder señalar sus rasgos. Empecemos diciendo que los llamados “mestizos o mistis” son personas y familias que ya no viven en comunidades sino en pueblos de diverso tamaño y carácter. Ellos mismo se llaman “vecinos, señores del pueblo, wiraqochas, mestizos”. Hablan quechua y castellano con bastante fluidez, esto les ayuda para ser bisagras entre el mundo castellano o del poder y los campesinos comuneros arriba descritos. Su ocupación económica se mueve entre el comercio y la agricultura, las mujeres usan ropa de mestizas (falda de seda plisada, blusa de mangas largas con bobos en el pecho y de colores brillantes, sombrero blanco y mantones de lana), los varones ya no tienen ropa que los distinga de los blancos ciudadanos y hacendados más bien blancos. Racialmente son mezcla de blanco (descendientes de españoles) con andino indígena o con afroperuanos y otras razas venidas de fuera del Perú como chinos, italianos, yugoslavos, ingleses, según sea el caso. Los mestizos se consideran más cristianos católicos que los indios y son los que en general han capturado las cofradías y hermandades de las parroquias y fiestas religiosas. Los indios son más abundantes y ocupan los cargos más bajos de las hermandades y otras organizaciones religiosas. Hay muy pocos sacerdotes nacidos en comunidades campesinas, hay más sacerdotes y religiosos de origen mestizo.

Finalmente está el mundo blanco, rico, hacendado, empresario, comerciante, funcionario, político, profesional exitoso, etc que puede haber sido hijo de un hacendado, un dueño de una fábrica de tejidos, un funcionario del estado o de la banca y la empresa privada urbana o con alguna presencia en los pueblos y comunidades. Estos solo saben hablar castellano, se visten totalmente a la occidental, no chaqchan coca, tienen sus casas en las ciudades grandes del interior del país, no comen quinua, menos carne de alpaca y otros productos llamados “comida de indios”.

Las relaciones más conflictivas entre estos tres grupos o clases sociales me parece que se dan entre indios y mestizos, ya que estos últimos son parte del sistema mayor o dominante de nuestra sociedad. Todos los prejuicios y desprecio del mundo andino lo manejan los mestizos y casi siempre a su favor, ellos por ejemplo son los que les obligan a vender sus productos al precio que ellos, los mestizos, les quieren dar. Nunca olvidaré cómo las señoras mestizas jaloneaban y obligaban a los campesinos/as comuneros a venderles sus productos a la entrada de la carretera a Urcos, Catcca y Ocongate. Ellos les ponían el precio a los huevos, carne, quesos, cueros, etc que traían los comuneros/as a vender al pueblo. Pero donde creo que esta lo más agresivo y injusto es en la relación con los hijos e hijas de los comuneros, las mujeres mestizas son el eje principal para la captación de las niñas y adolescentes campesinas para el servicio doméstico y otros trabajos aún más humillantes y degradados como la trata de personas y el comercio sexual de menores de edad. Las mujeres mestizas y sus maridos son los “que consiguen empleadas” casi regaladas para las familias del Cusco y otras ciudades. Ellas son el comienzo de esta cadena de injusticia y desarraigo de miles de niñas y adolescente que terminan, sabe Dios donde. Las engañan usando todos los argumentos posibles como ser “sus madrinas, darles educación, tratarlas como hijas, tener un futuro mejor”, etc, etc.

La miseria de las familias campesinas es la razón económica fundamental para que las familias entreguen de esa manera a sus hijos, sobre todo mujeres, aunque no faltan varones también que entran en estos circuitos de explotación y aculturación tan deshumanizantes.

Estas familias mestizas son las que sirven de puente para llevar “gente” a los lavaderos de oro, o a los Estados Unidos de norte América como pastores, mano de obra para las minas, consiguen cholitas/os para las familias que les piden sean parientes suyos o no (casas de sus familiares en las ciudades grandes o en Lima, también para sus comadres y compadres).

Aquí deseo contar la historia real de un “misti” de Ocongate que tenía aterrorizado a los campesinos, pero que sobre todo le interesaba sacarles el poco dinero que ganaban. Este “wiraqocha” cuando lo conocí tendría más de cincuenta años, era alcohólico y brabucón característica de muchos de estos enfermos. Se vestía muchas veces con unos pantalones de color caqui y botas del tipo que usan los militares, ya que según decía había hecho servicio militar en alguno de los cuarteles del Cusco. Allí aprendió algo de primeros auxilios y se desempeñó como “barchilón” es decir ayudante de los enfermeros y médicos de profesión.

Después de esta etapa de su vida regresó a Ocongate y como su familia tenía algunas chacras allí se casó y dedicó a hacer trabajar esas tierras produciendo, lo que se da en estas, como, papa amarga para hacer moraya o papa deshidratada, múltiples clases de papas de altura, lisas u ollucos, tarwi, habas y cebada. También puso una tienda donde vendía algunas medicinas junto con los productos que consumen los campesinos de la zona, como azúcar, sal, arroz, fideos, kerosene, velas, y fósforos. Como tenía amistad con los policías y la gente de la posta, logró que le dieran una tarea que pocos deseaban hacer. La tarea era nada menos que encargarse de las autopsias de los cadáveres que se encontraban con cierta regularidad en el distrito. Las muertes más comunes y que requerían de sus servicios era para personas que morían por la descarga de un rayo cuando pastaban sus alpacas, vacas y ovejas, la otra causa de muerte eran los envenenados con productos para fumigar las papas u otros venenos potentes. Finalmente las personas que se caían al río o borrachos que se quedaban dormidos a la intemperie y se morían de una pulmonía fulminante.

Él era el encargado de seccionar los cuerpos de estos pobres seres humanos que habían encontrado la muerte de esas y otras formas. Para ello tenía sus sierras de hoja de acero, sus bisturís, y otras cosas necesarias para hacer este “macabro trabajo”. Él no tenía ningún miedo ni vergüenza de hacerlo por el contrario alguna vez me contaron que tomó cerveza en el cuenco de un cráneo humano cortado por el mismo. También sacaba grasa humana y pelo púbico para hacer brujería y vender ambos subproductos humanos a los curanderos y brujos infaltables de nuestros Andes. Casi siempre lo hacía medio borracho y según decían se protegía “para que los espíritus de los muertos no le hicieran daño”, usaba ruda, ajos, y otras sustancias pestilentes como antídotos. Con esta manera de vivir y trabajar les cobraba, en complicidad con malos policías y personal de las postas, bastante dinero a los familiares del infortunado difunto que caía en sus garras. Este siniestro personaje, no recuerdo bien, pero creo que termino asesinado por algún campesino que se hartó de sus maldades.

Pero lo que deseo dejar en claro es el papel de este tipo de personas mestizas que eran una expresión más de la tiranía que sufren los campesinos comuneros andinos quechuas del sur del Perú. Lo triste es que personajes como estos se repiten en muchos espacios andinos y pueblos produciendo mucho dolor a todos los que caen entre sus manos. Tuve la oportunidad de denunciarlo y lograr que el ministerio de salud le prohibiera hacer este

trabajo y cortar de esa manera este triste lugar, hablé con las autoridades de salud y cooperé con la disminución de la injusticia en este campo. Lo curioso es que estos papeles en los relatos andinos tienen los ñaqaq (pishtacos, degolladores, saca manteca, etc.) a los que indios y mestizos le tienen miedo y pavor, y que tienen en algunos antropólogos una lectura social como expresión de la lucha de clases y la plusvalía. La grasa humana es representación de la fuerza de trabajo que explota el capitalista a los campesinos y obreros. Los ricos viven del trabajo explotado es decir de la “grasa humana” (energía vital), de la vida de los otros.

Esta pequeña historia ejemplar de este pobre ser humano me lleva a describir, cómo el mundo blanco y rico se relaciona con los campesinos, me parece que las condiciones económicas son fundamentales para un primer nivel de entendimiento, para después ver las historias y los aspectos raciales y culturales. Mi experiencia directa de las haciendas me da fuerza para decir que los blancos se relacionaron con los indios con ese contexto o carácter, el hacendado era el patrón el “papá tal o cual”, la patrona la “mamá tal o cual”. Era el wiraqocha, el señor hacendado, el rico, dueño de tierras y personas. Las historias contadas, por ejemplo, de la hacienda Lauramarca, Pucuto, o cualquiera de ellas, es un ejemplo de lo que deseo expresar. Los indios eran “los siervos” como diría Mariátegui, sostén de la economía y servidumbre gratuita de las haciendas y sus dueños. Para el indio el patrón representa al mundo blanco.

El otro grupo que el campesino mira como blanco, y que le tiene miedo, son los funcionarios del gobierno, como los jueces, abogados, médicos y maestros. Son los que no están tan cerca pero que deciden muchas cosas a favor en contra de sus vidas, ya que las decisiones “del señor gobierno”, afectan directamente sobre sus vidas y destino. La experiencia por ejemplo de la efectivización de la Reforma Agraria de 1969 (RA) fue fundamental para los intereses de los campesinos y sus relaciones con el mundo mestizo. Pero que no tuvo muchos efectos en otros campos como la educación, la salud y la cultura.

Las decisiones políticas, a todo nivel están fuera de su mundo, los blancos son los que deciden a nivel macro, los que suben o bajan los precios de los productos que necesitan comprar para completar su dieta, sus recetas, su educación, etc. No había nadie “como ellos” (runas), en los niveles de gobierno, ahora esto ha cambiado en algo, pero no tanto como debía. Los medios de comunicación vinculados a las nuevas tecnologías de la comunicación es otra parte del poder al que ellos no acceden, por eso la Televisión y ahora el Internet o la telefonía celular y otros medios no están a su alcance más que consumidores de lo que les dan e imponen. Las mismas escuelas en la mayoría de los casos no están gestionadas por los campesinos, salvo para construir locales o cercar las escuelas, cocinar los desayunos escolares y cosas por el estilo. Los planes educativos se deciden fuera de su ámbito y control. Algo parecido pasa con la fe, las Iglesias, aunque un poco más cercana no las sienten como parte de ellos, son todavía más usuarios que propietarios, no miembros vivos de una comunidad de creyentes, aunque esto haya mejorado con los años de formación de los catequistas rurales y sus familias. El camino de la inculcación de la fe y la justicia social parece que es más largo de lo previsto.

En este aspecto fue muy interesante, para mí, conocer a un famoso dirigente campesino comunero de la Hacienda Lauramarca, una hacienda como de 73 mil hectáreas, con catorce comunidades campesinas en su territorio y que llegó a ser símbolo de la opresión que sufrían los campesinos. Relatos recogidos por Rosalín Gow nos muestran la manera de tratar de los hacendados a los

comuneros, sobre todo cuando alguno de ellos cuestionaba su poder y su autoridad. Pero en medio de esta opresión de siglos surgió la figura de don Sixto Flores, un campesino orgulloso de su identidad ya que nunca dejaba de vestir su ropa de comunero, es decir su chaleco, su chullo y su sombrero de oveja y ojotas de llanta de carro. Cuando lo conocí ya sabía manejar carro y lo hacía con bastante soltura y control, ya que el que no sabe manejar bien no puede hacerlo en esos caminos de entonces, hablo de los años setentaicuatros.

La Reforma Agraria (R.A.) ya había sido declarada el año de 1969, el 24 de junio, día del indio y desde entonces se empezó a llamar día del campesino. El Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) ya estaba instalado como brazo de apoyo político para todas las consecuencias de esta medida nada popular para los llamados “Gamonales” pero sí esperada y apoyada por la mayoría de los campesinos, en especial los sin tierras y los más pobres. El campesino con su sentido agudo del humor los empezó a llamar “Los cien amos” a todos los funcionarios y agentes de esta institución. Lo mismo a los policías que tiene en su escudo el lema “El honor es su divisa” los campesinos decían “en el escudo de los policías se debe leer: “El honor ni se divisa”, así señalaban con ironía cómo realmente sentían la presencia de estas dos instituciones en su vida.

Don Sixto era un digno representante de lo que la RA pretendía, que los campesinos fueran los responsables de su propio destino y no otras personas o instituciones, ese era el discurso oficial, que muchas veces era negado en la práctica, como veremos más adelante. Además de manejar carro, Don Sixto, sabía leer y escribir en castellano, era el secretario de la Cooperativa de Lauramarca, nueva manera de conducción de la producción agrícola y pecuaria. Cuando Don Sixto salía de la zona o recibía a los múltiples empleados y autoridades que venían a “ver” los efectos y avances de la RA él les hablaba de igual a igual, nunca lo vi humillado y sometido a nadie. Esto me recuerda a un nuevo precepto que los cusqueños hemos creado en estos últimos años, al famoso decálogo moral de los incas, “Ama sua, Ama Llulla, Ama Qella”, le añadimos el “Ama llunk’u” que significa, no seas franela, chupa medias, lame culo, de nadie, pero en especial del poderoso en cualquier campo de relación que sea.

Don Sixto era una autoridad moral, un referente de todas las decisiones que se tomaban a nivel de la organización campesina. Cuando los funcionarios, por ejemplo y de eso soy testigo directo, venían a imponer compras que los campesinos no veían necesaria, él se ponía firme y no dejaba que se manipulara la opinión de los comuneros. Muchas veces estos funcionarios venían con consigna y terminaban amenazando a los comuneros y sus dirigentes cuando no se dejaban mangonear.

Lo triste es que mucha de esta defensa de los intereses campesinos no era respetada por los funcionarios ni por los propios comuneros, muchos de ellos con complejos y traumas que los terminaban de dominar e ir en contra de ellos mismos. Fuimos testigos cómo las casas haciendas y todo lo bueno que podía haberse utilizado para salir adelante como cooperativas o sistemas asociados de producción económica, terminaron saqueadas por los más vivos de entre los dirigentes campesinos, las mejores tierras y obras que los hacendados habían cuidado y mantenido eran abandonadas y destruidas por el río, los animales sueltos, los propios campesinos que sacaban las piedras, maderas, puertas para ser reusadas en corrales y otras obras. La producción agraria sin la dirección técnica y administrativa,

hecha por el patrón, terminó bajando y las tierras fragmentándose hasta el infinito. Otro ejemplo de esto es la historia de la Hacienda Qapana de don Otto de Bari, una familia alemana venida después de la primera guerra mundial y que llegó a exportar miles de kilos de lana de alpaca blanca, papas, carne de primera, y hasta caballos de paso. Estaba ubicada a una media hora de Ocongate siguiendo el curso del río Mapacho, o río loco, a la margen derecha.

Los prestamos agrícolas de parte del estado, muchas veces no se usaban para producir o mejorar la infraestructura agrícola sino para comprarse tocadiscos con autoparlantes, triciclos y hasta vehículos de segunda. Los gobiernos que siguieron a Velasco Alvarado, finalmente por razones populistas, nada responsables, condonaron estas deudas so pretexto de hacer justicia a los campesinos pobres. Así el campesino en vez de avanzar retrocedió en responsabilidad, capacidad productiva y en organización. Y parafraseando como dice la canción mexicana “esta es la triste historia de un campesino mal educado y mal criado”. Siempre oí decir que a la RA le faltó la Reforma Educativa que sacara de la ignorancia y la baja calidad moral de los campesinos para ser exitosa. Yo le añadiría tener una mejor organización. No fue suficiente darle la tierra había que haberle dado mejor educación y mejor conciencia.

Pero lo que sí quedo definitivamente quebrado fueron las relaciones de servidumbre entre los campesinos arrendatarios y los hacendados, la historias que nos narra en su obra “Wasipongo” el ecuatoriano Arguedas y otros autores no se repetirían más, “campesino el patrón no comerá más de tu pobreza”, “tierra para el que la trabaja” fueron los lemas de esos años. Algunos hacendados lograron el mínimo inafectable y cobrar los bonos de recompensa, llamado también Deuda Agraria, por la afectación de sus bienes, la mayoría no cobró nada hasta el día de hoy.

◇ Jarpa tierra de comuneros, una experiencia inédita en la historia del campesino peruano

La Reforma Agraria en el Perú (24 de junio de 1969) había producido muchos cambios y crisis en el mundo andino y costeño, allí donde hubo haciendas surgieron nuevas manera de producir la tierra, formas cooperativas y asociadas, pensando que de esa manera la tierra no se atomice y la productividad alcanzada por los hacendados no bajara. Muchas comunidades campesinas sin embargo no habían sido beneficiarias de la expropiación de las tierras y nuevamente saltaba como un problema intracampesino entre las comunidades beneficiadas por la RA y las que no, entre lo propuesto por el estado en ese momento y lo que esperaban los campesinos. Este fenómeno no fue exclusivo de Valle del Mantaro, también fue de Puno, Cusco y muchos otros departamentos, donde después de muchas marchas y contramarchas en el primer gobierno de Alan se llegaron a repartir un millón de hectáreas a favor de las comunidades pobres, cosa que hay que reconocer de este señor presidente, que fue uno de los peores que hemos tenido en la historia del Perú. Este hecho ayudo mucho a detener a Sendero Luminoso, que deseaba que Puno fuera “el segundo Ayacucho” en esos años (1985-1990).

Este fue pues el caso de varias comunidades campesinas del valle del río Cunas, un afluente del Mantaro (departamento de Junín) que trae sus aguas desde unas montañas no muy altas pero buenas para la crianza de ovejas. Los jesuitas no sé por qué habían elegido tomar la parroquia de San Juan de Jarpa, un distrito de la provincia de Chupaca, departamento de Junín, transcurrían los años 77-78. Tengo conocimiento de su presencia como

congregación en el seminario de esta jurisdicción eclesial uno años antes. Allí se asentaron y también empezaron a pensar la manera de servir a los campesinos en el campo social y educativo, siguiendo algunas experiencias previas como Quispicanchis en el Cusco y otras iniciadas e inspiradas por el nuevo espíritu que nos trajo el Vaticano II y los documentos de los obispos latinoamericanos.

Formaron una institución llamada PROCAD (Programa de capacitación y desarrollo) y escogieron a 12 comunidades para ver cómo mejorar la vida de los campesinos, precisamente no beneficiarios de las grandes haciendas, que ya funcionaban en forma asociativa y bajo la dirección de los funcionarios de la R. A. y el ministerio de Agricultura. Entre ellas estaban, La cooperativa Heroínas Toledo, la empresa agropecuaria Pachacutec, y otras más.

La idea principal que se tuvo fue que para pedir y recibir tierras del estado, como continuación de la Reforma Agraria, había que fortalecer la unidad comunal para que las diferencias entre los mismos comuneros no se acentuara y que los más pobres tuvieran las mismas posibilidades, por lo menos en recursos como la tierra y las aguas, para salir de su miseria y relaciones también desiguales y sometimiento a los comuneros “ricos” de la comunidad. A este proceso le llamamos “Reforma Agraria Interna”, es decir nivelar a todos los comunero con tierras buenas, regulares y malas en igual cantidad para todos y también acceder a los servicios y empresas comunales impulsadas como reguladoras de precios, comercialización y productoras.

Para lograr esto se tuvo que trabajar mucho en la comprensión y difusión del proyecto, pero sobre todo en su comprensión, ya que era difícil romper esquemas mentales y de clase para llevar adelante este ideal socioeconómico no conocido. El gobierno sólo le preocupaba que las grandes empresas nuevas siguieran produciendo bien y en forma asociativa, que diera ingresos al estado y beneficiara a los socios de estas empresas. Después de varios meses años esta etapa de asimilación de la propuesta, se empezó con la calificación de comuneros, es decir, quienes tenían derecho a tierras y por lo tanto a ser miembro activo para participar en todos los trabajos y beneficios que daba la propuesta. Muchos campesinos ya no vivían en la comunidad, habían migrado a Lima y otros lugares, habían dejado sus tierras en calidad de renta o alquiler a otros campesinos más pobres. El debate se hizo para ver si estos tenían o no derecho a tierras y las razones de ello.

Allí empezaron algunos problemas y la oposición de algunos de ellos que no querían dejar de ser comuneros ni dejar de tener sus rentas pero sin vivir ya en el campo. Se miraron los pros y contras de permitir su permanencia y al final no fueron calificados ya que la propiedad de la tierra es comunal, aunque el uso sea privado. Paralelo a esto se hizo una calificación de tipos de tierras, es decir tierras de primera, segunda y tercera. También se pensó en dejar espacios de tierra para las futuras granjas comunales, algunos espacios para la escuela, la posta, el templo, futura expansión urbana, etc. Esta calificación como la extensión de las mismas la hicieron los mismos comuneros, de tal manera que no hubiera engaño ni información falsa. Con esta calificación se fueron asignando los lotes a cada comunero de tal manera que todos quedaron contentos. Se respetó hasta la ubicación de las casas de los comuneros y otros aspectos no tan secundarios.

Este proceso tuvo sus idas y venidas, sus avances y retrocesos, ya que siempre hay cosas nuevas e inesperadas cuando se emprenden sueños y más si son sociales. Una vez hecha esta calificación y esta “reforma agraria interna” conducida por los mismos campesinos con asesoría de los miembros del Procad, se pidió al gobierno central la asignación de tierras de las cooperativas que habían acaparado tierras como producto de la RA grande. Se logró convencer a los funcionarios del estado la justicia de esta causa y demostrando que los campesinos comuneros eran capaces de conducir su propio destino y lograr que se mejoren los niveles de producción y modernización de las comunidades pobres andinas.

Durante esta experiencia algunos campesinos, más bien interesados de que no se llevara a cabo este proyecto, comenzaron a correr el chisme diciendo que los curas y el Procad éramos comunistas y que era peligroso seguir sus indicaciones, antes nos habían llamado “ingenieros”, después “profesores”, y como usábamos bastante la biblia “evangélicos protestantes”. Para ello se había logrado electrificar todo el territorio de estas 12 comunidades campesinas con mano de obra puesta por ellos mismos, pagar gran parte de la inversión con dinero logrado de formar granjas comunales de ovinos y corrales de engorde de animales mayores como vacas y ovinos de raza. Esta experiencia fue estudiada por el antropólogo danés de apellido Karstensen y publicada por el fondo editorial de la universidad católica del Perú.

Yo tuve la suerte de estar con estas comunidades entre los años 1985-1987 y conocer esta gran experiencia modelo de promoción y desarrollo campesino. Para esos años ya Sendero había empezado su guerra en Ayacucho y empezaba a producirse la migración forzada interna de campesinos que huían hacia partes un poco más seguras. Así fui partícipe de la formación del primer CEAS (Comisión Episcopal de Acción Social) local de la diócesis de Junín para atención de los refugiados que llegaban a Huancayo, como primer paso hacia la selva central. Las noticias de las primeras fosas comunes encontradas y de la desaparición de personas, nos llegaban vía nuestra congregación y otros organismos internacionales de DDHH.

Allí en Jarpa también se desarrolló esta guerra entre los años de 1980-2000 y que tanto dolor ha traído al campesino peruano. El año 1988 todos los locales de Procad fueron dinamitados y quemados, en cosa de una semana todo el personal que trabajaba tuvo que irse a su casa y buscar nuevo lugar de trabajo, los jesuitas no dejamos la parroquia de forma heroica, ya que era exponer la vida cada día a la muerte. Muchas muertes y desaparecidos hubo en Jarpa y sus comunidades. A Sendero no le interesaba “por el momento” en nada mejorar la vida de los campesinos, sino tomar el poder por las armas. Todo lo avanzado en los años de trabajo hecho se quedó medio congelado pero a la vez sirvió para demostrar que el campesino sí puede salir de su miseria cuando se los sirve y se cree en él y sus potencialidades. Igualmente quedó probado que la unidad e identidad que da la comunidad al individuo y su familia es posible de crecer y encontrar alternativas novedosas y que la fe cristiana en sus principios de verdad, justicia y cuidar a los más pobres (huérfanos, viudas, enfermos y otros), es fundamental para superar las dificultades que pudieran surgir. El magisterio rural fue muy importante para el crecimiento de las bases de Sendero, como para su freno.

◇ Breves historias sobre el trabajo de los niños/as en el Perú popular.

Comienzo diciendo que, cuando los campesinos buscan salir de su pobreza y miseria, uno de los caminos que se recorre es el trabajo doméstico. Un canal de salida y ascenso social, si así se le puede llamar. Se deja su comunidad para trabajar en las casas de los mestizos y blancos de los pueblos cercanos a sus comunidades o arribar a las distintas ciudades del Perú. En este camino de hacerse persona y trabajador deseo contar algunas historias que muestran lo compleja y dura que muchas veces puede volverse la vida. Es una prueba de lo difícil de los canales de ascenso social en nuestro país. Creo que historias parecidas a lo que narraré hay miles, mostrando que hay mucho esfuerzo no reconocido ni valorado por la sociedad mayor, rica, blanca, occidental.

Recuerdo en este sentido a un par de esposos campesinos que vinieron a Urcos, cuando trabajaba como párroco, para pedir ayuda en ubicar a su hija que hacía más de dos años que había desaparecido en Lima. La niña había sido entregada a una “madrina” del Cusco para que les “ayudara en algunas cositas en la casa” y le habían prometido hacerla estudiar, aunque sea en la nocturna. Los padres iban de vez en cuando a ver a su hijita a la ciudad y comprobaban cómo estaba y si realmente estaba estudiando. Muchas de estas niñas campesinas llegan con sus trenzas y su ropa de india, es decir polleras, camiseta, manta y montera. Cuando van a la ciudad lo primero que les cortan son sus trenzas y las visten a la forma occidental. Después aprenden a hablar castellano, pero sobre todo atender a los patrones adultos y menores de edad donde servirán de “empleadas”, nombre que ya dice mucho sobre su condición.

El lugar donde duermen muchas veces es degradante ya que les dan un cuero de oveja o unos trapos para que duerma hasta en el pasillo de la casa. No comen con los patrones ni las patronas. Muchas veces ellas quienes las bañan con agua fría cuando lo perciben conveniente.

Esta niñita de la que estamos escribiendo resultó muy hacendosa e inteligente de tal manera que se ganó la confianza de su patrona. Por ello, fue enviada a Lima para una familia necesitada de empleada. Estuvo algunas semanas con la nueva familia y un día cualquiera no regresó a la casa y no se supo de ella hasta el momento que me pidieron ayuda. Cuando los padres iban a Cusco, la familia que la había recibido por primera vez indicó que había sido enviada a Lima y que estando allí había desaparecido. No se supo de ella ni se hizo alguna gestión legal para averiguar su paradero y que los mistis que la había llevado se responsabilizaran. Los padres solo atinaban a llorar y pedirle a Dios que la cuidara donde estuviera.

Los niños y niñas que entran al mundo del trabajo viven una situación muy riesgosa e injusta, lo que demostraré con algunos ejemplos. En Urcos, pueblo mestizo a 46 kilómetros del Cusco, había entre 1991 y algunos años posteriores, más de 40 niños y niñas que trabajaban en la plaza de armas de este pueblo, punto de salida y llegada a varios lugares del sur del país. Para algunos, su trabajo era acercar las bolsas de pan a los cientos de pasajeros que van y vienen y que piden unas “chutas” (pan amasado de gran tamaño) para comer. Otros acercaban choclos con queso, empanadas, platos de chicharrones de cerdo con papas, morayas con queso, etc. Estos niños/as los podríamos llamar “alcanzadores”. Otro grupo de niños eran los cuidantes de bultos de los comerciantes que van y vienen a Puerto Maldonado. Estos son los más abusados

ya que viajan constantemente, no pueden estudiar, están expuestos a accidentes y cambios climáticos muy fuertes, a asaltos y abusos sexuales durante los viajes, etc. Se desempeñan como verdaderos “perros guardianes de las mercancías de las señoras comerciantes.”

La policía los dejaba pasar porque las señoras los presentaban como sus “nietos o sobrinos. Nunca como sus empleados. No hacían control real de documentos. Otro grupo de niños, sobre todo varones, están en los lavaderos de oro y en las minas de yeso cercanas a los pueblos del valle del Cusco. Son niños obreros, con todo lo malo que acarrea para su salud y desarrollo educativo, además de los riesgos de este tipo de trabajos por el manejo de sustancias contaminantes y de explosivos. Como muchas de estas minas son a tajo abierto, están en peligro de sufrir accidentes por el tipo de labor que tienen. Teníamos también otros niños que trabajaban como empleados y empleadas cuidando a otros niños o personas mayores. La vida de estos pequeños es triste ya que tienen toda la responsabilidad de otros menores. No le puede suceder nada malo al hijo del patrón, porque cualquier incidente será causa de golpes, jalones de los pelos, palizas con correa o un palo, duchazos en agua fría, etc.

En este momento quiero contar lo que yo viví una vez que fui invitado a uno de los almuerzos que se les da a los recién casados de una familia mestiza de Urcos. Como invitado especial, había sido ubicado con terno y corbata en la mesa de los novios y los padrinos. Se sentó a mi lado una señora mayor pero que tenía en sus brazos un niño como de tres años, estaba muy bien vestido lo mismo que la abuela. Ya se había servido el almuerzo y era de gallina horneada, muy rico ciertamente. Cuando veo que la abuela le daba al niño, que lo tenía sentado en sus faldas, una pierna de gallina muy bien aderezada. El niño se la comía y después noté que el hueso lo pasaba hacia abajo a alguien que estaba debajo del mantel que cubría la mesa. Al ver que varias veces hacía la misma operación pensé que era un perrito el que recibía los huesos, pero fuerte fue mi sorpresa descubrir que era una niña campesina de unos 6 años la que recibía los huesos.

Me chocó mucho esta comprobación y terminé comprendiendo donde están ubicadas las niñas que sirven en las casas de la mayoría de los mestizos y blancos que las tienen. Oí que una vez la madre le decía a su hijo de 7 años “hijo, esta cholita que ha venido, está para que te sirva, no la trates bien porque esta gente no le gusta que las trates bien, tú eres el patrón... ella la empleada, nada de confianzas por favor”.

Pienso que el tráfico de menores de edad para el servicio doméstico, en el Perú y otros países andinos, es inmenso e injusto ya que hasta la fecha el trabajo doméstico no considerado como cualquier tipo de empleo. El Congreso se resiste a aceptar todas las iniciativas de ley a su favor. Miles de empleadas de hogar - eufemísticamente llamadas “secretarias”, “Natachas” y otros nombres - siguen invisibles en un país racista y abusivo. La lucha de las mujeres campesinas indígenas y nativas, es muy larga y requiere de aliados pero que todavía no los encuentra. Son invisibles. No significan nada para muchos partidos e iglesias, salvo honrosas excepciones.

Pero no todo es cruel o feo. Gracias a Dios, pude ver cómo una profesora mestiza adoptó a una niña campesina huérfana y realmente la hizo su hija. Desde que la recibió la hizo estudiar, dormía con ella, la hizo terminar su secundaria y hasta su carrera de maestra. Ambas se quisieron mucho y llegó a tener los apellidos de la patrona. “El amor es entre iguales o hace iguales” decía Carlos de Foucault. Tan fuerte es el amor que nos hace

parecidos espiritualmente y hasta físicamente. Esto fue lo que pasó con esta profesora del pueblo de Huaró y una niña de una comunidad campesina de las más alejadas de este distrito. Pero que quede claro que esto no era lo común. La niña llegó a ser la directora del Instituto Pedagógico Bilingüe de Quiquijana, un centro de formación de maestros rurales del Perú profundo, como diría José María Arguedas. Allí ella brindaba testimonio constante de sus raíces y lo que el amor y la educación hacen en las personas.

Otra historia real es la de una señora extranjera que vino a vivir al Cusco y se casó con un ciudadano peruano. Desde que llegó a esta ciudad le llamaba la atención cómo las mujeres campesinas orinaban en el suelo y en cualquier lugar de la ciudad. También advirtió que las trabajadoras del hogar no usaban calzones ni sostenes y su sometimiento al maltrato por parte de la sociedad considerada como blanca o mestiza. Cuando llegaban a su casa a trabajar estas empleadas, ella siempre trataba de que la trabajadora del hogar tuviera su cuarto propio, su cama y sus cosas personales. Observaba que pudiera estudiar, aunque sea en la nocturna. Muchas de estas empleadas terminaban siendo de la familia, ya que las incorporaba haciéndolas sus comadres por el bautismo o el matrimonio. Una de estas mujeres queridas y valoradas por esta patrona, se contagió de tuberculosis y llegó a la casa a pedir ayuda. Necesitaba descanso y buena alimentación además de las medicinas para superar el mal. La señora la acogió durante un año o más para que pudiera cumplir con el tratamiento. La trataba como a una hermana a pesar de las enormes diferencias que había entre ellas. Pero, como repito, estos son casos excepcionales, pero que demuestran que el ser humano puede superar muchas barreras sociales y culturales cuando es movido por razones y experiencias humanitarias y cristianas.

Finalmente deseo dar a conocer la constitución de tres instituciones que se han ido volviendo solidas en su propuesta en favor de las/os niñas trabajadoras de origen indígena: La Casa y la Institución de trabajadoras del Cusco dinamizada por el primer y casi único Sindicato de Trabajadoras de esta ciudad y donde dio su vida Cristina Goutet, una peruano-francesa invalorable; la segunda es el CAHIT (Casa y Hogar Internado de la Trabajadora del Hogar) promovida por Victoria Savio, una italiana con coraje y corazón verdaderos y donde se acoge, educa, capacita y organiza a las niñas que vienen a trabajar como empleadas a la ciudad del Cusco. Finalmente, la “Red de Defensorías Parroquiales Teresa Colque”, fundada por mí en 1992 en la provincia de Quispicanchi (Cusco) desde donde se trata de proteger los derechos de los niños/as del campo. En estas tres instituciones, gracias al empuje y decisión de muchas personas, se sigue defendiendo la dignidad y los derechos de miles de niñas/os de las comunidades y pueblos del sur andino peruano, a pesar de la indiferencia y la resistencia de muchas autoridades y personas interesadas en seguir viviendo con valores y normas injustas y anacrónicas.

Realidad de la prisión

◇ El Perú visto desde algunas experiencias en las cárceles.

El Perú es un país complejo, desde su geografía, su historia y sus problemas. Las visiones simplistas no sirven mucho. En este sentido, este relato será un recuento de mis experiencias con los presos y presas de los distintos penales que tuve oportunidad de visitar. Así como estudiar, de manera privilegiada, un documento que llegó a mis manos sobre un estudio hecho de manera casi clandestina, sobre las condiciones sociales de 13 cárceles peruanas, donde la Iglesia Católica desarrollaba su actividad pastoral. Este documento nunca fue publicado, entiendo que por dos razones: se había elaborado en forma casi secreta y era una verdadera denuncia cuya difusión podía poner en crisis las relaciones entre la Iglesia y el gobierno de aquellos años (1998).

Mi primera experiencia de visitar una cárcel fue con un hermano jesuita viejo, de apellido Madrazo, miembro de la comunidad jesuita de la Iglesia de San Pedro en Lima. Yo llevaba apenas dos años en la congregación, tenía diecinueve años de edad. El hermano me llevó a conocer la cárcel del Callao. Solo recuerdo como entre penumbras los rostros de muchos hombres hacinados en unas habitaciones sucias y malolientes donde las ventanas del techo por donde entraba algo de luz tenían rejas de barrotes de metal. Recuerdo que el hermano llevaba más regalos para los presos que otra cosa, como cigarrillos, algunas ropas, algo de fruta, un librito. Me dijo que no me asustara y que sería una experiencia inolvidable. Creo que así fue, ya que, aunque estuvimos solo unas horas, no recuerdo más que haberlos podido saludar, darles la mano y conversar de cualquier cosa. Yo iba con sotana de novicio y con 19 años de edad. En algunos momentos sentí desmayarme por la falta de aire y el olor a creso que dominaba el ambiente.

Mi segunda experiencia de ingreso a una cárcel fue en Lurigancho, entre 1980 y 1982. Teníamos en El Agustino un equipo de agentes pastorales que iba cada semana al penal, ya que muchos de los presos tenían su familia en nuestra parroquia. El equipo era intercongregacional y mixto. Lo más interesante desde mi punto de vista era el contacto humano con los presos, ya que las cárceles en general son espacios muy destructores de la condición humana. Llevar un poco de respeto, gratitud y esperanza me parecía central.

Evidentemente, los equipos pastorales se preparaban para que el anuncio de la buena noticia del Evangelio fuera completo, pensaban también en ayudarlos en que sus procesos se agilizaran un poco, “que los papeles se movieran”, que las sentencias se dieran y los beneficios penitenciarios realmente se cumplan. Otro aspecto muy importante junto con la situación legal de los internos era su salud, física y psíquica. Las cárceles son lugares donde hay mucha tuberculosis, enfermedades venéreas, crisis mentales graves, deseos de suicidio, crímenes, falta de comida, medicinas, peleas donde el recluso además de la pena de estar privado de su libertad puede terminar contagiado, puede ser violado, volverse drogadicto o alcohólico, o simplemente enloquecer y suicidarse. Por ello, el trabajo pastoral en salud era tan importante.

En el terreno mental las cárceles son simplemente dramáticas ya que muchos de los presos sufren de enfermedades y tienen crisis que llegan a ser graves. Por esta razón, existe en la actualidad equipos multidisciplinarios para el tratamiento de estos síntomas. En general, los espacios cerrados y donde no hay privacidad, producen en la mente de las personas mayor agresividad, depresión, insomnio, angustia, deseos de suicidio, etc. La parte afectiva y sexual se encuentra en alto riesgo y muy frágil. Quizá por ello estos lugares han concentrado los estudios acerca de las patologías más comunes en la historia de la psicología clínica.

La parroquia de El Agustino procuraba que las familias de los presos no se olvidaran de ellos y que pudieran ser visitados por sus familiares con regularidad. Una de las situaciones que más cuesta a los reclusos es estar lejos de sus hijos y sus esposas, pues sienten que los necesitan y que pasan necesidades mientras ellos están aislados. Esto es más fuerte aun en el caso de las mujeres que son madres y que tiene hijos menores de edad. En las cárceles, los niños pueden estar solo hasta los tres años junto a sus madres, pues inmediatamente tienen que pasar al cuidado de su padre, su abuela o algún pariente que se haga cargo de él o terminar en un albergue del Estado.

Lurigancho era y es una de las cárceles más grandes del país, estaba en esos tiempos (1980) preparada para dos mil presos y ya tenía cinco mil. Recuerdo que había pabellones que indicaban los delitos por los que estaban los presos, como la calidad en términos de gravedad de sus delitos. Había un ambiente especial para los homosexuales, cosa que me llamó la atención ya que suponía un trato especial para esos varones con esa orientación. En alguna de las veces que fui, pude visitar las celdas de castigo donde metían como animales a los presos que se portaban mal. Recuerdo sus manos y sus rostros de tono blanco azulino por no ver el sol, brazos marcados de cicatrices y tatuados casi siempre con tinta negra, alargando entre los barrotes apretujados para que les diera un cigarrillo, un pedazo de pan, unos caramelos. Pienso que estas condiciones son parte ya del infierno.

Dentro de las cárceles se paga todo servicio que el preso quiera tener. Se retribuye con dinero u otros favores parecidos. Hay mafias y jefes de bandas que controlan la comida que, aunque la pone el Estado, es controlada por los presos. En algunas cárceles como las del norte - donde el agua es clave para la limpieza personal, el lavado de la ropa, para beber, los servicios higiénicos - las presas tienen que tener sus tinajas y toda clase de depósitos que están en el patio del penal. Esto se debe a que el centro penitenciario no tiene agua todo el día y contiene en su recinto a casi cien reclusas más el personal del INPE y de seguridad, que también necesita de este elemento vital.

El clima es clave para entender las buenas y malas condiciones en las que vive este cada vez más alto porcentaje de población. Recuerdo que uno de los problemas más serios de los presos, era que no tenían ropa. Para lavarla, muchos de ellos se quedaban desnudos mientras lo hacían. También que, por lo hacinados en que viven y el calor que esto provoca, la tuberculosis pulmonar es endémica en estos centros. El número de estos enfermos es realmente alarmante y deshumanizador.

A partir de la década de 1980, Sendero Luminoso había empezado su lucha armada y comenzaba a tener detenidos en las distintas cárceles del país. Recuerdo precisamente que, en una de las visitas a Lurigancho, me encontré con un joven exseminarista preso precisamente por ser miembro de esta organización que ya estaba desarrollando sus acciones armadas. Es importante decir que la población de los penales del país ha variado ya que, en general, los presos eran presos por delitos como robos, homicidios, estafas, violaciones, crímenes, abigeato, etc. A partir de aquellos años las cárceles se empiezan a llenar de presos como los senderistas, quienes querían que se les considerara como “presos políticos” y no como delincuentes. Hasta la fecha el número de senderistas reclusos en las cárceles que tiene el país es alto. Se trata de alrededor de 4 mil presos varones y mujeres, con unas 20 mil personas directamente vinculadas a ellos, ya que la media de miembros en la familia en el Perú es de 5 miembros. Es importante este elemento, porque los presos senderistas no es gente común, ni son únicamente delincuentes. Son personas con mayor grado de educación y formación política y aunque estén en las cárceles, ellos tratan de mantener su moral alta dentro de lo absurda y totalitaria visión de sus fines. Son personas que muestran orden y disciplina, quieren mostrar que su fidelidad al partido y sus ideales no es tan frágil ni tan fácil de quebrar, como muchos desearían. Este “ejemplo” marca mucho a los otros reclusos sean estos varones o mujeres. Por ello digo que los hechos sociales y políticos del país en su conjunto se muestran también en las cárceles y el tipo de población que hasta la fecha albergan.

Otro aspecto del país que se expresa también en el mundo de los penales es la diversidad religiosa que el Perú tiene desde fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, llamada por algunos investigadores como “la revolución silenciosa”. El Perú ya es un país con muchas iglesias y cultos, aunque la Iglesia Católica siga teniendo un peso especial en educación, influencia en la opinión pública, en los medios de comunicación, y sobre todo en las áreas rurales y amazónicas. En los penales se pueden ver muchos grupos religiosos que vienen a socorrer y atender a los presos. Los más activos son los grupos evangélicos y adventistas en este caso. Su fortaleza está en que invierten mucho más en materiales de difusión como biblias, libros, folletos, posters, CDs. Cuestión que no hacen las otras iglesias, incluyendo a la católica.

La otra experiencia fue conocer y trabajar algunos meses en el centro de menores llamado “Maranguita”. Para muchos, allí comienza la vida de muchos adolescentes y jóvenes que se inician en la delincuencia, primero como rateros de poca monta hasta llegar a participar en asaltos con armas en las manos y ahora de manera alarmante en el sicariato, es decir en el crimen a sueldo, donde el número de menores de edad que participa va en aumento. Estaba lleno de jóvenes varones considerados como cholos o afroperuanos. Había muy pocos blancos o rubios.

Desde la entrada, el local era deprimente, no encontrabas nada bonito en el paisaje. Me daba la impresión de estar enterrado vivo en medio de las paredes de cemento pintadas de colores más

bien ófricos y hasta sucios. Lo único bonito que vi eran los ramos de flores que había en la capilla del penal. Pienso que esa manera de tratar a los presos es peor, ya que de esa manera se sienten más humillados y despreciados, además de la mala conciencia sobre sus delitos. Creo que el delincuente se siente mal por sus malas acciones y lo más natural es que busque comprensión, aunque también busque ser castigado para así pagar su culpa y aliviarse negativamente. Pero esos mecanismos psíquicos y morales no son positivos. Lo que sana al hombre es que le hagan ver su culpa y sus errores, pero a la vez sienta que él sigue siendo persona más allá de su delito. Es lo que dice la Iglesia sabiamente: “rechazo al pecado, pero no al pecador”. Esa lógica no existe en muchos penales, creen que el delincuente no se merece nada y que se le debe hacer sentir que es un miserable y no merece nada por sus delitos. De esta manera de pensar y tratar a los presos se puede entender los gritos con los que se les trata, los portazos y golpes de las sillas para que se muevan, los insultos y chapas que les ponen, las puertas negras y sucias en las que los encierran, etc. A contrario, una de las cosas más importantes que los agentes pastorales hacíamos en favor de estos jóvenes era hacerlos sentir bien: dándoles cariño, acariciándolos, oyéndolos, dándoles consejos, haciéndoles bailar y cantar, pintar y jugar gratuitamente, de tal manera que sus cuerpos y sus personas tomen valor para no dejarse vencer por el mal. El personal que trabaja en las cárceles en este aspecto no está suficientemente preparado para este trabajo altamente contaminado y que produce deformaciones mentales y emocionales en los presos y quienes los atienden.

Otras dos cárceles que pude visitar pastoralmente fueron la de Ayacucho y la de Huancayo. En estas dos prisiones los presos eran casi todos campesinos o mestizos. Los delitos estaban vinculados a problemas de tierras y ganados. En el Perú y sobre todo en los Andes pasa, como decía un antropólogo inglés sobre los Nuer del origen del Nilo, que cuando hay un pleito siempre hay que preguntarse ¿Dónde está la vaca? Es decir, el bien que estaba detrás de casi todos los pleitos, crímenes y abusos se encuentra en esos animales clave de la existencia de esa sociedad. En la sierra peruana siempre que hay un pleito, hay que preguntar ¿Dónde está el terreno? En los años de mi vida de convivencia con los campesinos esa fue mi conclusión. Detrás de miles de pleitos, litigios, matanzas, venganzas, robos, está la tierra, las chacras y parcelas.

También pude comprobar que muchos de estos juicios interminables, verdaderos calvarios de cientos de comunidades, familias y personas campesinas, estaban las malas autoridades. Gente corrupta que, en vez de ayudar y servir a la justicia, son los promotores de pleitos interminables que ellos mismos generan por su incompetencia, corrupción e intereses torcidos. En este sentido, los jueces de tierras, las oficinas de la reforma agraria, Ministerio de Agricultura, las mismas asociaciones de regantes y los municipios rurales son verdaderos nidos de delincuentes que usando su conocimiento y todas sus mañas, provocan en los campesinos miles de sufrimientos que no tienen medida.

Este verdadero cáncer social es y será muy difícil de eliminar en un país con tanta deficiencia en educación, ciudadanía y falta de verdadero capital social. Las Rondas Campesinas son una alternativa a este poder opresor manejado sobre todo por los mestizos en la zona del sur del país y por la burocracia corrupta enquistada en esas instancias del poder local o los ministerios, ahora en búsqueda de descentralización.

Este es uno de los fenómenos sociales más interesantes después de la época del terrorismo: cómo las rondas combatieron la delincuencia en el campo, luego en la época de la guerra interna pararon real y efectivamente a los grupos armados como Sendero Luminoso y el MRTA y ahora están siendo organizaciones que fiscalizan y proponen un manejo más correcto y justo de los municipios rurales, donde se encuentran sus comunidades. El reto actual de muchas de estas organizaciones campesinas es la defensa de sus territorios y recursos como agua, minas, bosques de la voracidad de las empresas mineras y de otro tipo de compañías, que son apoyadas por el propio Estado peruano, nada nacionalista en este aspecto.

Estos problemas están nuevamente vinculando a las cárceles con la vida de los campesinos, ya que muchos de ellos están siendo acusados de terroristas cuando protestan o reclaman el cumplimiento de las leyes como la consulta previa y otras. Una cosa muy común de los penales andinos es que los presos se dedican a tejer ponchos, lliqllas, frazadas y confeccionar algunas artesanías, como trabajos en cuerno de vaca y madera. De esa manera gastan su tiempo y también se proveen de algunos ingresos tanto para ellos como sus familias. Me llamaba también la atención la manera de vivir dentro de estos penales. Muchos de ellos cocinaban en fogones improvisados comidas de su gusto. Otros y otras también venden dentro de los penales comida para los otros reclusos que no les gusta o no pueden hacerlo. En este sentido, las cárceles se hacen un poco menos duras de las que son demasiado modernas, donde no hay oportunidad para este tipo de actividades humanizantes. Las cárceles de las provincias son en este aspecto, menos crueles que las de la costa y las urbanas.

Hoy las cárceles tienen nuevos pobladores: los narcotraficantes y la gente vinculada a delitos de corrupción, también algunos relacionados al terrorismo de estado y la corrupción de los años de la guerra antiterrorista. Estos nuevos delitos indican, de manera muy clara, cómo va el país en este sentido. Me parece que el narcotráfico y los delitos de extorsión, asaltos, sicariato, estafas, violencia sexual, asesinatos están poblando las cárceles y que dichas actividades muestran los niveles de deterioro de la vida moral de nuestro país. Lo que me llama la atención es que las reclusas, en este caso, en muchas de las cárceles del país, están vinculadas al narcotráfico y provienen de hogares pobres y disfuncionales. Muchas de estas mujeres se metieron al transporte y comercialización de la droga por necesidades graves dentro de sus familias, otras veces engañadas o amenazadas por sus parejas o vecinas. Las historias de cómo se metieron en este ilícito negocio revelan por otra parte el desamparo de los pobres de un estado que le importa poco la salud, el trabajo y la educación de las mayorías de este país en el que vivimos.

En general existe una percepción generalizada de que en las cárceles no están los cabecillas de las bandas y carteles de la droga. Ellos andan junto con muchos políticos y grandes empresarios, protegidos muchas veces por autoridades corruptas de los distintos estamentos del poder económico y político.

Para terminar este relato de experiencias y reflexiones sobre las cárceles del país, pude notar que muchos de quienes trabajan en estos lugares (policías, personal del INPE, abogados, jueces y fiscales) miran a los detenidos/as como una fuente de sacar provecho y esto no se debe permitir. El recluso está en una posición de desventaja frente a todas las personas que lo cuidan y atienden. Ellos y ellas sienten que todo favor tiene precio y que lo tienen que pagar. Precisamente eso los hace más vulnerables a chantajes, a cobros indebidos, y abusos, etc.

Nuestras raíces

◊ Una lengua llamada a ser vigente y creativa. El quechua o runasimi

Parto de una comprobación fabulosa para una lengua que muchos peruanos y latinoamericanos consideran en decadencia o casi extinción. El quechua, quichua o runasimi es la única lengua indígena de América que ha entrado a Google. Es decir, se puede buscar y entrar en las redes sociales con ella, a pesar de tanto desprecio y poca valoración que ha sufrido y sigue sufriendo.

El filósofo Martin Heidegger decía sabiamente “el ser habita en la palabra”, para indicarnos que una lengua es una riqueza de la cultura humana y que no es solo un sistema codificado de sonidos o signos sino, una manera de ser humana, expresa una cultura, una filosofía. Como toda lengua tiene una historia, unos orígenes, una historia de avances y retrocesos, etc. Precisamente esta historia es, en el caso del quechua, poco conocida y estudiada por los mismos quechuahablantes y sus cultores. Veamos cuales han sido las causas de esta realidad para revertirlas de manera efectiva y acelerada.

Parto diciendo que mi relación con esta fabulosa lengua viene desde mi niñez, ya que mis abuelos paternos la hablaban, aunque no sabían escribirla ni leerla. Esta lengua no tuvo grafía o escritura propia, sin hallarse evidencia que la tuviera. En ciudad del Cusco donde nací y en los pueblos de mis abuelos, como Quiquijana, Calca, el valle de Lares y otros sitios que visité en mi niñez, se hablaba quechua de manera ordinaria. En el mismo colegio primario y secundario oí quechua y aprendía lo básico del vocabulario. Creo que lo primero que aprende uno son expresiones domesticas como “que frio hace”, quiero orinar, dame comida, cómo te llamas y también insultos y chapas graciosas. De esa manera fue entrando en mi mente y en mis sentimientos esta hermosa lengua además de entenderla uno va aprendiendo a pronunciarla, casi inconscientemente.

Otro campo de aprendizaje es a través de las canciones como los huaynos y carnavales que cantábamos disfrutando alegres, en las fiestas. Finalmente son los mercados y las trabajadoras del hogar las que te enseñan más quechua, que la radio o actualmente, la televisión.

Desde pequeño, noté que el quechua era una lengua discriminada ya que en la escuela y el colegio nadie decía con orgullo saber quechua. Al contrario, quien la sabía era mirado como rural, campesino, indio, pobre. Y si le preguntabas si sabía hablarla lo negaba o decía que sólo la entendía. Ya en el colegio católico al que entré recién tuve conciencia que se decía misa en quechua, que había cantos y libros en quechua y que la Iglesia Católica era la institución que más la conservaba, promovía y guardaba de alguna manera, con su uso en la administración de los siete sacramentos y con las campañas de evangelización (misiones) de las comunidades campesinas. Los sacerdotes seculares de origen campesino son los que la dominan predicando, cantando y confesando a los fieles que buscaban ser atendidos en su lengua materna. El quechua, como fui comprobando, es una lengua de zonas rurales, de las comunidades campesinas originarias, de los descendientes de los incas y también de los pobres, las empleadas de hogar, las comerciantes del mercado, los cargadores de bultos. Es la lengua de los sectores más pobres de la ciudad.

Junto a esta experiencia vi también que, muchos mestizos y blancos sabían la lengua y la utilizaban muy bien para relacionarse con esas personas cuya lengua y raza tienen sus raíces en las comunidades originarias del Perú. Gustan del quechua para reírse, poner apodos, contar chistes a veces racistas y machistas, pero también para cantar canciones que les toca parte de su identidad. El cusqueño en general admira la cultura inca como muestra del desarrollo máximo de una gran cultura milenaria que se desarrolló en nuestro territorio patrio. En el día del Cusco se pone poncho, usa chullo, chalina y baila al son de los huaynos más típicos de la región, pero a la hora de respetar los derechos de las empleadas, a sus descendientes directos de esos pueblos no los reconoce y desprecia a sus semejantes. “Los cholea” como diría José María Arguedas. Desprecia y discrimina de manera desconcertante e injusta. Si su hija se llega a enamorar de un joven que lleve un apellido de origen andino, lo rechaza y hace sentir al pretendiente como lo último. Así en una infinidad de aspectos los indios, los cholos, los serranos, los quechuahablantes, son discriminados terriblemente y de manera cruel. En cierta ocasión tuve la oportunidad de conocer a un joven inglés, descendiente del famoso literato Shakespeare, que había tenido la oportunidad de vivir algunos años en Sudáfrica y me decía que el Cusco había visto más racismo que en ese país. Me quedé sin palabras.

Todo esto que anoto es importante para que entendamos porque el quechua como lengua no ha logrado hasta la fecha el lugar que se merece. La Academia Mayor de la Lengua Quechua en el Cusco no ha producido hasta la fecha una generación de buenos lingüistas que conozcan, dominen, promuevan e investiguen el quechua. En su totalidad sus miembros dominan la oralidad de la lengua, pero no han estudiado con el nivel que se debía. Las experiencias de enseñanza del quechua como primera lengua y el castellano como segunda son muy pocas en el país. La más antigua del siglo XX se dio en Puno donde, una vez terminado su financiamiento, desapareció. La segunda y que sigue en marcha es la que sostienen los jesuitas en la provincia de Quispicanchi, Cusco, donde se enseña a leer y escribir en quechua los niños y niñas de cientos de escuelas, desde hace más de 25 años. Creo que este servicio a la cultura y población quechua es fundamental para su vigencia y modernización, a pesar de los límites y mala recepción a nivel de los gobiernos locales y regionales. Esto lo digo porque hasta la fecha en el Cusco, que se supone es la cuna de la cultura quechua, la matriz de la identidad nacional, no se tiene un periódico, menos una revista o publicación de libros importantes en nuestra lengua originaria. A nivel de otros medios como las emisoras de radio, si hay una sostenida

programación en quechua en varias de las emisoras. No podemos decir lo mismo de los canales de televisión. En las universidades, ningún docente dicta cátedra en quechua, ni las más cercanas a esta cultura tan importante en el terreno agropecuario. A mi modo de ver, esta es una de las razones de nuestro desencuentro nacional, pues nuestras raíces no se valoran, no se conocen y menos se estudian y promueven. Hace algunos años, en la facultad de Agronomía yo pregunté si había alguna cátedra sobre cultura agrícola inca o modos prehispánicos de arar la tierra. A los directivos de esos años mi sugerencia le sonó a idioma marciano.

Creo que esa mentalidad ha cambiado parcialmente. Los egresados saben de maquinaria holandesa o alemana pero no conocen ni los nombres de los tirapiés andinos claves para entender la biodiversidad de productos como la papa y otros. Lo mismo se produce en carreras como psicología, educación, enfermería, veterinaria, arquitectura, hidráulica, medicina. Es para mí una vergüenza que los profesionales sepan otras lenguas y no aprendan quechua y otras lenguas originarias. No es malo que conozcan idiomas extranjeros pero lo nuestro es lo primero. Hay un desconocimiento brutal del legado cultural y científico de nuestro pasado y, por lo tanto, de la lengua en que se hizo y acumulo ese conocimiento.

El problema de este lugar social que tiene el quechua, en parte, es una disputa poder y voluntad política. Si esta lengua no se moderniza y recupera su fuerza cultural es porque los quechuahablantes no han llegado al poder. Velasco, en su dictadura, oficializó el quechua y trató de reivindicarla promoviendo desde el mismo sistema educativo, pero se frustró de manera rotunda y vergonzosa. No paso a ser más que una experiencia interesante, pero nada duradera ni exitosa. Me pregunto ¿cuantos presidentes, intelectuales, artistas, científicos, inventores, en general son de lengua materna quechua o aimara? Casi ninguno. Mientras esto continúe así, el quechua y nuestra identidad andina, seguirá agonizando y muriendo en cada persona, familia e institución.

Antes indicaba que una de las instituciones que más promueve el quechua ha sido y es la Iglesia Católica y también las iglesias evangélicas. Ellas siguen tratando de que la Palabra de Dios llegue en sus lenguas nativas a todas estas poblaciones. Enseñan a leer en quechua, promueven el canto y la composición de música sacra en quechua y las otras lenguas minoritarias del Perú. Los sacerdotes y pastores que tienen como lengua materna un idioma originario lo mantienen y promueven, pero siempre de manera utilitaria o instrumental. No se logra hacer crecer esta lengua, porque no se la moderniza ni se procura de manera efectiva la investigación y promoción de la misma.

Aunque el Ministerio de Educación, aunque tiene un programa especial de Educación Bilingüe Intercultural), las escuelas han entrado a las comunidades campesinas, pero estas no han entrado en la escuela. En general, son establecimientos aculturados, que no fortalecen la sabiduría ni la identidad andina, menos de su lengua.

Quiero añadir finalmente que hay más investigadores en los últimos cien años, de otras naciones y departamentos que sobre el Cusco, por ejemplo, Middendorf, Cesar Itie, Alfredo Torero, Palomino Cerrón, Soto Ruiz, Madelein Zuñiga, Flor Bernuy, y otros. Hay pocas mujeres investigadoras del quechua. Muy pocas universidades nacionales enseñan el idioma a sus alumnos cuando debían hacerlo.

Una buena noticia ha sido el inicio de un programa radial en el canal del estado con dos de las lenguas originarias más importantes del Perú, es decir quechua y aimara. Esta felicitada experiencia se inició en diciembre del 2016, sostenida y apoyada por el Ministerio de Cultura. Hoy se dice que en Lima hay por lo menos medio millón de andinos que hablan las distintas variantes del quechua. A la discriminación racial se añade la discriminación cultural. Hay avances en algunos aspectos, pero, en mi opinión, todavía falta mucho.

La obra de hombres y mujeres de fe

◊ Un navarrico viviendo y sirviendo entre los indígenas quechuas y comuneros andinos del Cusco

Ignacio Senosiain Azpilcuetas, j., pariente lejano de San Francisco Xavier según decían, era hijo de una familia nacido en la antigua ciudad de Pamplona, España. Todos los hermanos fueron religiosos o sacerdotes, con ellos se interrumpió el apellido, pero no su espíritu que es lo que vive para siempre. Llegó como cura secular y rural a Urcos, con casi cincuenta años de edad. Era una tarde soleada de junio de 1973. De estatura baja y más bien huesudo, pero de muy buen humor y libre para decir lo que pensaba. Cualidad que choca con lo cuidadosos que somos los peruanos para decir y expresar lo que nos gusta y lo que nos molesta. Casi siempre decimos sí, aunque no sea lo que deseamos y podemos. Esta manera de ser y expresarnos es notada cuando vienen extranjeros que tienen más seguridad y libertad para decir y hacer lo que quieren.

Recuerdo que la misma noche en que llegó hubo un incendio en una casa cercana a la casa-residencia parroquial donde vivíamos la comunidad jesuita, Ignacio al enterarse de lo que pasaba lo primero que preguntó era “porque no habíamos llamado a los bomberos”. Ello nos chocó y nos indicaba la distinta sociedad de la que venía, aunque España fuera una de las naciones de la Unión Europea más atrasadas en lo tecnológico, comparada con Alemania o Inglaterra.

Así fue dándose cuenta de que el mundo al que había aterrizado era muy pero muy distinto del que venía y que las personas tenían distintas expectativas sobre lo que era un sacerdote y un párroco rural.

El clima al comienzo le chocó bastante, sobre todo en lo relacionado con la comida, ya que se le soltaba el estómago constantemente, o se estreñía demasiado. Recuerdo que mucho tiempo que lo único que comía era leche con pan. Todo lo demás le caía mal o pesado. Aun así, aprendió a comer todo lo que las familias suelen ingerir cada día en las comunidades campesinas andinas. Sin embargo, una de las cosas que más le costó siempre

era dónde y cómo defecar cuando se quedaba a dormir en las comunidades más alejadas. En general, los campesinos y las campesinas no tienen ninguna vergüenza de hacer sus necesidades donde encuentren que lo pueden hacer. Ignacio lo comprobó muchas veces en los días domingos cuando las “mamachas” del mercado de Urcos sentadas orinando en las calles laterales de la plaza de Urcos lo saludaban con toda confianza, mientras él, medio avergonzado, pasaba con el breviario en mano leyendo hacia la casa donde vivíamos.

En una oportunidad, en una comunidad muy lejana de Huaró, lo llevaron a cenar a una casa y mientras el descansaba le dijeron que la cena tendría una sorpresa además de la sopa de lizas o también llamados ollucos que le preparaban. Se trataba de un “flan de leche”, hecho en casa. Cuando llegó la hora de comerlo muy ingenuamente preguntó como lo hacían y cuál fue su sorpresa al enterarse, que pasó a la historia de su vida. Las mujeres que estaban en la cocina tomaban un huevo, le hacían un agujero para sacar la clara y dejar la yema. A esta le añadían azúcar y con un palito removían el contenido. Una vez hecha la mezcla una de las mamás que criaba bebés chicos llenaba los cascarones con leche materna. Así uno a uno de los huevos era llenado de leche y después colocado sobre las brasas sacadas del fogón de la cocina. Allí se cocían para ser servidos posteriormente en los mismos cascarones. Esa era la fórmula del famoso “Flan del padre Ignacio” como quedó para la historia.

Otra historia ejemplar de este curita rural fue cuando, en su afán de ayudar a mejorar los ingresos de las familias pobres campesinas de su parroquia en Huaró, se metió a sembrar hongos comestibles llamados también champiñones. Se asesoró bien y le propusieron hacer la prueba. Consiguió desde España semillas o esporas de los hongos. Antes ya había hecho contacto con personas y empresarios en la costa peruana. Los precios de los hongos era lo que más le animaba. Después de muchos trámites llegaron vía servicio postal, pero con muchos días de viaje, cosa que parece afectó a las semillas. Consiguió bosta de caballo como le había recomendado, pero no era suficiente, porque el caballo de la parroquia tenía tanta hambre que lo que comía casi no defecaba. Así que tardó mucho en tener la suficiente cantidad de bosta para poner las esporas. Llegó el día de la siembra, se había cuidado de la temperatura, humedad y otras condiciones para que saliera bien el experimento. Pero tan grande fue la sorpresa que de todas las esporas sembradas solo salieron dos o tres hongos y de unos tamaños minúsculos que daba pena y risa verlos después de tanto esfuerzo. Así fue uno de los intentos fallidos de este buen y preocupado párroco rural. Recordarle el experimento era moverle la llaga y que dijera, “calla chica, no me recuerdes más los champiñones”.

Una de sus debilidades de este buen sacerdote era la amistad con los niños a los que quería como un verdadero padre y quizás hasta abuelo. Siempre llevaba en su maletín o en su terno plomo con el que siempre andaba, una bolsa o una buena cantidad de caramelos, desde los más comunes y corrientes hasta de mejor calidad como chocolates y toffies. Esta debilidad le ganó el título de “El padre miskicha” que quiere decir “el padre dulcecito” en lengua quechua.

Desde que llegó a Urcos y se hizo cargo de la Iglesia de Huaró, dedicó mucho tiempo con verdadero entusiasmo y tesón por aprender el quechua. Era mucho más constante e interesado que muchos peruanos jesuitas. Cada semana preparaba su homilía dominical en quechua, la preparaba y la transcribía en unas hojas que leía en la misa,

se las hacía revisar con los jóvenes catequistas campesinos que vivían en la comunidad esos años y que hablaban perfectamente dicha lengua. Fue un ejemplo de inculturación a pesar de su edad y de venir de una sociedad tan distinta y distante de la que provenía.

Todo enfermo, loco, menesteroso o mujer con problemas encontraba en él un servidor, un amigo que lo ayudaba a ir a la posta o el hospital del Cusco. Los días lunes era común ir con una comunidad de enfermos en el carro de la parroquia. En la ciudad iba dejando allí donde les convenía llegar: el hospital regional, el Antonio Lorena, la clínica San Juan de Dios, el centro de salud mental de Meloc, el Asilo de Ancianos, un médico amigo, el laboratorio, etc. Fueron miles los campesinos que recibieron su ayuda efectiva. Todo lo que el ganaba en dinero de misas, regalos, ayudas de su familia e ingresos de otros tipos era para socorrer enfermos o traer regalos a la comunidad y hacer más llevadera la vida de comunidad religiosa, donde no faltan frustraciones, soledades y dolores. Le encantaba jugar al “chochoque”, un juego de cartas muy divertido que todos los domingos por la noche jugábamos en comunidad, donde nos divertíamos mucho y compartíamos lo vivido en la semana.

Siempre estuvo atento en mantener los templos que pertenecían a su parroquia. Uno de ellos edificado muy cerca de una apacheta probablemente Wari. Reparaba techos, cuadros, muros de protección, terrenos que se querían apropiar los que los tenían en alquiler, reparaba ornamentos, objetos sagrados, etc. Muchas veces tuvo que iniciar juicios legales en contra de personas abusivas que se querían apropiar de bienes de la Iglesia o de los pobres como viudas y huérfanos. Eso era, como él mismo decía “una corona de espinas” para su cabeza y su vida.

Fue un lector y transcriptor incansable. Eso le mantenía actualizado y reflexivo en su vida de persona y sacerdote. Le encantaba anotar pensamientos hermosos, frases profundas, dichos sabios. Para ir a las comunidades desde Urcos a su parroquia, casi nunca usaba movilidad motorizada ni caballo, prefería caminar a pie. Les daba cercanía a los pobres ya que el mundo andino se ha movido y sigue haciéndolo mucho a pie, camina y camina siempre, caminar es vivir y vivir es caminar. Decía que el secreto para mantenerse joven era “comer sólo lo necesario y caminar mucho, es un ejercicio barato y efectivo”. Una de las frases que más le gustaba era “para ser párroco se necesita una cucharada de ciencia, un barril de prudencia y un océano de paciencia”. Otra era “se pescan más moscas con una gota de miel que con un barril de hiel”. Estas frases parece que eran de San Bernardo, un santo muy paciente y bueno.

Recuerdo que estuvo delicado de salud y le recetaron ampollas de antibiótico fuertes para su cuerpo menudo y delgado. Entré a verlo casi sin pensarlo, a su modesto cuarto y lo veo que se estaba muriendo literalmente. Al parecer le había chocado la medicina, lo toqué y vi que estaba frío y que su respiración era casi nula, me puse a darle aire boca a boca, tanta era mi desesperación al verlo agonizando. No respondía con esto, desesperado me subí sobre él y con la rodilla le hice presión sobre su pecho. Primero lo había hecho con las dos manos como me habían enseñado, al ver que no respondía hice lo que cuento. Creo que con mi peso y la rodilla sobre su corazón lo hice reaccionar y empezó a respirar nuevamente y reclamar, porque estaba yo sobre él. Esto me llenó de alegría y corrí a pedir ayuda a los demás compañeros. Pienso que si no entro a su cuarto el pobrecito se habría muerto sin la ayuda modesta pero efectiva que le di. Pasaron los días y se fue restableciendo y recuperando el color que había perdido con tanto antibiótico.

Se hizo jesuita a los casi sesenta años, hizo su noviciado en Urcos, sus votos y continuó en su parroquia hasta cuando se vio que ya no tenía más fuerzas. Así terminó muriendo en la enfermería de Fátima (Miraflores, Lima) a los casi 90 años de edad, después de una vida de servicio concreto, alegre y sencillo. No tuvo ninguna enfermedad en especial, se apagó como una vela sencilla y servicial. De igual forma dos hermanos suyos que eran jesuitas antes de él dejaron de existir en el Perú. Por petición de la mayoría de pobladores de Huaro y Urcos sus restos fueron traídos de Lima y descansan en el cementerio de Kanincunka, donde está la capilla dedicada a la Virgen de la Candelaria donde él hizo mucho trabajo pastoral y social. En la parte exterior de la capilla están los cinco pisonay plantados por él, símbolo de su vida al servicio de los pobres de nuestro Perú andino.

◇ **Un Vikingo navegando en el Perú. Breve historia de Peter Thanhol Hansen S.J.**

Lo conocí a “Piter”, como lo llamábamos, cuando yo tenía apenas 17 años (agosto de 1967). Estaba casi recién llegado a Huachipa (Lima) que era la casa de formación de los jesuitas peruanos. Venía del Cusco, mi ciudad natal. Había hecho medio año de filosofía en el seminario Mayor de San Antonio Abad. La llamada Villa Kostka, fue construida poco a poco ya que era un proyecto muy grande. Vivíamos en esta casa alrededor de 80 personas, entre sacerdotes encargados de la formación espiritual y académica los jóvenes estudiantes y los hermanos, en su mayoría españoles.

Ese día estábamos almorzando en el comedor lleno de luz y como siempre se hacía lectura de libros interesantes durante la comida. De un momento a otro el padre maestro de los novicios hizo parar al lector y anunció la llegada de un nuevo novicio venido desde Alemania. Era un “gringuito” alto y sonriente el que entraba al comedor en compañía del padre Manuel Prado Pérez-Rosas y otro novicio que hacía de “ángel” del recién llegado. El nombre venía del ángel de la guarda, que nos guía en la vida espiritual. Precisamente eso era lo que hacía el novicio con el recién llegado, enseñarle las costumbres de la casa a la que llegaba. Peter tenía en la cara señales de una parálisis facial leve, causada por una intervención quirúrgica cerca al oído. Se le notaba sobre todo cuando sonreía.

Había estado unos meses en España y venía con la recomendación de que “cuidara bien su manera de hablar”, es decir respetar las zetas y las ces. Nos dio risa oírlo hablar así y muy rápido le dijimos que en el Perú no hablábamos así y que sonaba un tanto ridículo hablar de esa manera. Se sentó en una de las veinte mesas donde comíamos. En esos tiempos los jesuitas no dejábamos de tomar vino en el almuerzo, siguiendo muy bien la tradición de los españoles. Los novicios no debíamos tomar ya que estábamos invitados a vivir en sacrificio y austeridad. Yo, a pesar de ser hijo de chilena y en Chile se toma vino, me llamó la atención este traslado de costumbres ajenas a nuestra tradición.

A pocos días ya “pateaba” bastante bien el castellano y se reía mucho de ver los carros en la ciudad de Lima. Era 1967, le parecía estar en un museo con carros viejos y destartalados que andaban de milagro. El parque automotor limeño de esos años estaba bastante retrasado.

Nos enteramos que además de novicio - danés de nacimiento, pero adscrito a la provincia del Perú - era abogado y que había sido miembro del equipo nacional de básquet y balonmano de su patria. También que había entrado al noviciado de la compañía en Alemania pero que estuvo también como monje cartujo durante un año, pero que no le convenció y pidió volver a la orden. Sin embargo, cuando quiso volver a ella le pusieron como condición hacer nuevamente el noviciado. Así que nuevamente al noviciado y nada menos que en el Perú.

Pasaban los días y el maestro de novicios no le gustaba que conversáramos mucho con él, ya que era muy liberal y crítico de muchas cosas que los jesuitas peruanos tenían, como uso de ropa laica, fumar, hablar de cosas medio prohibidas como las sexuales y otras. Allí nos contó a algunos que si nos gustaba conversar y oírle que había estado preso durante un año por declararse pacifista y no querer hacer el servicio militar obligatorio en su país. Que había hecho muchas travesuras afectivas con su gran amigo el nada menos cardenal Martensen, uno de los pocos católicos junto con su familia en ese país nórdico. Una cosa que nos gustaba y admiraba es que hablaba, ya para ese tiempo, por lo menos seis idiomas además del latín y el griego, hablaba inglés, alemán, danés, finlandés, francés e italiano, y lo veíamos que rápidamente estaba aprendiendo nuestro castellano.

Terminado el noviciado ya no hizo el juniorado o estudios generales ya que venía de ser abogado y con mucha cultura musical artística clásica y universal. Regresó a Europa e hizo su teología en Roma, en la Gregoriana, si mal no recuerdo. Cuando volvió al Perú fue destinado a trabajar con los aguarunas en el río Chiriyacu, Marañón y Santiago. Allí estuvo con las comunidades nativas durante casi siete años junto con los compañeros jesuitas, más las hermanas Siervas de San José y las madres de la Compañía de María. Recuerdo que una de las cosas más hermosas que aprendió él de estos pueblos fueron dos cosas: su alegría y su sentido de la libertad. La alegría y el gusto de vivir al contacto de la naturaleza, sobre todo el agua de sus ríos y cochas (lagunas). Se admiraba de lo poco libres que eran las hermanas para aprender de las mujeres aguarunas, lo humano de ellas, ya que, para Peter, “Dios ama a los paganos y en ellos se revela también el Dios de Jesús”.

Después de esos años de convivencia con ellos y abrir su corazón y mente, fue destinado a Urcos donde yo hacía mis años del llamado “magisterio”, un tiempo entre los estudios de filosofía y teología. Durante los dos años y medio que hice de esta experiencia de cercanía al trabajo real con los campesinos viví con él de manera permanente. Recuerdo nuestros años viviendo en una habitación de la (semi derruida) casa hacienda de Lauramarca, que tenía 14 comunidades indígenas dentro de las casi setenta mil hectáreas que tenía la propiedad. Allí empezamos a conocer estos sectores de la recién afectada hacienda por la Reforma Agraria de los años 1969. Velasco Alvarado era el líder militar de esta llamada revolución promovida por las Fuerzas Armadas y el pueblo.

Estuvimos un año completo en la casita de Qolqa, un kilómetro más abajo de la casa hacienda de Lauramarca. Procurábamos vivir como los campesinos, vivíamos en una choza de techo de paja y paredes de champas, comer papas y charqui (carne de vacuno u otro animal salada y secada al sol), maíz y huevos. Casi no conocíamos frutas, comíamos poco pan y vivíamos en las mismas condiciones que ellos, pero la distancia cultural y económica de ellos es tan grande que este intento de encarnación

y compromiso es casi imposible. Los campesinos se bañan muy pocas veces, no leen nada, oyen un poco de radio, viven de las tierras y de criar sus animales, se trasladan por temporadas a la selva de Puerto Maldonado. Allí vi que ser religioso y querer vivir cerca a los indios es un buen intento, pero algo casi imposible, como digo. Los jesuitas se ponen al servicio de los indígenas y sus organizaciones, pero el tema de la encarnación e inculturación es difícil y no se ha logrado hasta ahora. Dice una frase sabia que “El amor es entre iguales o hace iguales”. Eso es lo que se intenta hacer como religioso: amar y servir a los más pobres de este país y asumir los riesgos y limitaciones que conlleva ese camino.

Como comunidades de religiosos hacemos mucho en favor de la salud, la educación y el desarrollo de estos cientos de comunidades, pero “son ellos los que tienen que crecer y nosotros disminuir”, como dijera el gran San Juan Bautista. En general, este es el reto para todos los que nos acercamos a ellos, no para robarles y engañarlos como lo hacen y lo hicieron muchos. El mismo Estado tiene que cambiar de perspectiva en este sentido. No basta dinero, tecnología, ideas, hace falta, amor, respeto, comunicación y constancia para colaborar en su camino hacia una vida plena, como se merecen. Peter fue, en este sentido, entrando en sus vidas. Después de estar en Qolqa, se fue a vivir a Marcapata, y terminó viviendo en Quico, una población alejada en las entrañas de los Andes cusqueños, parte de la llamada Nación Qero, pueblo quechua de los más originales de nuestro Perú. En medio de estas comunidades aprendió bastante quechua, con su dejo gringo, pero sobre todo con su sencillez y afecto cercano dio ejemplo de servicio, sin mucho ruido y con constancia. Una vez me dijo que él moriría del corazón como su padre y alguno de sus hermanos que habían muerto por esa causa. Estando allí perdió a una prima que se vino a vivir con él en Marcapata. En un momento inesperado le vino una subida de presión y por falta de médicos con instrumentos necesarios murió en el camino hacia Urcos. Allí descansan los restos de esta prima querida de Peter.

En Marcapata implementó un taller de cerámica para familias campesinas, pensando que podría ser una manera más de conseguir ingresos para las familias de esos pueblos tan aislados del Perú. Se preocupó de la reparación y mantenimiento de la Iglesia del pueblo, hermosa construcción colonial y con techos de paja de un metro de ancho. Consiguió la donación de un camión volquete para ayudar a las muchas obras que tienen estos municipios rurales. Ayudó a la formación de las rondas campesinas para el control de los abigeos y ladrones, pero con la perspectiva de que se convirtieran en organizaciones civiles de control sobre las autoridades locales de todo tipo. Tenía muchos amigos que le regalaban dinero y él iba administrando esas donaciones a favor de las familias y poblaciones más pobres. Hizo muchas obras a favor de la vida de las personas, entre ellas mejorar el agua que tomaban las familias campesinas, mejorar escuelas y comedores escolares, arreglar pequeños puentes para asegurar en algo más la vida de los caminantes, mejorar las capillas que no faltan, y en Quico les dejó una red de electricidad movida por una caída de agua. Ha sido la primera comunidad Qero con luz eléctrica propia y un taller de peletería para la comunidad.

Caminamos muchas veces recorriendo las comunidades de toda la provincia, socorriendo a los enfermos, confesando, diciendo misas (sobre todo de difuntos). Cuando íbamos en caminos y encontrábamos posas de agua nos metíamos en ellas como chiquillos traviosos y juguetones, una vez bañándonos calatos

(desnudos) en uno de esas pozas, nos sentamos sobre un pasto que tenía abrojos bien dolorosos. Fue todo un chiste sacarnos mutuamente los abrojos de las nalgas coloradas y al sol. Muchas veces nos bañamos en las aguas termales de Upis, pero sobre todo de Marcapata, junto con los campesinos y campesinas que entraban a bañarse desnudos como nosotros. Esto nunca lo supieron nuestros superiores, algo aprendimos de la inocencia original de nuestros hermanos y hermanas campesinos. Yo creo que la gente más limpia en todo sentido de este país, está entre estos campesinos andinos y entre los nativos. Peter escribió muchas cosas. Entre ellas un texto que el CCAIJO (Centro de Capacitación Agroindustrial Jesús Obrero) de Andahuaylillas editó, aunque con muy mala calidad y formato. El libro se llamó “La tierra vive”, muestra del gran interés puesto en su vida por entender la manera de vivir la fe y las experiencias religiosas de estos campesinos tan poco valorados por la sociedad mestiza y blanca de nuestro querido Perú. En esta publicación estuvo también presente un docente de la universidad de Berlín de formación teológica y filosófica. Murió en la enfermería de Fátima y descansan sus huesos en una cripta que está en la iglesia de la Compañía del Cusco junto con los restos de Manuel Montero, otro jesuita consumido al servicio de la iglesia del Cusco.

◇ **Un rehén voluntario, el heredero ejemplo de Juan Julio Wicht S.J.**

Para entender y percibir mejor el valor de un acto humano lo tenemos que ubicar en el contexto en el que se hace una acción. Por eso deseo dar el contexto donde vivió nuestro amigo Juan Julio y medir el tamaño de su decisión heroica y cristiana. El Perú ha vivido una de sus etapas más trágicas y tristes de su vida democrática y republicana, lo que le significó reconocer que hemos perdido más vidas que en la Guerra con Chile y la misma guerra de la Independencia. Los daños económicos llegaron a costar el mismo monto que la deuda externa del país de los años 80. Es decir, unos veintisiete mil millones de dólares. Pero la otra mala lección aprendida por algunos sectores más corruptos del país es que “la violencia sirve” y se puede sacar beneficio personal y grupal de ella. Esos sectores son los que hoy secuestran, extorsionan, amenazan casi siempre para conseguir dinero de esa manera. Es, en el fondo, una nueva manera de hacer violencia brutal (otra manera de terrorismo) pero que no lo llamamos así, quizás por vergüenza o la mala costumbre de no llamar las cosas por su nombre.

El año de 1984 iniciaba su lucha también armada el denominado Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Las diferencias con Sendero eran, a mi parecer, concentradas en el modelo de lucha o estrategia militar. El primero planteaba la guerra popular con la creación de un “Ejército Popular Revolucionario” que llevara a la constitución del estado de nuevo carácter, compuesto por campesinos y obreros en una lucha del campo a la ciudad. Su estrategia era crear células terroristas en varios lugares e ir construyendo un ejército popular que garantizara el triunfo de su revolución finalmente. Los “emerretistas”, como les llamábamos, planteaban una guerra más convencional, con batallones uniformados de varones y mujeres, que fueran tomando el país también desde el campo hacia las ciudades, pero con menos acciones terroristas. El secuestro y la toma de rehenes para negociar dinero o presos fue uno de sus estilos preferidos. Esto no hacia tanto Sendero. Los emerretistas tenían como modelo la guerra revolucionaria desarrollada por Fidel Castro en Cuba, la manera de luchar del Frente Sandinista de Liberación Nacional y otros movimientos revolucionarios

de América Latina. Los senderistas estaban inspirados más bien en la Revolución China.

Ambos grupos se repartieron los territorios de alguna manera, Sendero más al sur del país y el MRTA la ceja de selva y selva amazónica desde el departamento de Junín hacia arriba. Los asesinatos a autoridades y militares determinados fueron comunes en ambos grupos, lo mismo que la reivindicación de los mismos para demostrar poder y capacidad de control político militar a los pueblos y la sociedad nacional en general. Así el MRTA había ingresado en la lucha nacional con líderes políticos no tan conocidos ni tan radicales, varios de ellos de primera filiación en el APR, partido de larga tradición. Sin embargo, había organizado en Lima su famosa “cárcel del pueblo” en San Borja, un barrio exclusivo donde escondía a sus víctimas para conseguir vía amenazas, dinero y negociar sobre todo la libertad de sus presos. Corría 1996, estaba en el gobierno el presidente Fujimori recientemente reelegido con fraude y todo, pero victorioso por la captura en septiembre del 1992 de la cúpula senderista. Se preparaban las navidades de ese año y todo el Perú respiraba un poco más tranquilo por esa captura. La embajada japonesa en Lima, como todos los años, tenía prevista una fiesta de gala en su lujosa casa de Miraflores. Ya se habían cursado las invitaciones respectivas y eran alrededor de 600 personas las invitadas.

En la víspera de Navidad, la televisión y los radios mostraban la noticia terrible que los miembros del MRTA habían tomado la embajada japonesa y amenazaban con matar a los rehenes si el gobierno no aceptaba sus peticiones y condiciones. La prensa nacional e internacional, dada la magnitud de la noticia, empezó a cubrir la noticia de tal manera que el mundo entero estuvo pendiente sobre cómo iba a terminar esta maniobra audaz de este movimiento guerrillero. Algo parecido había sucedido en Colombia unos meses antes, con resultados muy tristes. Empezaron a pasar los días y no se sabía bien quiénes estaban secuestrados, ni cuánto iba a durar este drama. Como a los ocho días, dada la cantidad de personas secuestradas y con el problema de la comida y otros servicios, decidieron soltar a la primera tanda de rehenes. Soltaron primero a las mujeres entre ellas a la madre y unos parientes de Fujimori, yo pienso que se les paso este dato, ya que hubieran podido negociar en mejores condiciones si tenían a la madre del presidente. Paralelo a esto la Iglesia Católica propuso ser mediadora en esta crisis tremenda que tenía a cientos de familias aterradas. Fue el cardenal Cipriani el encargado de mediar y poder entrar en la embajada para comprobar el estado de los capturados y ver qué se podía hacer para mejorar sus condiciones. Así podíamos ver en la televisión cada día entrar y salir con su maletín de rueditas al señor cardenal, que no dejaba el alzacuello, la sotana negra o el terno negro. Así daba la impresión de estar de pasajero elegante en tránsito, más que un mediador religioso, de un conflicto tan grave. Otros pensamos que no era tan necesaria su presencia ya que Juan Julio atendía pastoralmente a los capturados.

Los días pasaban inexorables y angustiosos para los que estaban dentro como para las familias. Los emerretistas plantearon un nuevo bloque de liberados. Allí es donde el jesuita Juan Julio Wicht pudo salir, pero no lo hizo por su deseo de servir a los otros que no habían sido escogidos para salir. Se quedó para dar aliento y fe en esos momentos tan angustiosos de su vida. Según nos comentaron algunas personas cercanas al Cardenal, esto no gustó a esta autoridad ya que él quería ser el protagonista absoluto de este drama.

Transcurrida la primera quincena de abril de 1992, precisamente el día 22, las pantallas de televisión nos anunciaban algo terrible: la embajada era tomada por un comando elite del Ejército, compuesto por 120 hombres, escogidos rigurosamente y entrenados, para la que después se llamó “Operación Chavín de Huantar”. Fujimori con sus asesores habían ejecutado esa operación con un buen grupo de obreros especializados en trabajo en minas para preparar desde abajo el rescate de los rehenes de la embajada. Fue tan brutal pero eficiente que “solo costó la muerte de tres personas”, como decía orgulloso Fujimori. Ellos fueron los oficiales Valer y Jiménez y el doctor Carlos Giusti, un gran juez del Poder Judicial. Todos los demás rehenes fueron liberados en medio de bombazos, metralla y perforaciones. Todo el mundo era testigo de esta terrible e impactante operación, Fujimori se llenaba la boca de orgullo ante esta acción donde no quedo ni un emerretista vivo. El Cardenal lloró al saber el final de esta operación que aparentemente no conocía. Digo esto porque trascendió que Monseñor fue uno de los que introdujo los equipos de observación y micrófonos para preparar precisamente el rescate.

Juan Julio así terminó su cautiverio voluntario, como un gran amigo de los rehenes y fue salvado junto con todos los que tuvieron la suerte de sobrevivir. Para terminar, debo decir que esta gran persona era un buen docente universitario, enseñaba economía en la Universidad del Pacífico, buen amigo, le encantaba conversar y jugar ajedrez, beber unos buenos tragos de whisky y fumarse un cigarrito riendo con toda libertad ante un chiste o cosas graciosas que felizmente nunca faltan en la vida. Muchos años fue docente en la universidad del Pacífico en la ciudad de Lima. Creo que fue su único trabajo como jesuita. Como buen limeño también le gustaba ver fútbol y cantar sus buenos valsos, lo que por cierto hacía bastante bien.

◇ **Cristina Goutet: Una vida al servicio de las trabajadoras del hogar.**

La vida de esta mujer se puede resumir en una vida entregada a reivindicar y hacer visible a las mujeres pobres y de origen campesino (quechuas) del departamento del Cusco, que trabajan en las casas familiares de miles de hogares. Para poder valorar su vida tenemos que entender de donde vino ella y cuál fue la problemática que trato de enfrentar y darle una salida. Nació en Francia, llegó al Perú en los años sesenta y estudió en la Universidad Católica. Fue una de las primeras doctoras en sistemas del Perú. Se vino a vivir al Cusco y siempre estuvo vinculada a la comunidad dominica de padres de origen francés. No se casó y desde que llegó a esta ciudad se dedicó a organizar y fortalecer el único sindicato de trabajadoras del hogar del Perú, en ese tiempo. Para servir las buscó en las distintas escuelas nocturnas donde suelen ir estas niñas, adolescentes y jóvenes a estudiar. Los horarios normales de estas escuelas eran de seis de la tarde hasta las nueve y treinta de la noche y funcionan en colegios nacionales, ninguno dirigido por religiosas y eso que muchas de las congregaciones dicen haber nacido para servir a las mujeres pobres y cosas por el estilo. La mayoría de las que estudian son mujeres, aunque no faltan algunos varones. Estudian y trabajan de empleados en las casas de todos los niveles sociales de esta ciudad tan racista y discriminadora, como es Cusco.

Estas escuelas son, sobre todo, espacios de socialización más que de aprendizaje. La mayoría de alumnas solo termina su primaria y salen del circuito escolar. En estas escuelas también es un lugar donde las matronas y patronas consiguen chicas para la casa. Es un espacio donde se enamoran de chicos que estudian o que van a esperarlas a la salida del colegio.

Cristina se hizo cargo del curso de Religión de estas escuelas y donde las preparaba para que hicieran su Primera Comuni3n, previo bautismo. Era muy lindo ver como esta se1orita les ense1aba el evangelio a este sector tan olvidado y maltratado del Cusco y el Per3 entero. Cuando uno sirve a los pobres y les explica el texto sagrado no puede dejar de ver y comprobar que se tiene una manera nueva y real de anunciar la salvaci3n. El Evangelio cobra nueva vida, ilumina, sana, fortalece al que lo oye y al que lo ense1a.

Adem1s de este servicio, consigui3 una casa con su peculio para que all3 funcionara el sindicato de las trabajadoras del hogar. Luch3 porque sus vidas, su dignidad y su trabajo no fuera despreciado ni invisibilizado, como lo quieren permanentemente muchos interesados. Apoy3 la publicaci3n de un libro testimonial llamado “Basta”, publicado por el Instituto Bartolom3 de las Casas del Cusco y donde se muestran los verdaderos horrores a los que son sometidas ni1as, adolescentes, j3venes, y mujeres de origen campesino ind3gena en las casas donde trabajan. Es un grito de dolor y una denuncia que no es o3da, por lo tanto, no atendida en su exigencia por la sociedad en su conjunto, y menos por las autoridades correspondientes.

El problema es realmente grave ya que las empleadas son invisibles, sus derechos no existen, son parte del paisaje aceptado y justificado por la mayor3a est3pida y deshumanizada de nuestro pa3s que todav3a tiene la frescura de autodenominarse como cristiana. Una prueba de lo que digo es que los diversos intentos porque su trabajo sea considerado dentro de la Ley General de Trabajo no han prosperado, con justificaciones como que “no tienen horario continuo de trabajo”, que “suelen sentarse con la patrona a ver televisi3n juntas”, “que no son trabajos de responsabilidad, que las trabajadoras son ni1as o adolescentes”, etc., etc.

El hoy excongresista Antero Flores Araoz, fue uno de los opositores ac3rrimos a que salgan leyes a favor de este sector inmenso de trabajadoras. Hasta el d3a de hoy es opcional para las patronas hacer contratos de trabajo, pago de salarios de acuerdo a ley, vacaciones, seguro personal y familiar, etc.

Nuestra hero3na an3nima luch3 y seguir1 luchando desde el cielo por estas mujeres, sus familias, sus derechos y sus esperanzas. Yo tengo m1s de sesenta a1os y nunca pude o3r a ning3n candidato pol3tico hablar de ellas, luchar por sus derechos, etc. Lo mismo puedo decir de muchos de los jerarcas y te3logos que tenemos en la Iglesia Cat3lica y otras, salvo honrosas excepciones.

Son simplemente nada para ellos, no cuentan para nada. Como en el relato de Corza titulado “Garabombo el Invisible” donde nos narra, c3mo un campesino que baj3 de su comunidad para hacer tr1mites en distintas instituciones p3blicas y privadas en favor de su comunidad y al ver que entraba a las oficinas y nadie le hac3a caso, “no lo ve3an”, empez3 a creer que era transparente, una simple imagen fantasmag3rica. Esto me lleva inmediatamente a reflexionar sobre la existencia de los esclavos negros a lo largo de la historia de la humanidad y las Iglesias. En las haciendas y conventos de muchas congregaciones religiosas trabajaban esclavos negros a su servicio y no fue cuestionado el sistema como se merec3a. Una monstruosidad tan salvaje como esta fue vista “como natural” y justificada teol3gicamente por much3simos cristianos que viv3an de ella. As3 ocurre con las trabajadoras del hogar hasta hoy.

Cristina hizo muchas cosas por ellas. Desde estar siempre atenta a sus necesidades y problemas simples y concretos, hasta comprar con su dinero dos locales para el sindicato de trabajadoras

del Cusco. Recuerdo abrazar y besar con ternura infinita a una mujer que había sido empleada del hogar y que enloqueció después de una violación múltiple mientras trabajaba en una casa. Ella era la única mujer que podía acercarse a ella, ya que esta pobre víctima andaba sucia, desgreñada y descalza por las calles e iglesias del centro del Cusco, a Cristina sí la reconocía. Para mí, era Jesús mismo quien se paseaba en esta ciudad que tiene algo de “la maldición de la Malinche” mexicana. Es decir, maltrata a los propios y besa los pies del extranjero.

Este es uno de los tantos problemas que sufren las mujeres que trabajan en las casas. Son víctimas constantes de los patronos y los hijos de estos. Si quedan embarazadas, son arrojadas a la calle sin la menor compasión de las patronas. Se oye muy comúnmente decir “esta chola cochina, cómo va ser la madre de un hijo de mi engréido, menos todavía la esposa del “niño” de la casa”. Las historias de muchachas embarazadas y echadas a la vil calle, son infinitas. Cristina fue amiga, madre, profesora, consejera de estos miles de trabajadoras bien despreciadas, pero a la vez bien explotadas de este Perú que se cree muy humano y hasta muy cristiano.

Cristina murió por un tumor en el cerebro, después de luchar varios años contra un cáncer a la piel en el rostro. Tuve el privilegio de tomarme las últimas fotos de su presencia en este mundo de los vivos. Llegué al Cusco la víspera de su viaje a Francia donde tenía un hermano. Ella me había pedido llevarle un par de sombreros de paja toquilla hechos en Catacaos, Piura, para su hermano que vivía en París. Me reconoció a pesar de ya estar muy afectada por la enfermedad, como siempre nos hicimos unas bromas y la vi llenarse de alegría en medio del dolor que le provocaba el cáncer que afectaba su cerebro. Pudo viajar acompañada de un amigo médico con el que había trabajado en favor de tantos pobres como hay. Llegando a París falleció en casa y en los brazos de su querido hermano. Descansa en su tierra después de haber dado tan vida a mujeres como ella, a despecho de tantas otras que les quitan la vida.

◇ Elsa Fung Sanchez

Elsa Fung Sanchez actualmente cuenta con 85 años de edad. Está presente en Piura desde hace más de 60 años, trabajando incansable en favor de la educación y el desarrollo humano integral, sobre todo de los pueblos más desfavorecidos y olvidados de este departamento tan rico y tan desigual a la vez. Ella nació al norte de Lima, en la hacienda Huayto Bajo del distrito de Barranca, donde llegó su familia paterna de la China. Ya sabemos cómo y en qué condiciones llegaron estos migrantes orientales al Perú: mano de obra barata para sustituir a los esclavos de raza negra que también fueron traídos de África para sustituir a los indígenas también diezmados por la invasión y explotación de la Colonia.

Fue educada de manera tradicional. Es decir, bajo el respeto a los padres, y donde su abuela Francisca tuvo mucha importancia. Ella recuerda desde muy niña cómo le enseñaron que la comida se gana con el trabajo, citando a San Pablo que dice “que el que no quiera trabajar, que no coma”. Así recuerda cómo ella era la encargada de dar la comida a las gallinas que tenían en la hacienda y que, como premio, le daban su huevo frito en el desayuno. Su familia también inculcó en ella el respeto a los trabajadores y sus derechos, que todos los seres humanos somos iguales y con la misma dignidad. Muy pequeña perdió a su madre y recibió el amor de su familia, sobre todo de su hermano mayor al que miraba como su padre.

Estudio en colegios públicos toda su primaria y secundaria, algunos de ellos dirigidos por religiosas. Desde muy niña fue muy dedicada a los estudios ocupando los primeros puestos, aprendió a hacer gimnasia y acrobacias. Fue directora del coro escolar y la responsable de la revista “Rosa”. Hizo teatro y creó un círculo de lectura sobre temas vedados en ese tiempo.

Para sus estudios superiores ingreso a la Universidad Católica, donde tuvo como docentes al conocido profesor Luis Jaime Cisneros y otros connotados maestros. Estudio Educación y tuvo la oportunidad de estar un tiempo en París en la famosa Universidad de la Sorbona. Fue miembro activo de la UNEC (Unión Nacional del Estudiantes Católicos) donde llegó a ser la representante nacional y asistir a encuentros de carácter mundial en la ciudad de Roma, nada menos que como presidenta nacional.

En la década de 1950 se tenía planificado, desde el Estado, hacer una gran presa de agua en el valle de San Lorenzo (departamento de Piura) ubicado al norte del país y que tenía la finalidad de hacer una colonización con campesinos sin tierra, en primer lugar y después con campesinos que desearan recibir tierras y lograr los objetivos de crear un gran complejo agropecuario industrial que signifique una alternativa real. Esta obra se llevó a cabo con dinero estatal y con la presencia de una empresa inglesa responsable de llevar a cabo el trabajo técnico. El Banco Mundial fue uno de los financistas principales de este gran y pionero proyecto. Llevó varios años ejecutar el trabajo y hacer todos los canales de derivación para lograr que las tierras produjeran lo que se esperaba de ellas.

Era una estrategia más para atender un problema fundamental: la seguridad alimentaria y el desarrollo sostenible del campo. Sin embargo, dentro de este esfuerzo no estaba presente el componente educativo de manera clara y allí llegó Elsa como responsable de las escuelas que se suponía debían tener algo especial precisamente para la experiencia.

Ella asumió la dirección de estas escuelas estatales que debían tener un currículo adecuado para campesinos de muchas partes del país (multicultural como es) y que respondiera a la dinámica del proyecto económico, agropecuario e industrial. Dejó su tierra natal, su familia y Lima. Llegó a Piura (1960-1961) y se hizo cargo del proyecto. Comenzó a visitar las casas de los campesinos para ver cómo vivían, de dónde venían, cuántos hijos tenían, etc. Como era soltera se dedicó a tiempo completo a este trabajo que lo consideraba como una verdadera misión. Como miembro de la UNEC (Unión de Estudiantes Católicos) recibió todo el apoyo de parte de sus compañeros y sacerdotes encargados del movimiento, entre ellos, Gustavo Gutiérrez y los hermanos sacerdotes Álvarez Calderón, todos ellos gestores e iniciadores de la corriente teológica que después fue conocida como Teología de la Liberación.

En 1968 el general Juan Velasco Alvarado capturó el gobierno dando un golpe de estado al presidente Fernando Belaunde Terry. Al año siguiente, declaró la Reforma Agraria, que tuvo fuertes efectos para la vida de los campesinos y hacendados. Era un verdadero golpe a la oligarquía terrateniente de esos años, en todo lo largo y ancho del Perú. Esta llamada “revolución de las Fuerzas Armadas y el pueblo” me parece que ha sido uno de los hechos más importantes de la historia rural de nuestro país, ya que suprimió definitivamente el régimen de servidumbre en el que vivían millones de familias campesinas.

La afectación de la tierra y la entrega de la misma a los campesinos rompieron de manera contundente el poder de los hacendados, también llamados gamonales. La tierra era el nervio fundamental de ese sistema y que tenía que ser tocado para empezar reformas de otro tipo. El Estado, sin embargo, se convirtió en el conductor de un nuevo sistema organizativo de producción. Las formas asociadas de producir fueron la alternativa para que la producción no decayera y se pusiera en riesgo el éxito de la medida. Se crearon por decreto las Cooperativas Agrarias de Producción (CAP), los Sistemas Agrarios de Inversión Social (SAIS) y otras formas asociadas de producción donde los ingenieros y otros técnicos de la llamada Reforma Agraria y SINAMOS (Sistema Nacional de Movilización Social) eran los últimos responsables de las decisiones y control de todo el circuito productivo.

Piura es una de las regiones del país con muy buenas condiciones para la producción agraria desde tiempos inmemoriales. En la colonia, las haciendas muy rápidamente se constituyeron y por su ubicación geográfica y sus vías de comunicación marítimas, su producción estuvo y está vinculada a la exportación. La caña de azúcar, leña de algarrobo, algodón y ahora el plátano orgánico y la uva, siguen dando muchos ingresos a todos los piuranos, pero sobre todo a los grandes empresarios que invierten en esos productos.

El proceso de asignación de parcelas en el valle de San Lorenzo, sus calidades, dimensiones, condiciones llevó bastante tiempo, pero se llevó a cabo con bastante orden y sin señales de corrupción, tan comunes por desgracia en la actualidad en estos procesos donde el Estado está invirtiendo a favor del campesino pobre.

Ya estaban instaladas las parcelas y las familias que las recibían. Se pensó en sectores y en colocar estratégicamente determinadas instalaciones de servicio (agrónomos, técnicos, personal de salud, contabilidad, administración, etc.) para acompañar este gran e importante proyecto. Dentro de este proceso estaban también las escuelas, docentes y otros servidores que se encargarían de acompañarlos. Allí estaba Elsa con el apoyo de los ingenieros para pensar y proponer una educación innovadora y adecuada al tipo de familias que estaban asentándose en esta tierra de esperanza. Su formación académica bastante buena, así como su formación humanista y cristiana fue importante para elaborar un modelo para San Lorenzo. Surgió una experiencia que no ha tenido precedentes en el país, y que fue reconocido por el banco mundial como modelo para otras partes del Perú y el mundo. El libro que publicó Elsa en el año 2012 bajo el título “Ensayo de reforma en la educación para lograr el desarrollo humano de Piura” es el resumen reflexivo de esta experiencia y todo lo que ella ha podido lograr y pensar para mejorar la educación de nuestra región.

Un dato importante es que nunca ella se aisló del mundo académico y espiritual. Por el contrario, confrontaba permanentemente su experiencia con personas de la región, de Lima y de otros países. Esta manera de actuar hoy tan valorada por el tema de la globalización ya era puesta en práctica por ella y sus colaboradores. El principio de “actuar localmente y pensar globalmente” fue algo que ella aprendió y enseñó constantemente. Esta publicación tiene mucha importancia ya que es de alguna manera la memoria reflexiva de su experiencia y una guía para seguir aportando a la educación, el desarrollo y la innovación integral de Piura. Sin embargo, como pasa a muchos intelectuales y productores de la cultura, el Ministerio de Educación y sus autoridades locales no

conocen ni valoran este tipo de aportes tan importantes para la mejora de la calidad de la educación. A pesar de ser miembro del Consejo Nacional de Educación su aporte no ha sido suficientemente valorado, al igual que las instituciones que fue constituyendo durante sus años de trabajo a las instancias donde se deciden las políticas educativas para la Región.

A los once años de haberse iniciado este gran proyecto, fuerzas e intereses oscuros trataron de borrar lo andado. Los nuevos responsables de la vida política en todos los sectores vieron como peligrosa y hasta subversiva la propuesta educativa y toda la documentación acumulada fue destruida y hasta desaparecida de la zona. Una conspiración de silencio y aislamiento cayó como manto negro sobre ella y muchos que la acompañaron en esta interesantísima experiencia.

Sin embargo, su tesón y amor a los pobres de inmediato la hizo mirar a las provincias más pobres de Piura y dio inicio a una institución nueva que ha servido a más de cien proyectos de todo tipo para investigar, promover, educar, organizar a los pobres campesinos, colonos o pescadores, varones o mujeres que esperan ser servidos en sus necesidades reales. Ha incursionado en las microfinanzas, promoviendo el crédito para los pobres logrando muchas mejoras en las familias y líderes económicos de base.

Así nació la Central Peruana de Servicios (CEPESER) donde hemos trabajado muchos profesionales inspirados en la voluntad y la alegría de Elsa hasta 2014. Nada la detiene, ella es capaz de dialogar con quien sea, con la altura y el conocimiento que tiene de las personas e instituciones de Piura y el Perú. De igual manera, su posición cristiana la ha llevado a seguir siendo siempre un miembro vivo de la Iglesia católica local como nacional. Como mujer y como laica ha sentido muchas veces la discriminación de parte de algunos obispos y sacerdotes que la miraban con temor y desprecio precisamente por serlo. Ella, como gran cristiana, asesora a seminaristas y religiosas jóvenes. Mantiene una red de sacerdotes diocesanos con los que dialoga permanentemente de la fe y los compromisos políticos que ella nos pide a todos los cristianos seamos o no sacerdotes. Está atenta siempre a los movimientos extremistas que tan solapadamente quieren volverse en propuesta política y llevarnos nuevamente a conflictos tan graves como los vividos en los años de la guerra interna que hemos tenido.

No solo piensa en la política minúscula sino en las relaciones macro regionales e internacionales, ya que el mundo tiene que ser pensado y tratado de esa manera. Más aún, cuando Piura es una región que tiene frontera con el Ecuador y muy cerca a los proyectos de integración vial con el Brasil.

La vida de Elsa Fung Sanchez se puede resumir tomando la frase hermosa de Teresa de Calcuta: “El fruto de la fe es el amor, y el fruto del amor es el servicio”. Ella es un ejemplo de cómo una mujer puede superar el machismo, tan generalizado en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia católica, a base de desarrollar capacidades, alegría, honestidad y coraje. Su decisión de servir a los pobres de toda la región piurana la comprometió sobre todo con la educación pública. Para ella servir era y es educar a las personas. Por eso fue muchos años maestra de escuela, miembro del Consejo Nacional de Educación. Produjo infinidad de documentos, manuales, folletos e investigaciones para educar y finalmente recibió el máximo galardón que puede recibir un docente, las Palmas Magisteriales en el grado de “Amauta”, por todo lo hecho y servido en este terreno clave para hacer un país y un mundo distintos.

◇ Vida y obra de Elsa Calero

Elsita, como cariñosamente la llamamos, es una religiosa del Buen Pastor, nacida en uno de los departamentos más pobres del país: Huancavelica. Es delgadita como muchas mujeres de nuestro país, con mucha fuerza interior y que trabaja duro. Tiene varios años de vida religiosa en su querida congregación y así ha ido haciendo mucho por las mujeres, sobre todo campesinas y nativas de este país que tiene muchas realidades complejas relacionadas con las condiciones de las mujeres populares. La conocí en Huancayo en 1985, cuando los campesinos ayacuchanos y huancavelicanos salían de sus casas y pueblos, buscando donde refugiarse huyendo de la guerra que había empezado Sendero Luminoso, que tenía una respuesta brutal de parte del Estado por medio de sus agentes, como la Policía y el Ejército. Junto con otras compañeras de su comunidad, tenía comedores populares donde empezaron a llegar las familias de esos pueblos azotados por la guerra.

Las personas venían literalmente “con la ropa en el cuerpo. Muchos no tenían documentos, aterrados por la guerra que golpeaba inmisericorde a todos. Los sobrevivientes buscaban un lugar buscando irse como destino final a la selva central. Estos desplazados internos buscaban temporalmente trabajar y tener un lugar camino a la selva. Entraban a trabajar de peones de los dueños de tierras del valle, se alojaban en casas abandonadas o también entraban de cuidantes de casas medio derruidas. Tenían miedo y dolor, ya que muchas de ellos habían sufrido el ataque de los dos lados del conflicto. Sendero que los presionaba para entrar en su guerra y los militares deseosos de su colaboración para detener esa propuesta demente. Como casi siempre pasa, los civiles éramos quienes pagábamos las consecuencias de la guerra.

Elsa era una de las hermanas dedicadas a esta labor: ayudar a que las mujeres de los comedores acogieran como hermanas a estas mujeres que huían de la guerra. Las asistían con medicinas, algo de ropa, las capacitaban en labores para que pudieran tener algunos ingresos adicionales, les ayudaban a tener documentos, entre otras acciones.

Para esos años llegó un nuevo obispo a la diócesis de Huancayo y, con la colaboración de otras religiosas y religiosos, iniciaron la Oficina de Acción Social del Obispado. Esta manera de servir fue muy útil para estas personas y sus familias refugiadas. Así se logró constituir formalmente la Oficina de Acción Social de esta iglesia local, para ayudar y servir a las víctimas de la guerra en la que estábamos. De igual forma, este grupo dinámico de religiosos formó también el grupo que se dedicó a la pastoral en zonas mineras con todo lo complejo y difícil que es trabajar en esas realidades.

A los pocos meses, Elsita se fue a trabajar a un pequeño poblado llamado La Florida en un afluente del río Ene llamado Yurinakí, zona de ashaninkas (campesinos) y colonos cajamarquinos. Allí abrieron una pequeña comunidad de hermanas que se encargaban de trabajar evangelizando a ambos grupos. Este valle es uno de los lugares más hermosos que tiene el Perú: verde y amplio, fértil y tranquilo. Muy bueno para la agricultura y la ganadería, pero alejado de las grandes vías de comunicación, problema también constante de muchas partes de nuestro país. Esta pequeña comunidad era la real responsable de todo el trabajo pastoral de ese territorio. Lo único que les faltaba a las hermanas era confesar y consagrar, porque todos los demás sacramentos los impartían ellas. Pienso que muchas veces “confesaban” ya que

los moribundos antes de recibir los santos oleos les decían a las hermanas todos sus pecados para recuperar su salud o morir simplemente en paz. Por eso digo que ellas, como en muchos lugares, eran las que recibían el corazón arrepentido de muchos hijos de Dios, antes de partir de este mundo.

Cuando el párroco iba a visitarlas, les dejaba una buena cantidad de hostias consagradas que eran después repartidas en las comunidades cristianas donde celebraban la palabra, o como decían los fieles, “misa de madre”. Para muchos cristianos estas “misas de madre” les gustaban más que “las de padre”. “Ellas hablan más sencillo, más claro, más real que los padres” decían todos. Como sabemos otra gran actividad era la salud: donde no hay doctor, donde te tienes que curar con lo que hay. Miles de personas se vieron beneficiadas por la presencia de estas hermanas serviciales y sencillas que vivían junto con las familias nativas o colonas. Hacían sus chacras para que no faltara con qué cocinar la comida de cada día, criaban animales menores como gallinas y patos, llevando una vida como la de Carlos de Foucauld lo habría querido: vivir como Jesús en Nazaret, amando, trabajando, orando sin más testimonio de amor que eso. Como un pobre más en medio de los pobres. Cosa que muchas congregaciones no pueden hacer porque su pasado institucional les pesa e inmoviliza, o porque creen que cerca de los poderosos, es como van a servir mejor al Reino de Dios. No se puede servir al Dios de Jesús y al dinero.

La vida del pueblo permanecía tranquila aparentemente. Cuando de un día para otro llegó la noticia que los senderistas habían llegado al pueblo y que planteaban que los colonos se fueran del pueblo y que los nativos recuperaran sus tierras y control social. Empezaron como lo habían hecho en otros sitios, matando y persiguiendo a los ladrones y abigeos que no faltan en nuestros pueblos, por desgracia. Una mañana, corrió como pólvora encendida que un muchacho conocido como ladrón había sido ejecutado en la entrada del pueblo. Lo habían detenido y muerto de manera “ejemplar” es decir muerto en la entra del camino que lleva a la plaza, fue muerto con una piedra en la cabeza, como quien mata a una serpiente. Allí lo dejaron con su lebrero para que supieran todos quien había “hecho justicia” a favor del pueblo. No dejaron que lo movieran hasta que ellos dieran el permiso.

Esto fue el comienzo de los tiempos terribles que vinieron. Un día del mes de septiembre de 1992, una columna dirigida por una muchacha de 16 años venía al pueblo a cumplir con un juicio popular declarado por el mando de la zona. El objetivo era la familia Pérez, de origen cajamarquino, que llevaba más de 20 años en la zona. Ellos tenían una tienda grande en comparación a las que había en el pueblo, traían de Lima casi todo lo necesario. Pero, sobre todo, medicinas para las personas y los animales. Además tenían horno donde hacían pan y otras comidas sabrosas. Esta familia fue la víctima principal de estos dementes fanáticos, pero según decían venían también en busca de “la monja directora” del colegio secundario donde ellos habían recibido el rechazo claro de esa hermana. Para suerte, ese día la hermana a la que buscaban no estaba en el pueblo, pero el destino señaló a una hermana suya, que “fue considerada digna para dar su vida en el nombre de Jesús”: la madre Agustina Rivas.

Ella estaba en la casa enseñando cómo hacer toffees de leche a un grupo de mujeres del pueblo. Llegó la senderista que hacía de jefe y le dio la orden de salir de inmediato. Como ella no hizo caso rápido fue sacada a empujones hacia la plaza del pueblo donde ya estaba la familia Pérez amarrada y arrodillada, para que “el pueblo viera lo que el partido hace con los explotadores del pueblo”. Después de varios discursos y arengas fueron muertos, uno a

uno, seis miembros de esta familia. Cuando lo hacían, la madre pidió que perdonaran la vida de esta familia. Sus ruegos no fueron oídos. Ella fue puesta al final de la cola de ejecución. La senderista, levantando el fusil que tenía en las manos, dijo “este es tu Dios, pueblo de La Florida” y paso a asesinar a la hermana que arrodillada pedía fuerzas al Señor para superar la prueba. Así fue muerta esta hermana junto con los seis miembros de esta familia de colonos.

Elsita, que era también una de las hermanas que había vivido en ese pueblo, tuvo que ir a recoger el cuerpo de Agustina, junto con un jesuita que se ofreció hacer este riesgoso servicio. Fueron y desenterraron a la hermana para llevarla a Lima donde ahora descansa. La comunidad no volvió durante muchos años a esta población. Sendero hizo de las peores cosas contra los ashaninkas, como tenerlos secuestrados a su servicio y control hasta la muerte. Se habla de campos de concentración para estos nativos tan vulnerables. Esto es una historia todavía no contada suficientemente para que no nos olvidemos nunca de lo hecho por estos criminales contra miles de nativos y colonos, entre 1980 y 2000.

Elsita, inquieta como siempre, fue destinada al Cusco a una zona con alta densidad de familias indígenas quechuas. Allí abrieron las hermanas una nueva misión junto a las familias campesinas. Un nuevo reto para ella fue aprender la lengua y la manera de sentir la fe. Como la zona era de crianza de alpacas empezó a ver que se podía organizar a las campesinas que habían salido del circuito escolar. Este es un problema grande en las zonas rurales del Perú: las adolescentes y jóvenes dejan de estudiar y terminan en los últimos lugares de la sociedad nacional. Una niña campesina no tiene alternativas una vez que deja la escuela para seguir preparándose. Ese fue su objetivo: captar a estas adolescentes para seguir las educando, pero en un sistema distinto y alternativo. Les enseñaban a leer y escribir junto con manualidades sobre todo relacionadas con el tejido y la confección de ropa y otras cosas más.

Otro elemento muy interesante de su presencia como religiosas fue traer a las familias campesinas novedades o renovación técnica. Dentro de estas innovaciones fue la construcción y manejo de invernaderos o Fito toldos de plástico, con la finalidad de mejorar la alimentación de las familias. Esta fue una experiencia traída de la zona altiplánica cercana a Bolivia. Este elemento sencillo ha revolucionado la comida y la economía de miles de familias campesinas, que aprendieron a construirlos y beneficiarse de sus recursos.

Pero lo más interesante del trabajo de Elsa fue el inicio de los talleres de producción de artesanía útil para la exportación. Empezaron a confeccionar productos de altísima calidad y belleza hechos con lana de alpaca y oveja, para mercados como EEUU, Francia, Australia, Holanda, etc. Esta experiencia ha sido tan exitosa que hoy tiene cinco grupos de mujeres ubicados en varias partes del país produciendo artesanía de varios tipos para los países arriba mencionados. Tienen control de calidad y diseños modernos, pero conservando la identidad de la cultura a la que pertenecen las mujeres que la producen. Ganan y colaboran todas para los gastos de organización, comunicación y leyes sociales. Elsa es el motor de esta empresa exitosa, modelo para miles de mujeres que buscan como salir adelante con lo que saben y pueden. Esta empresa tiene más de diez años operando sin interrupción y con efectos positivos en la vida personal y familiar de cientos de mujeres pobres. Las relaciones internacionales que tiene la congregación ciertamente han servido para que se llegue a los lugares mencionados. La confianza y la responsabilidad han sido

fundamentales entre las mujeres que trabajan en esta real empresa. Esta experiencia recuerda a las propuestas de Gastón Acurio contenidas en un artículo muy interesante publicado en El Comercio el 28 de julio de 2012, titulado “Peruanicemos el mundo”.

Quiero terminar diciendo que hay muchas mujeres como Elsa, que siendo religiosas no han dejado de ser mujeres y mujeres trabajadoras. Como ella son cientos que de manera anónima sirven y construyen un país más justo y digno ya que la cantidad de burócratas y haraganes es muy grande en un país que tiene mentalidad rentista en muchos de sus empresarios. Prefieren y lo hacen que es vivir de explotar a los pobres, pagando salarios de hambre, aprovechándose de ignorantes y plagiando marcas o inventos de otros y haciendo todo lo posible para no trabajar.

También es testimonio de vida para muchos y muchas religiosas que han hecho de su vocación un antitestimonio ya que viven de no trabajar, no saben o saben muy poco de la vida real de lo que vivimos los laicos, más si somos pobres. Como decían, con burla algunos críticos de la vida de muchos religiosos, “los religiosos hacen los votos de pobreza, pero los laicos pobres somos los que los cumplimos”. No creo sinceramente en “los religiosos pobres” individualmente cuando la congregación tiene de todo y les da todo. De estas incoherencias están llenas, por desgracia, muchas iglesias locales y nacionales. Por eso es que lo que dijo alguna vez Jesús, se tiene que hacer, para seguir adelante y no perder la fe “hagan todo lo que ellos les dicen, pero no sean como ellos, que dicen y no hacen”. Terrible denuncia de la incoherencia de muchos cristianos del pasado y del presente.

◊ **Un “gringo” realmente valiente, el testimonio de vida de Roberto Doland S.J.**

Sendero Luminoso fue uno de los movimientos terroristas más letales del mundo para algunos periodistas que vinieron a conocerlo e informar de él. Sendero llegó con fuerte presencia al departamento de Junín el año de 1986, aunque los efectos de su lucha eran terribles ya en las personas, las familias y las comunidades de Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. Las personas salían huyendo de las zonas controladas por ellos dejándolo todo, literalmente con la ropa en el cuerpo, y uno de los lugares intermedios en su salida o migración forzosa, fue la ciudad de Huancayo, estratégicamente ubicada al centro del país posibilitando irse hacia la selva central o bajar hacia la costa. Es decir, llegar a Lima y sus grandes barriadas o pueblos jóvenes.

Como digo, muchos llegaban a esta ciudad buscando donde trabajar, aunque fuera temporalmente, y tener un lugar donde vivir. Los campesinos andinos son muy modestos en su manera de vivir, se acomodan a todo, saben sobrevivir en toda circunstancia. Por algo llevan miles de años en este espacio geográfico tan agreste y variado como son los Andes. La comunidad jesuita llevaba ya casi doce años trabajando en este departamento. Primero había asumido la conducción del seminario diocesano en Huancayo. Después abrieron una casa en un barrio cercano al centro de la ciudad y finalmente se hicieron cargo de una parroquia rural que estaba como a tres horas de la capital. El pequeño pueblo se llama San Juan de Jarpa y está en el valle del río Alto Cunas, zona de campesinos y pastores, sobre todo de ovinos de fama mundial.

La comunidad jesuita se hizo cargo de la parroquia con un buen número de comunidades campesinas que tenían bajo su cuidado. La mayoría de los habitantes hablaba castellano, pero

muchos todavía conservaban una variante del quechua llamado Huanca, bastante castellanizado y en proceso fuerte de extinción por falta de interés de muchas de las instituciones que debían hacerlo. El quechua se mantiene en el hogar, se habla en las fiestas locales y se canta en las ceremonias dedicadas a los animales como el llamish, el Santiago y las waylias entre otras.

En esta parroquia se instalaron y promovieron, como casi siempre lo hacen los jesuitas, además de trabajar en la pastoral sacramental, creando una institución que sirviera para mejorar las condiciones socioeconómicas de las familias. Estas comunidades no habían sido beneficiarias de la Reforma Agraria de 1969. Estas comunidades eran muy pobres, pero con buena cohesión social, así como tierras aptas para la crianza de ovinos y vacunos, más que para la agricultura. Así fundaron el PROCAD con un buen número de laicos profesionales seleccionados y motivados en el compromiso cristiano. Con este proyecto se fueron resolviendo varios problemas que sufría el comunero, como las desigualdades en lo referente a tierras y número de animales, el control de los precios de los productos que venían de la ciudad y que en las tiendas eran vendidos con precios demasiado altos y que era una fuente de injusticia permanente contra las familias más pobres. Otro problema era la mala atención de los sectores Salud y Educación, de tal manera que las familias tenían que recurrir a los curanderos y chamanes para poder solucionar los problemas de salud que aparecían. La educación era un servicio que llegaba a casi todos los niños y niñas, pero la calidad es muy baja y la exclusión de las mujeres desde adolescentes continúa de manera grave.

En el campo de la evangelización, se organizaron catequistas varones y mujeres que mantuvieran la fe y la celebración de la misma en las comunidades que no podían ser atendidas por los mismos párrocos. Se repartieron cientos de Biblias y Nuevos Testamentos para mejorar el conocimiento del Evangelio. Los profesores de Religión en las escuelas y colegios eran atendidos en cursos permanentes de capacitación por parte de las hermanas ursulinas que también abrieron una casa en el pueblo que hacía de capital del distrito. Estas hermanas eran el eje fundamental para el trabajo con las mujeres en el campo de la salud y la catequesis familiar. Los jesuitas se encargaban de los sacramentos y llevar adelante el desarrollo social de las comunidades, sus dirigentes y las familias.

En el año de 1985 la comunidad jesuita tenía tres religiosos a cargo de la parroquia y el PROCAD. Lo mismo pasaba con las hermanas ursulinas. Los rumores de la llegada de los senderistas a la zona empezaron a darse desde esos años. Se decía que empezarían con los docentes de los colegios nacionales que eran todos en esa zona, que su estrategia era presionar para que las autoridades renunciaran de sus cargos y las entregaran a los mandos senderistas y que se formaran las bases del ejército popular campesino. Para esos años, ya los religiosos estábamos organizándonos para poder enfrentar desde la fe esta amenaza que oíamos era terrible en los departamentos donde habían iniciado su lucha. Se formaron las conferencias departamentales de religiosos y religiosas para ayudarnos a pensar y tomar posición frente a lo que oíamos se venía. Empezamos los talleres de violencia y espiritualidad entre religiosos que nos preocupaba lo que se oía en Ayacucho, Apurímac y Huancavelica. En uno de estos talleres precisamente tuve la suerte de conocer a la Madre Agustina Rivas, hermana de la congregación del Buen Pastor, que diera su vida defendiendo a toda una familia de colonos en la Florida, selva de Junín, en el valle del Yurínaki.

Cuando llego realmente Sendero y sus militantes a Jarpa, la situación se volvió insostenible, sobre todo para los laicos del proyecto social. En una semana se disolvió el equipo, ya que las instalaciones que contenían toda la documentación y archivos de los casi doce años trabajados fueron quemados brutalmente. Lo mismo hizo Sendero con la camioneta que acaba de adquirir la institución para movilizarse en todo el extenso territorio al que se atendía. Los laicos se quedaron sin trabajo de un día para otro con todo lo que ello supuso. Se les pudo ayudar con sus beneficios sociales y algo más de dinero para que buscaran nuevo trabajo. Los jesuitas decidimos quedarnos en la zona esperando qué sucedía con las familias a las que atendíamos pastoralmente. Sendero hizo llegar su posición que consistía en decirnos que “valoraban nuestro trabajo” pero que en este momento del desarrollo de la lucha no era importante. Para ellos, lo principal era la toma del poder por las armas y que posteriormente serviría lo que habíamos hecho.

Aquí empieza la actitud heroica de nuestro amigo y compañero Roberto Doland, que se ofreció quedarse en la parroquia junto con Alejandro Repulles, otro jesuita español, quienes tenían muchos años en el Perú y conocimiento del campesino andino. Los dos se quedaron en la parroquia arriesgando todo, ya que Sendero tenía “más razones para matarlos” que a un peruano. Sendero se había mostrado muy cruel con extranjeros que habían osado desafiarlo no obedeciendo a sus órdenes de retirarse de las zonas controladas por ellos.

Una noche llegaron a la casa donde vivía Roberto, diciéndole que se fuera. Él les dijo bien puesto, ¿Qué razones daban para ello? Le respondieron que la religión retrasaba la lucha, pero que era parte de la identidad del pueblo. Entonces les dijo que el pueblo quería que se quede, que si ellos decían respetar la voluntad popular entonces que lo dejaran. Iban y venían argumentos hasta que los convenció de que no se iba hasta que el pueblo se lo dijera claramente. Ellos admitieron el argumento y lo dejaron, pero con la condición de que no cobrara nada por los sacramentos, y que viviera con lo que los campesinos le dieran. Aceptó y se quedó por unos primeros meses, pero al poco tiempo no le dejaron usar una camioneta que usábamos para venir desde Huancayo, que estaba a unas tres horas y media en camino de trocha. Así que Roberto tenía que subir y bajar a pie para atender a las familias y los catequistas de las comunidades campesinas. El mismo se cocinaba la comida de cada día con las papas, mashwas, habas, ocas, ollucos y maíces que producen los campos de estos pueblos andinos. Siendo un norteamericano, comía como los campesinos, se bañaba con agua fría, visitaba a las familias donde lo llamaban para orar, enterrar un muerto, bendecir una casa, y todo lo que los campesinos piden de los sacerdotes.

Ese tiempo fue un tiempo de conversión profunda al amor sin condiciones y en toda circunstancia, ya que eso es vivir de manera real lo que san Ignacio decía: “amar y servir al Señor en todas las cosas”. Este tiempo fue una experiencia profunda de fe y entrega a los hermanos. Muchos religiosos y religiosas no saben lo que es vivir en la confianza absoluta de la pobreza y la violencia, a veces por estar en obras tradicionales o porque no hallan la forma de vivir el evangelio realmente aún en esas circunstancias.

En una ocasión quisieron quitarle una pequeña radio a pilas que usaba para estar comunicado con el mundo, ya que no había otra manera de saber lo que pasaba a nivel local y nacional, que por las emisoras de radio. Ellos se la querían quitar, pero él siempre

pudo darles argumentos para que le dejaran el radio transmisor. Así estuvo durante casi tres años luchando contra los senderistas que controlaban la zona y desde donde movían sus columnas. Vio muchos muertos, sobre todo varones asesinados por Sendero, como por las patrullas del Ejército que de vez en cuando subían para controlar la zona. Muchas familias recibieron su cariño y apoyo sincero. El amor que se da no muere nunca, tiene valor eterno.

Cuentan que cierta vez que dormía en su habitación, una columna de Sendero, lo despertó con la punta de las armas que llevaban, él medio dormido pero tranquilo despertó y fue mostrando seguridad. Según contaba parecía que venían a matarlo, pero su disposición radical a dar su vida los detuvo y no le hicieron finalmente nada. Después de esta experiencia terrible de miedo e inseguridad, pero a la vez de entrega y amor a los campesinos de estas comunidades, tuvo un terrible accidente de carro, lo atropellaron y le dejaron mal la cabeza. Ha olvidado muchas de las cosas que ha vivido, muchos nombres de hombres y mujeres sencillos como las hojas del campo que vuelan y se mueven de un lado a otro con el viento de la tarde. Así está acabando su vida un “gringo valiente”, como pocos, que arriesgó su vida en tiempos de violencia y sirviendo a los campesinos pobres de este país tan antiguo y tan contradictorio como es el Perú.

◇ Un padre para muchos huérfanos/as

Esta es la vida y obra de William Reynaga Martínez, un joven huanuqueño valioso y modelo de ciudadano cristiano. Lo conocí cuando llego de voluntario para cooperar con el trabajo que hacíamos en Ayacucho la comunidad jesuita que desde en 1987 se había instalado en la calle San Martín, de esta antigua y convulsionada ciudad. Me llamo la atención como un joven de alrededor de treinta años, ingeniero mecánico de la Universidad Católica de Lima estaba dispuesto a servir de manera concreta a la misión de nuestra congregación. Él había trabajado de profesor de matemáticas en un colegio regentado por las hermanas Teresianas y era miembro de un grupo juvenil deseoso de servir. Así llego un día cualquiera Willy, como lo empezamos a llamar. También me llamo la atención que tenía una pierna dañada por la poliomielitis que lo hacía cojear notoriamente y muchas veces caerse en la calle o subiendo a vehículos y lugares complicados. Sin embargo, el humor y la capacidad de reírse hasta llorar nunca le faltó. Se mataba de risa cuando le pasaban felizmente pequeños accidentes con su pierna.

Así empezó nuestra amistad y compañerismo ya que se puso a disposición de lo que hacíamos y se incorporó a la comunidad de jóvenes de la CVX que teníamos. Fue mi compañero de cada domingo en la misa del Puericultorio donde había cientos de huérfanos de la guerra atendidos por las hermanas de santa Ana. Nuestro contacto con los niños nos daba la oportunidad de dar todo nuestro amor de varones a esos niños y niñas hambriento de afecto, caricias, abrazos y atención. Cuando llegábamos nos recibían con un ¡papá!, a voz en grito, que nos estremecía totalmente. Comenzamos igualmente a salir a los distritos para trabajar con docentes de las escuelas y colegios nacionales donde los párrocos o las religiosas demandaban nuestra presencia. No faltaron charlas y capacitaciones en Biblia a los catequistas rurales de las parroquias donde los sacerdotes lograban congregarlos y darles valor. Fuimos juntos a dar varios retiros breves a distintos colegios de la ciudad para que los jóvenes no terminaran desilusionados de la situación tan difícil en la que les tocaba vivir. Junto con un psicólogo joven, también miembro de la CVX de Fátima (Miraflores, Lima)

entramos como docentes en la Universidad de Huamanga, con ayuda y apoyo del rector de ese entonces Pedro Villena Hidalgo. Fueron años muy intensos pero llenos de generosidad y alegría a pesar de la muerte y el miedo que nos rodeaba. Desde esos años de trabajo en el “Pueri” como le llamábamos, le preocupaba qué pasaba con los niños y niñas que cumplían sus 16 años y que tenían que dejar este hogar transitorio. Allí creo yo que empezó la inquietud de pensar como acompañar a estos niños para que sigan viviendo y no rompan sus vínculos familiares, ya que muchos de ellos eran dos y tres hermanitos que habían quedado sin nadie.

Willy se iba alojando donde le daban hospedaje, servicial en todo, fácilmente era aceptado. Con su sueldo de maestro se independizó y se quedó en Huamanga hasta la fecha, lleva cerca a los treinta años así, yo me retiré de la ciudad en 1991 en el mes de mayo. Han pasado muchos años y Willy continúa trabajando y su compromiso con los pobres se ha profundizado. Ha convertido una casa donde acoge a niños y niñas huérfanos, ya no tanto de la guerra sino de la miseria humana, ya que son niños abandonados, no reconocidos, hijos de alcohólicos, delincuentes, prostitutas, que no tienen quien los proteja y ayude a salir adelante. En una de sus frases inspiradoras dice “no tenemos nada y lo tenemos todo, nos matan, pero no nos rematan, andamos sin comer, pero repletos de satisfacción...que es más que tener la barriga llena”, ese es el amor que da nuestro amigo. Tiene una casa con su pedazo de tierra para poder criar animalitos que aseguren en parte la comida de estos niños y niñas a las que sirve. Sigue siendo el mismo ser humano alegre, servicial y nada pretencioso. Amigo y hermano de muchos, se deja ayudar y ayuda, da todo, pero sobre todo su corazón grande. La Biblia y otras lecturas son el alimento de su vida, en él se cumple esa frase hermosa que dice “el que no vive para servir, no sirve para vivir”. Él vive la frase de Pablo “Es más feliz el que da que el que recibe”.

Con Willy pasamos cosas muy fuertes como cuando íbamos a un pueblo de Cangallo y al estar entrando en el pueblito en un medio camión que nos había recogido. Vimos que había una tranquera de madera, pero no había nadie que la vigilara. La levantamos muy tranquilos cuando de repente empezamos a oír el silbido de las balas que pasaban por nuestras cabezas. Comenzamos a gritar y pedir calma, éramos de la parroquia y que no sabíamos que no debíamos tocar la tranquera, etc. Felizmente se calmaron los soldados y pudimos pasar, pero el susto nadie nos lo quitó.

Otro día nos habían pedido dar un curso para docentes de primaria de varias pequeñas escuelas del campo, precisamente en el pueblo de Cangallo. Las hermanas mercedarias, que tenían la atención pastoral junto con el párroco, nos habían dado alojamiento en su casa. Alrededor de las siete de la noche, no había luz eléctrica en el pueblo, habíamos terminado de cenar y se me ocurre darme un paseo de noche por la placita del poblado. Salimos Willy y yo y conversando, nos fuimos sin saber acercando a un puesto de los militares, mirábamos las estrellas que brillaban de manera especial esa noche. En medio de la oscuridad oigo el rastrillaje típico de un arma, mantuve la calma cuando se oye el disparo potente de un fusil llamado Fall, y sentimos que el casquillo del proyectil se venía tintineando hasta nuestros pies. De inmediato grite diciendo que éramos de la parroquia y que estábamos paseando, cuando nuevamente oigo un nuevo rastrilleo. Yo me puse pálido y con mucho temor igual sentía Willy. Para eso ya las hermanas que había oído el primer disparo, ya nos buscaban alarmadas con linternas. Temían lo peor, es decir que no hubieran disparado y herido a alguno de nosotros. Con la presencia de las hermanas, que eran muy conocidas en el pueblo,

los soldados se calmaron y nos identificamos. El susto fue muy grande para nosotros y las hermanas. No había sido nada prudente salir a pasear en esas condiciones. Después ya lo tomábamos a la broma y nos reíamos en medio de esta tragedia donde miles de personas perdieron la vida de forma trágica, pero otras también de manera absurda o casual.

Finalmente, otra historia que tuvimos fue cómo salvamos a una mujer que era llevada bajo amenaza por un mal policía a la medianoche en la ciudad de Ayacucho. Willy y yo habíamos salido a visitar una familia que tenía muchos problemas económicos. Eran como las once de la noche, cuando me percaté que en una de las calles por donde vivíamos había una mujer forcejeando con un policía uniformado que tenía un arma en la mano. La mujer al verme me reconoce y me dice “padre Carlos, ayúdeme que mi enamorado me quiere matar”. Felizmente, el policía que estaba medio ebrio al oír “padre” se calmó y me aceptó el que me acercara a donde ellos estaban. Willy me seguía con temor porque el momento era peligroso. Me acerqué los saludé a ambos y los calmé y pedí que no se pelearan, que si se querían no se hicieran daño y otras cosas más que no recuerdo muy bien. Lo interesante es que al rato el policía me abrazaba y me daba el arma como signo de confianza. Así, con el arma en la mano, abrazado por un lado la muchacha y por el otro el uniformado y finalmente mi amigo, nos fuimos abrazados al puesto al que pertenecía el oficial y después a la casa de la muchacha para dejarla. La escena de ir los cuatro abrazados manteniendo en pie al borracho y la misma chica medio ebria, con una pistola en la mano y mi amigo cojeando era realmente cómica y a la vez trágica. Cuando les contábamos a los compañeros lo pasado era motivo de risas y bromas sin fin. Así de seria y de jocosa era nuestra vida en esos años de vida juntos.

Willy sigue en Ayacucho. Continúa con su casa hogar, dando esperanza y afecto a los niños y adolescentes que desean salir adelante. Es un milagro que siga con buena salud y con entusiasmo a pesar de las acusaciones y críticas que no le han faltado. Dicen que en el Reino de Dios “no se multiplica, solo se suma” cada niño/a es uno más que es querido, que sigue estudiando y que sigue siendo persona. En un país donde los pobres no valen nada y se los explota, su testimonio de amor y servicio es una lucecita de esperanza.

La fe mueve montañas

◇ Un “relato” importante. El Dios con el que camino.

Este es quizás el relato más importante para mí, ya que la experiencia personal de Dios y su misterio muestra que clase de persona somos, porque la experiencia religiosa está totalmente relacionada con nuestra identidad como persona, con nuestras experiencias familiares básicas, nuestras decisiones, sentimientos más profundos y auténticos. Evidentemente también con nuestros miedos y secretos, con las cosas que no contamos a nadie, con nuestra historia personal única, con nuestros sueños y esperanzas, etc. Pero también tiene un contexto histórico al que nos ha tocado pertenecer, al ambiente social y cultural del que hemos sido parte y a los avances o retrocesos en términos de la reflexión teológica que hace la iglesia o comunidad a la que pertenecemos.

Así, mi experiencia de fe se inicia al ver a mi madre orar en las iglesias del Cusco, cuando yo era niño. Me enseñó a orar, agradecer, pedir protección. Escuchaba que en su familia eran creyentes y muy católicos, que su familia era una familia de curas y monjas, de la devoción y practica al Sagrado Corazón de Jesús, pero curiosamente no pertenecían a cofradías, participar en procesiones o hacer cargos como muchas familias cusqueñas. Quizás se daba a que ella, quien era chilena, venía de un país sin tantas manifestaciones de la religión popular. En ese sentido, yo no nací en una familia “tradicional cusqueña”. Nunca mi familia hizo o pasó cargos religiosos como lo hacen muchas de las familias de esta ciudad y más si son de los pueblos mestizos cercanos. No creo en brujerías, curanderos, altumisas, etc. Aunque después, por mi vida de religioso, conviví y aprendí a valorar esa mezcla de creencias y visiones de la vida desde la religión. No solo aprendí eso, sino que por mis estudios de antropología social lo estudié e investigué de forma constante y con mucho cariño. Mi mente y mi corazón son bastante seculares en este sentido, pero sí tengo una vivencia de la fe cristiana constante y creo que profunda.

Mi formación de jesuita me ha dado muy buena base para madurar una fe reflexionada, lejos de fanatismos y fundamentalismos. También estoy distante de corrientes conservadoras como el Opus Dei, Lumen Dei, el Sodalitium, Tradición Familia y Propiedad, y otras

semejantes. Creo tener apertura para hablar de Dios con personas no creyentes, personas que han perdido la fe, agnósticos, comunistas y marxistas, con serias críticas a la comunidad creyente, testigos de Jehova, mormones, Israelitas. Mi fe es una fe pensada desde lo que leo cada día, desde lo que reflexiono y veo que pasa en el mundo. Creo en la Iglesia de Jesús y en su persona como fundamento de mi propia fe. Pienso que la existencia histórica de la Iglesia es una prueba de la existencia de Jesús y de su potencia para transformar la historia humana.

Tuve varias oportunidades de dejar de creer en ciertas autoridades de la Iglesia. Es decir, en obispos y sacerdotes que conocí de cerca y cuyas vidas eran una desgracia completa, pero que eso no me quitó la fe en Jesús, ni en el Dios de Jesús. Pienso que la santidad y el pecado están desde el Papa hasta el último fiel de la Iglesia, que Dios actúa en las personas y en las circunstancias de manera eficaz. Cuando Él dice sí, nadie puede decir no y cuando Él dice no, nadie ni nada cambia su voluntad amorosa.

Mi fe está estrechamente vinculada con mi experiencia del sufrimiento humano y con el amor como vía para ayudar a disminuirlo. Siento que Jesús sigue viviendo, sufriendo y muriendo en las personas que sufren las injusticias que cometemos los seres humanos. Siento que Dios es un ser que ve y oye lo más débil y escondido del corazón humano y que actúa de manera sorprendente y desconcertante para proteger y defender precisamente a esas víctimas de nuestra falta de amor. La existencia de Dios, en mi caso, está conectada con mi propia vida llena de cuidados, salidas inesperadas a momentos y situaciones sin esperanza, en las que juzgo y siento como creyente que su amor incondicional ha estado presente. Dios siempre me tiene sorpresas gratas y maravillosas. La prueba de que existe es mi propia existencia, los años de vida que tengo, las cosas que hice y que puedo hacer, pensar en ello fortalece mi fe y mi confianza en su amor providente y fiel. “¿El que hizo el ojo no va ver?, ¿el que hizo el oído, no va oír?” ...Dice el profeta Isaías, y yo le añado, “¿el que hizo el amor no nos va amar?, ¿el justo no va hacer justicia?”.

Mi fe está estrechamente relacionada con lo social y por lo tanto con la dimensión política de la vida humana. No puedo entender en este sentido una religión intimista o conformista con el sistema social, económico y político tan destructor de la vida humana y natural. Creo que la vida humana es lo más importante de la fe cristiana, cosa que no es así en la sociedad que hemos mal organizado hasta hoy.

A esta altura de mi vida, pienso sinceramente que en la vida hay muchas cosas que aceptar y otras que tomar decisiones. Las primeras son muy importantes sobre tomar conciencia para saber decidir. Algo así como el principio y fundamento de los ejercicios espirituales de San Ignacio. La vida es un regalo, que te dan sin pedirlo, te entregan la vida para que la vivas. Nadie elige, en este sentido, vivir, te dan simplemente la vida. Esta vida humana en toda su integridad viene de otros seres humanos que también no pidieron vivir. Lo segundo, nadie elige a sus padres ni a sus hermanos, hay que aceptarlos como ellos son con lo bueno y lo malo que tengan. Siento que la familia es lo más importante en la vida de las personas, porque en ella recibimos las cuatro “cosas” más importantes de la existencia: el amor, la seguridad, el respeto y la capacidad y el ejercicio de comunicarnos.

Tampoco escogemos la condición social de nuestra familia, ni el lugar donde nacer y menos el tiempo histórico en el que nos toque vivir. Para algunos científicos relacionados con la genética y sus determinantes, heredamos nuestra condición sexual, color de piel, tamaño, y hasta las posibles enfermedades que podremos tener. Así pues, no elegimos el país, la cultura, el idioma materno, ni el tiempo donde se desarrolla nuestra existencia, etc.

Lo que sí podemos escoger y elegir es la pareja con quien vamos a formar nuestra familia, la carrera profesional con la que nos ganaremos la vida, los amigos y amigas que queramos tener, los hijos y las hijas que deseemos tener, la religión y la iglesia donde podremos vivir una fe determinada, el partido u opción política que nos convence más y donde queramos trascender. Hacer de nuestra vida algo valioso o una carga para nosotros y los que nos rodean, etc.

Mi fe en este sentido está unida a estas reflexiones de lo que percibo qué es la vida y las “cosas” que acepto, recibo, desarrollo, agradezco. La vida es un acto de fe en sí misma, tiene un lado misterioso, inexplicable. El hombre es para sí mismo un misterio, algo que tenemos que develar, construir, arriesgar, cuidar, realizar. Nacemos solo como posibilidad, depende de nosotros y de los que nos rodean para llegar a ser feliz, es decir realizados, Estar contentos con nosotros mismos y lo que hemos hecho con nuestra vida.

Desde este conjunto de reflexiones y comprobaciones, me pongo a pensar en Jesús: el hijo de Dios, el hombre, el ser humano que mejor vivió nuestra condición humana, el que mejor la realizó, el que fue plenamente feliz, y por ello llegó a ser nuestra esperanza, nuestra luz, nuestro modelo de humanidad (Camino, Verdad y Vida). ¿Cuáles son las claves de su dicha? ¿Qué hizo para llegar a llenar en poco tiempo mucho de lo que multitud de seres humanos no llegamos a ser y hacer? Es y será, siempre el hombre para los demás, el amor y la fidelidad hecha persona humana. Como diría Carlos de Foucauld, de manera sencilla pero lapidaria, “Jesús es Amor”, suena a lo mismo que dice San Juan, “Dios es amor”.

Desde mi experiencia de casado, civil y religiosamente, creo que una de las decisiones más importantes y difíciles de tomar es fue decidir con quien me voy a casar. Ahora que muchos no consideran necesario casarse, con quién quiero hacer mi vida simplemente. Tiene muchísimas consecuencias ya que el amor y la sexualidad que se vive dentro del matrimonio es muy intensa y trascendental para ser persona humana. Por eso me alarma mucho cuando veo que los jóvenes actuales miran las relaciones sexuales demasiado superficialmente, muy instintivamente, de búsqueda de placer inmediatista. No tienen en cuenta que la sexualidad dentro de la persona tiene una dimensión más profunda y espiritual que lo simplemente orgánico y lo genital. La separación tan descomunal que hacen entre amor, erotismo, espiritualidad, magia y sexo es grave, por no decir deshumanizador y destructivo. Pienso que nuestra persona integral - cuerpo, psicología, espiritualidad - es algo muy valioso y que entregarlo sin darle el valor que tiene es una falta de inconciencia muy grande. Si quizás hace algunos años había una separación muy grande de lo corporal y el amor, y hasta desprecio de lo corporal, ahora se valora poco lo espiritual y se prioriza las sensaciones y cuanto más extremas mejor.

Aunque en la actualidad está todo en revisión y reformulación en este campo de la sexualidad y el amor, hemos dado un golpe pendular donde nada vale y sólo lo inmediato para hacer

fuera la ley, la vida, todas las propuestas “tradicionales de vivir y pensar”. Los adultos no sabemos qué decir a los jóvenes que nos preguntan sobre todo y en cualquier momento. Por eso hoy es más difícil ser padre, madre, maestro, consejero, profesional, ciudadano, etc.

La cantidad de madres solteras, padres abandonados por sus mujeres y madres de sus hijos, es alarmante y en crecimiento. Las familias están en crisis y crisis radical. Las consecuencias más directas afectan sobre todo a los hijos e hijas que nacen en ellas. Me parece que el tema de las uniones de personas del mismo sexo tiene que ser pensado en este contexto. Este tema, para mí es una muestra más de la crisis de identidad humana, tan seria que no sabemos con claridad qué consecuencias tendrá para el futuro inmediato de las nuevas generaciones.

Respecto a las preguntas más constantes sobre Dios, su existencia y su manera de intervenir en la historia humana, resulta clave el tema de los pobres, de quienes sufren la miseria humana de la guerra, el hambre, la explotación de los hombres en contra de sus semejantes, de la vida de los indígenas y nativos que viven en la miseria y la insignificancia. Mi pregunta a Dios ha sido, ¿por qué permite que los poderosos, los ricos, los blancos, los tiranos, hagan sufrir tanto a sus semejantes? ¿Por qué su silencio ante tanta muerte, llanto, destrucción de sus hijos/as en manos de los abusivos y ateos prácticos? ¿Qué espera que hagamos nosotros antes esas situaciones concretas? Para responder no puedo dejar de tener en cuenta el factor histórico, y como es clave para poder entender esos resultados. La vida y la situación de los indios, los nativos, los pobres ¿no es acaso fruto de una historia llena de injusticias admitidas? Donde las personas y las instituciones han hecho poco porque se detenga precisamente ese sistema injusto implantado. ㄱㄱ;No son las Iglesias cómplices de silencio y de colaboración con esa historia, y las personas que han producido y reproducido la muerte y no la vida contra los pobres de ayer y de hoy? Por esta forma de analizar es que mi fe y mi vida ha sido tratar de frenar y cambiar esta historia, no dejo de pensar y sentir que Dios me pide definición y colaboración con el cambio hacia la vida, como dicen muchos hombres sabios, “cuando hay una situación de injusticia no tomar posición a favor de la víctima es ser cómplice del delito”, no se puede ser neutral como algunos pretenden.

Trato de ser consecuente en todas las dimensiones de mi vida, empezando por mis hijos, mi esposa y mi familia. No sé si lo estoy logrando, hacer algo de lo que pretendo, pero es una de las claves para mi propio juicio. El juicio más importante y definitivo se lo dejo a Dios nuestro padre, que sabe y conoce mi corazón.

En este sentido pienso y siento que el pecado mayor es no amar a nadie y, por lo tanto, vivir en este mundo sin que nadie te importe. Como dice el literato japonés converso al cristianismo, Endo Shusaku, “pecado es ...encontrar huellas de sangre al lado de las mías y no saber de quién han sido”. Por eso quizás diga Teresa de Calcuta que el pecado mayor actual sea la indiferencia, que empieza por las personas concretas y luego se va haciendo en la familia, en el barrio, la ciudad, la región, el país, los continentes. Hoy la indiferencia se ha vuelto estructural, sistema, modo de vida, donde los pobres no cuentan, no deben existir, molestan. Pienso que la Iglesia Católica y la vida religiosa de muchas de sus congregaciones y otras formas de vida en comunidad es una estafa para sus propios miembros y la comunidad eclesial grande. La vida religiosa en este sentido ha perdido su carácter profético y novedoso, los votos religiosos signos de consagración al Dios trascendente y amoroso no se viven

realmente, sobre todo el de pobreza. En muchos casos los religiosos viven muchísimo mejor que los pobres reales del campo y la ciudad y también mejor que muchas familias de la llamada clase media. La miseria moral de los sacerdotes y religiosos pederastas es una muestra de la hipocresía en la que viven cientos y miles de estos infelices, quienes debían ser encarcelados y procesados como lo merecen. Es terrible ver como dentro de algunos sectores eclesiales con responsabilidad (autoridad) por el contrario son protegidos y defendidos de manera tan absurda y cómplice. Recordemos en el Perú el libro “Mitad monjes, mitad soldados” de Pedro Salinas y Paola Ugaz, para demostrar solo uno de estos verdaderos escándalos que todavía no tienen un término legalmente justo y evangélico.

El ecumenismo y la tolerancia religiosa tienen que tener en cuenta estos puntos de vista de base, para no quedarse en problemas superficiales y de formas. En el Perú tenemos mucho que caminar por esta vía para lograr ver más las cosas que nos unen de las que nos diferencian. En este aspecto tenemos que hacer más antropología y filosofía, ya que sin ellas nos quedaremos en discusiones chiquitas y superficiales. De igual manera tenemos que mirar a los pobres y sus dolores para ver que tenemos el mismo llamado a la fraternidad universal y que la voluntad de Dios es que construyamos la fraternidad verdadera entre los hombres, antes que cualquier lucha por el poder religioso o solamente lo ritual, asuntos bastante ajenos en el fondo al evangelio de la esperanza y el amor servicial.

Finalmente me parecen fundamentales unir fe y lucha por la justicia, ya que una debe ser consecuencia de la otra. La historia de la evangelización de América, el papel de la Iglesia y los creyentes frente a la muerte, la explotación de los indígenas y los afroamericanos resultan realmente escandalosas y deben generar cambios radicales. Las nuevas esclavitudes y formas de explotación de los pobres es un nuevo desafío para la fe y la forma de vida de los creyentes actuales. La liberación de todas estas nuevas formas de opresión y destrucción de la vida es una demanda insustituible, no se puede dejar de luchar contra este pecado estructural y sistemático. Toda forma de evadir esta disyuntiva es una traición y una hipocresía. En este sentido me identifico con los postulados y perspectivas de la Teología de la Liberación, tan interesadamente criticada y acallada por los sectores más retrógrados y conservadores de la sociedad y de la Iglesia Católica. Pero este ataque viene también de los sectores o clases sociales más poderosas e influyentes del Perú que siempre la han vinculada con el marxismo y el comunismo más peligroso.

Creo que el futuro es la dimensión más importante de nuestra fe, aunque sin memoria no hay futuro. Dios siempre será el Dios de la esperanza, de la posibilidad de cambio y de la vida. Hoy los creyentes nos enfrentamos a nuevos retos entre los cuales está el cuidado de la naturaleza, la lucha contra la corrupción, el compromiso radical con los derechos humanos, la promoción de la mujer en todas sus dimensiones.